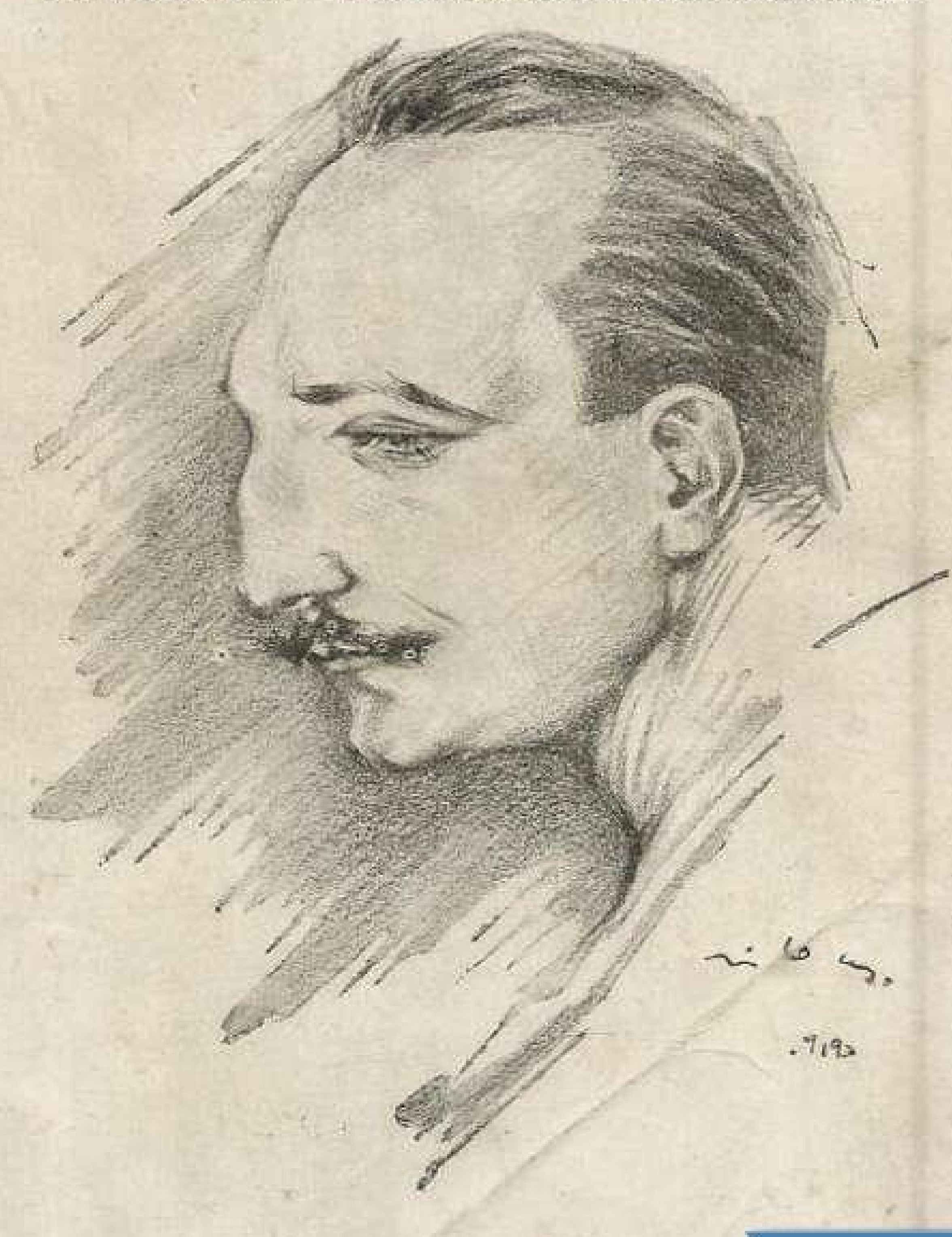
WENCESLAO FERNÁNDEZ FLÓREZ

Las Gafas del Diablo

OBRA PREMIADA POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



Las gafas del diablo es una recopilación de 21 artículos o ensayos humorísticos escritos por el escritor español Wenceslao Fernández Flórez, publicada en el año 1919, y ganadora del Premio Chirel de la Real Academia Española de ese mismo año.

Según explica el autor en el prólogo, esta obra pretende reflexionar humorísticamente sobre diversas costumbres de la sociedad española, observadas a través de unas gafas que tienen la facultad de hacer ver a las personas no según su apariencia, sino como en realidad son. A diferencia del viejo cuento en el que Fernández Flórez se inspira, el diablo que nos presta las gafas no es aquél horrendo y trascendental de la tradición, sino uno de «los que conocen los viejos campesinos gallegos, viejo también, con una mirada maliciosa y una sonrisa taimada; un diablo que es como un campesino de aquella tierra, que se ríe detrás de un valladar del susto de una rapaza, que goza con burlarse de las viejas, que sabe la importancia que hay que dar a esta vida; jovial, bonachón, receloso; que ayuda al zorro a entrar en un gallinero y que, si alguna vez recibiese proposiciones para comprar un alma, la cogería, la miraría, le daría cien vueltas y concluiría por observar: —Cuando tú me la vendes, algún negocio piensas hacer a mi cuenta. No me conviene.»

Lectulandia

Wenceslao Fernández Flórez

Las gafas del diablo

ePub r1.0
Titivillus 11.06.16

Título original: *Las gafas del diablo*
Wenceslao Fernández Flórez, 1919

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

PRÓLOGO

Se puede jurar, sin temor de perder el alma, que en este mundo hay una excesiva seriedad. Se nos pide que tomemos en serio demasiadas cosas, y nosotros mismos reclamamos que nuestros actos merezcan una grave consideración. Los hombres han ido tramando una porción de convencionalismos, han corregido con bambalinas la obra de la Naturaleza y han declarado su labor «seria», de toda solemnidad. Un espíritu que llegase de otro mundo distinto tendría con todo esto asegurada la risa para el tiempo que hubiese de permanecer entre nosotros. Un espíritu que no fuese aquel ángel que Wells hizo descender en un villorrio inglés, cerca de la casa de un pastor protestante. Aquel ángel, de Wells, era demasiado lírico y su convivencia con un pastor protestante había de aumentar necesariamente su propensión a las meditaciones trascendentales y a tocar el violín. Con otro carácter menos humano, se hubiese divertido bastante.

No quiero asegurar con esto que sea necesario caer de otro planeta para poder sonreír de las excentricidades del nuestro. Basta hacer un esfuerzo para colocarse en el papel de espectador. Cuando los ojos se acostumbran, se advierte que bien pocas cosas merecen la seriedad que reclaman: desde los medios a que acuden para poder comer, hasta los pretextos que utilizan para matarse, los hombres apelan a prácticas singularmente grotescas. Muchos grandes ideales están rellenos de ridículo. Si uno intenta abrir en ellos un desgarrón, para mostrarlo, le encarcelan, porque la seriedad está dispuesta abundantemente por reales órdenes, reales decretos y leyes especiales con su sanción oportuna. Pero se ha respetado, por un olvido venturoso, el derecho a sonreír. Este libro quiere ser una larga sonrisa. Hasta ahora, después de muchas cavilaciones, no hemos encontrado más que una cosa profundamente seria, inatacablemente seria: la carcajada. Cuando queráis demoler uno de esos ideales que pasean su solemne armazón por el mundo, pidiendo, como un Moloch, victimas y respetos; cuando queráis dar en tierra con un gobernante funesto, con un hombre injusto, con un embaucador o con un tirano, desdeñad los procedimientos de la tragedia a que apelamos desde que el mundo es mundo y con los que tan mal nos va. Acercaos a él con paso de raposo, colocad cerca vuestra risa, encended la mecha, retiraos unos pasos, y que estalle ruidosamente la carcajada. Eso bastará.

Este libro, no obstante lo dicho, no tiene —¡cuitado!— pretensión alguna de malherir. En cierto cuento muy conocido, el Diablo presta a un hombre candoroso unas gafas que tienen la extraña facultad de hacer ver las personas y las cosas no como aparecen, sino como son. Y aquel hombre ve la deslealtad de la amada, la ingratitud del amigo, la codicia del que simulaba no tenerla, la doblez del que creía justo, la mentira del que estimaba veraz… El hombre, aburrido, rompió las gafas. El diablo que se las había facilitado, era un espíritu trascendental. Suponga el lector amablemente, que otro diablo nos ha ofrecido unas nuevas 'gafas; pero no aquellas

gafas terribles. Este diablo no ha de ser el diablo horrendo de las tradiciones de Castilla, siempre hosco, aparatoso y ceñudo, instigador de crímenes, que llevaba a los hombres que con él trataban a la hoguera y a la desesperación; sino el diablo que conocen los viejos campesinos gallegos, viejo también, con una mirada maliciosa y una sonrisa taimada; un diablo que es como un campesino de aquella tierra, que se ríe detrás de un valladar del susto de una rapaza, que goza con burlarse de las viejas, que sabe la importancia que hay que dar a esta vida; jovial, bonachón, receloso; que ayuda al zorro a entrar en un gallinero y que, si alguna vez recibiese proposiciones para comprar un alma, la cogería, la miraría, le daría cien vueltas y concluiría por observar:

—Cuando tú me la vendes, algún negocio piensas hacer a mi cuenta. No me conviene.

Un diablo así, manso y apacible, es el que nos ha prestado sus gafas para que a través de ellas miremos mas cuantas cosas habituales y menudas…

TRIBULACIONES DE UN HOMBRE ADINERADO

Os diré brevemente cómo he sido corresponsal de un periódico inglés.

Yo tengo un amigo londinense, pequeñito, moreno, de enormes mostachos, que escribe en cierto amplio periódico de la capital de Inglaterra. Un día mi amigo se detuvo de repente delante de mí, abrió los brazos como dos aspas, me clavó sus ojillos minúsculos y me preguntó bruscamente:

—¿Por qué no escribe usted un artículo acerca de este tema (y me indicó el tema) para un periódico de mi país?

Me desconcertó. Balbuceé asombrado:

—¡Hombre… pues… francamente…

—Los periódicos ingleses pagan bien sus colaboraciones.

—¡Ah, caramba!… Sin embargo… yo no conozco ni una sola palabra de su idioma.

—Pero yo sí.

Y quedó decidida mi suerte. *El Sheffield Telegraph* contestó con un telegrama aceptando la oferta. Esto era muy inglés; mi amigo creció unos cuantos palmos en mi consideración. Muchas veces lo contemplaba yo admirativamente y no podía sustraerme al deseo de mover la cabeza, murmurando:

—¡Estos ingleses! ¡Lo que no discurran ellos!…

Y pasó una semana, y el diario de Sheffield contenedor del artículo vertido al inglés por mi amigo llegó a mis manos. Observé un poco orgulloso las columnas de letra menuda, y los fotograbados y los anuncios de las múltiples planas, y toda aquella enormidad de sabe Dios cuántas graves noticias y cuántos substanciosos conceptos y cuántas galanas palabras de todas las cuales tan sólo había dos perfectamente comprensibles para mí: las de mi nombre, en la firma.

Alguna vez enseñaba el diario a mis amigos:

—¿Qué? ¿No visteis? ¿Es periódico o no?

Y comenzaba a dar vueltas a las hojas enormes. Al final, añadía invariablemente:

—Trae ahí «una cosa» mía.

Así, sin darle importancia. A otro amigo que tampoco sabe inglés le leí un día el artículo desde el principio al fin. Al terminar, sudábamos ambos. Indagué:

—¿Qué te parece?

—Tremendo, chico.

Yo guardé el periódico modestamente, haciendo un mohín, como diciendo:

—Si me da la gana, escribo seis artículos más, iguales al que he leído.

Transcurrieron unos días, casi un mes, y la empresa del *Sheffield* no daba señales de vida. Tengo que confesar que soy un espíritu receloso para todo lo que sea cuestión de dinero. Yo no tengo la culpa de esta manera de ser. El dinero ha huido siempre de mí. Jamás he logrado poseer una cantidad de cierta importancia. La

humanidad me da todos los meses un exiguo puñado de pesetas, y en cuanto las tengo en mi poder me las empieza a sacar por mil procedimientos. Cuando ya no me queda ninguna, me vuelve a dar las mismas pesetas, exactamente las mismas, para volvérmelas a sustraer. Ante esta falta de seriedad, yo he comprendido que nunca podré llegar a enriquecerme. Ni aun con la Lotería. No creo que sea un secreto para nadie que los premios mayores de la Lotería no son adjudicados jamás. Le pueden «tocar» a uno seis duros, diez, mil pesetas. De esa suma en adelante, no se cobra.

El Estado ha constituido una especie de masonería, y desde el director del Tesoro, que firma los billetes, hasta los loteros y loteras, todos están juramentados para guardar sigilo. Aseguran después haber vendido el número premiado y haber hecho entrega del dinero… No les creáis. Si dijesen otra cosa les expulsarían de sus puestos y poco tardarían en fenecer bajo los puñales de los demás juramentados. Encontraríase su cadáver en una callejuela con una daga atravesando el corazón y, a la vez que el corazón, un papel en el que se diría: «Por traidor a sus compromisos».

Muchas veces se da la disculpa de que el billete favorecido lo llevó un emigrante. En otras ocasiones «cae» entre gente humilde, en un mercado, en la clientela de un ultramarinos, en una peluquería… En realidad, es que la Dirección del Tesoro distribuye los comparsas de que dispone para que la ficción tenga matices de verdad. Las verduleras, el tendero, la clientela de la peluquería, los partícipes todos no son más que afiliados de aquella masonería que obedecen órdenes superiores. Gritan, vociferan, aplauden, simulan síncopes de alegría, recorren las redacciones de los periódicos dando la feliz nueva… Pasa algún tiempo y desaparecen misteriosamente de la población para surgir en otra, con diversos disfraces, afirmando también que les ha tocado el gordo. Otros afiliados tienen la misión de escribir cuentos en los que se narra el caso de un padre de familia que no tiene más que tres pesetas, compra un décimo, a la desesperada, y se hace rico; o el caso de un sujeto que por proteger a una vendedora en una noche de frío adquiere todos los décimos que le quedan y le toca un fortunón. Esto tiende a estimular a los jugadores complicando los billetes con el sentímentalismo. Todo está perfectamente estudiado y la farsa es inmejorable. Bien lo sé. Por eso no confío en el dinero de la Lotería.

No es de extrañar que la experiencia en cuestiones de finanzas que creo dejar bien demostrada en las líneas que anteceden, me hubiese llevado a desconfiar de que las libras esterlinas del *Sheffield* llegasen a mis manos. Cierto día insinué tímidamente a mi colega británico:

—¿Cree usted que haya podido extraviarse el dinero?

Mi colega brincó, con los enormes mostachos erizados. ¡Extraviarse el dinero! ¡El dinero inglés!… Abrió los brazos hasta imitar dos alas. Luego me explicó que los periódicos ingleses eligen ciertos días para realizar sus pagos. Todo muy serio, muy metódico… Pero —yo me acuso— mis dudas crecían. Una vez busqué a Sheffield en el mapa; otro día me asaltó la sospecha de que mi amigo no era inglés.

—Señor —me decía yo—, un inglés es alto, es delgado, es rubio, se afeita como

un cómico o como un sochantre. Mi amigo es pequeño, es moreno, tiene unos bigotes lusitanos. ¿Puede ser inglés? Es verdad que come limones con la leche y le gustan las mermeladas con el *roast-beef* y que hizo un viaje al Japón. Pero ¿esto es bastante?

Y llegué a sentar la conclusión de que mi amigo era un bromista de nacionalidad borrosa que me había hecho firmar un extraordinario artículo en «camelo» en el *Sheffield Telegraph.* Volví a leerlo y esta vez —¡Dios me perdone!— me pareció firmemente que estaba escrito en un lenguaje arbitrario e inexistente que ningún hombre podría entender.

—¡Buena la hice! —murmuré aterrado.

Pero mis sospechas eran falsas. Una misiva puso en mi poder un papel donde había unas letras y unos números, todo en inglés. Consulté el caso: era una carta-orden.

La guardé en mi bolsillo con la misma inocencia bondadosa con que el leñador de la fábula guardó a la sierpe. Salí a la calle lleno de felicidad. No sabía aún, ¡desdichado!, los sobresaltos y las cavilaciones que me acechaban. Salí a la calle y me dediqué a pasear con un digno aire de burgués que nunca creí poder llevar tan naturalmente. Frente al Banco de España me asaltó una idea; tuve esa sacudida del hombre que se ha olvidado de cumplir un deber:

—¡Ah, caramba! ¡Las cotizaciones!

Y entré. Ante un telegramita azul protegido por un vidrio, me detuve largamente. Leí:

—«Interior 8525, Amortizable 10690, París 776»… Volví a leer. Saqué de mi cartera la carta-orden; la confronté con el telegrama. No decía nada parecido. Decididamente, yo no entendía una palabra de todo aquello. Marché pensando que la tranquilidad del capital no debía estar a merced de una cosa tan confusa como un telegrama. Pero la fortuna me deparó el encuentro con un amigo bondadoso, ducho en reconditeces comerciales. Le llevé hasta el Banco y le hice entrar.

—Veamos a cómo están las libras.

El hombre experto miró rápidamente el telegrama.

—No hay Londres.

¡No hay Londres! Me asaltó una gran congoja. Cuando hablé a mi amigo del documento comercial que poseía, me dijo sin concederle importancia:

—Debe usted endosarlo.

Me alejé tristemente. Aún no había estallado la guerra europea, pero estaban en huelga los mineros ingleses. La lectura de los periódicos me sobresaltó. Con los brazos caídos y el espíritu lleno de amargura elevé los ojos al cielo.

—¡Oh, Señor! —gemí—, como en los cuentos morales, el dinero ha venido a turbar mi paz. Estas libras pesan ya como arrobas sobre mi espíritu. Me preocupan cosas que hasta hoy jamás turbaron mi dicha: los carbones ingleses, las cuestiones sociales de aquel país, los discursos de Lloyd George. Resulta ahora que no hay Londres; si lo hay, no sé qué hacer tampoco; y encima de todo esto, aun tengo que

endosarle el documento a alguien. ¿A quién? ¡Señor, no desampares a tu siervo!

—Es increíble tu cortedad —me han dicho gentes entendidas en asuntos financieros—. Nada más fácil que cobrar esa suma. Debes presentarte, sencillamente, en el Banco que se cita en la carta-orden. Allí te pagarán sin traba alguna.

¡Oh, sí, sí! ¡Es fácil, es fácil! Yo he visto a los «botones» de las casas de comercio ir a los Bancos a arreglar asuntillos, corriendo por las calles, saltando para agarrar el extremo de los toldos, comiendo pan, no dejando pasar ningún perro sin tirarle una piedra, y dando, en fin, todas las muestras de despreocupación peculiares en un chiquillo. Pero yo no puedo hallar pará el caso presente la misma envidiable tranquilidad. Repaso estas razones con un creciente malhumor. Yo no frecuento los Bancos, yo apenas entré en alguno tres o cuatro veces en la vida, acompañando a un amigo; no sé cómo hacer; esta gente que suele poblar los Bancos es para mí tan extraña como puede serlo la que probablemente puebla el planeta Marte. ¿Qué hago? ¿Voy? ¿No voy? Enciendo un cigarro, paseo, limpio unas partículas de polvo que la camarera encargada del aseo de mi cuarto ha respetado sobre la mesa donde escribo, retuerzo el bigote, gruño… Iré, ¡qué diablo!, no tengo otro recurso; es muy triste perder así un puñado de pesetas. Iré, a ver qué pasa. Digo yo que, por mal que vayan las cosas, no me han de comer.

Y salgo y me dirijo al Banco en cuestión; empujo una puerta giratoria y entro. Una porción de personas están sentadas alrededor de unas mesas donde hay revistas; pero todas estas personas vuelven espaldas a la mesa. En ese desdén a la literatura —aunque sea financiera— adivino que se trata de negociantes que estarán allí aguardando a que salga un negocio. Me quito el sombrero y recorro con la mirada el lugar donde he entrado. Es como un patio cubierto por una cristalera artística. El patio es de vidrio también; debajo hay luces encendidas y los gruesos vidrios se iluminan con su color de oro nuevo. Algo así como un mostrador con ventanillas encuadra el salón. Hay muchas ventanillas y en cada una un empleado. Vacilo. ¿A cuál dirigirme? El que está más próximo me ha mirado un instante. Entonces por cortesía, para que no crea que desconfío de él si me ve ir a otra ventana, me acerco y saludo:

—Buenas tardes, señor. ¿Me hace usted el favor de dar este dinero que hay aquí para mí?

Lee la carta-orden de arriba abajo.

—Aquí, no —contesta.

—¡Cómo! —balbuceo—. ¿No ha mandado un señor inglés estas pesetas?

—Pero que no es en esta ventanilla…

—¡Ah! —sonrío tranquilizado—. ¡Ya decía yo!… Porque los ingleses son hombres muy serios. ¿Y a dónde debo ir?

—Allí.

Y extiende un dedo y me muestra vagamente un punto. Yo no comprendo bien, aunque vuelvo rápidamente la cabeza en dirección de su índice, si me ha señalado un

señor gordo que casi dormita sentado junto a las mesas del público, o una de las ventanillas fronteras. Pero me doy cuenta de que repetir la pregunta sería delatar mi condición de persona que no conoce los secretos de los Bancos. Le hago un guiño de inteligencia y murmuro:

—Allí… ya; comprendido.

Y después de dar dos vueltas alrededor del salón, me paro en otra ventanilla.

—Caballero —digo amablemente al empleado—, ¿tendrían ustedes a mano estas pesetas que me han remitido hace unos días?

El empleado lee la carta-orden.

—Vaya usted a «Cuentas corrientes».

Vuelvo a coger el papel.

—Muchas gracias.

Doy tres vueltas más al salón repitiendo incesantemente, para no olvidarme: «Cuentas corrientes, cuentas corrientes»… Y ¿dónde es eso de «Cuentas corrientes»…? Sin duda se trata de alguna sucursal de la casa. Me paro al albur en una ventanita, luego en otra, en otra… Todos los empleados del Banco se van enterando uno tras otro de que un señor inglés me manda unos cientos de pesetas. Al fin uno de aquellos empleados se queda con la carta, se acerca a unos pupitres donde hay veinte o treinta jóvenes escribiendo en unos libros enormes y habla con ellos. Yo no veo que exista una absoluta necesidad de que se entere tanta gente. Cuando* vuelve a la ventanilla, me creo en la conveniencia de advertir, por si acaso, que no se trata de que yo haya dado un sablazo al remitente… Pero me da un papelito azul con un número: el 456. Miro el número:

—Esto debe ser una socaliña —pienso—. Pero como el hombre no añade una palabra más, investigo:

—¿Y qué hago yo ahora con esta rifa?

Parece que el funcionario contiene la gana de reírse:

—Es un un número de orden. Le llamarán por él para pagarle.

—¡Ah, muy bien! ¡Mil perdones!

Me siento a esperar. Miro largamente el papelito azul para no olvidarme del número. Dos veces corro a una ventanilla donde creí que llamaban al 456. No; era el 356 una vez y la otra al 453. Fumo un cigarro y le dirijo algunas miradas a una señorita muy gorda que está junto a una señora muy flaca. Me extraña esto porque siempre suele ocurrir al revés. Examino los porteros, contemplo cómo en un mostrador un empleado guarda en un cestillo muchas monedillas de oro, sin darles importancia. Por supuesto que eso lo hacen así para propaganda de la casa, delante de nosotros. Siguen voceando números; ninguno es el mío, pero todos me sobresaltan. La señorita gorda está ahora en una ventanilla guardando unos billetes en el bolso de la señora flaca. El empleado de las monedas de oro se mira las manos ennegrecidas por la operación. De pronto:

—¡Cuatrocientos cincuenta y seis!

¡Qué bárbaro! ¡Cómo ha gritado ese hombre! Todo el mundo va a mirar para mí. Avanzo majestuosamente.

—Firme usted aquí.

Firmo y rubrico. El empleado me hace entonces una pregunta inesperada:

—¿Es conocida su firma en el Banco?

Quedo un instante perplejo. Al fin digo, con una suave sonrisa.

—La modestia me impide contestar, señor mío.

El empleado me mira y repite su pregunta:

—Digo si es conocida su firma en la casa.

—¡Hombre! —replico un poco amoscado—. No digamos que soy una celebridad, pero por ahí adelante ya hay alguna gente que conoce mi firma. ¡En esta casa, en esta casa! ¡Yo qué sé! Pero ¿no existe aquí nadie que lea el *ABC* entre tanto hombre?

Se ve que este individuo no me comprende o que yo no le comprendo a él. Me grita:

—¿Pero usted registró aquí su firma?

Le grito:

—¡No!

Y estoy tentado a añadir: «¡Ni falta me hace, ni tengo por qué registrar mi firma en un Banco!»

—Bueno —decide—: pues vaya a que autorice alguien su recibo.

—¡Alguien! ¿Y quién?

—Alguien que tenga aquí registrada su firma.

¡Aprieta! Por mucho que hostigo la memoria, yo no me acuerdo de nadie que esté en tales condiciones. ¡Ya suponía yo que me habría de ocurrir algo grave en el Banco! Pienso en armar un alboroto y en contar a gritos a la gente que espera lo que ocurre. Antes, cautamente, pregunto:

—Y si no hago eso, ¿no cobro?

—No; no cobra.

Entonces emprendo un rápido trotecillo calle adelante, con el papel en la mano. No sé a dónde voy ni a quien busco. Cristóbal Colón, al salir de Palos, tenía más orientaciones que yo. ¿A quién se le habrá ocurrido en Madrid registrar su firma en ese Banco? ¿Y dónde estará? No lo sé. Y sigo corriendo. Subo a un tranvía. Bajo no sé dónde. Vuelvo a correr. Tengo sed, tengo fiebre. Hay un paréntesis en el que no me acuerdo de nada de lo que hice. Apenas conservo la vaga memoria de que bebí tres *bocks* y de que un limpiabotas sin pedirme permiso, me lustró el calzado en la terraza de un café y me pidió un real y tuve que dárselo.

……………………………………………………

Son indispensables, absolutamente indispensables, estos puntos suspensivos, que me ahorrarán un largo y difuso relato. Al fin tengo autorizada mi firma. Cierto camarada me llevó a otro establecimiento bancario donde tenía un amigo, y me presentó a él.

—Señor mío —le dije—, después de la presentación que hizo este hombre honorable, usted no dudará de que yo me llamo como él asegura.

—Ciertamente —respondió con una delicadeza consoladora.

—Pues bien, haga usted el favor de prestarme esa pluma que lleva sobre la oreja. Fíjese; yo firmo así, y rubrico así.

Y firmé y rubriqué en su presencia.

—¿Se atreverá usted a negar que desde mi adolescencia firmo y rubrico de esta manera?

—No tengo, en efecto, ningún motivo para negarlo.

—Su urbanidad de usted es un sedante para mi espíritu. Confronte ahora esta firma con la que hay en esta carta-orden. ¿Son iguales?

—Juraría que son iguales.

—Puede usted jurarlo. Hágame, pues, el servicio de autorizarla debidamente.

El hombre cogió el documento y se lo llevó a otro señor; el otro señor lo miró primero con aire distraído, después con atención, luego fieramente. Lo colocó sobre su carpeta, escribió dos líneas, le pegó un terrible golpe con un sello, como si quisiese aplastar su escritura, lo volvió a mirar, le pegó otro golpe con otro sello. Y me lo devolvió.

Corrí al Banco. Arrojé el documento en la ventanilla, jadeante, convulso. El empleado me dijo:

—No puede cobrar hoy; vuelva usted mañana.

—¡Mañana! ¿Por qué?

—Porque he cerrado la Caja.

—¡Caballero —grité indignado—, yo no tengo nada que ver con que usted haya cerrado su caja! ¡Usted tiene aquí un dinero mío y es necesario que yo me lo lleve!

—Pero la Caja está cerrada.

—¿Quién tiene la llave?

—Yo.

—Pues ábrala usted.

No hubo manera de que se decidiese a hacer este pequeño favor. Nunca he tropezado, en toda mi vida, con un hombre menos servicial o más perezoso. Intenté hacerle comprender que no había labor más sencilla ni que menos tiempo exigiese que sacar una llave del bolsillo, abrir una caja, tomar de ella unos billetes y volverla a cerrar. Se limitaba a repetir tercamente:

—Es imposible, es imposible. La Caja está cerrada ya.

Apelé a los ruegos, a las amenazas, a las blasfemias. Todo fue inútil. En un momento de gran violencia en que metiendo los brazos por la ventanilla, le agarré por las solapas, vi que acudían las lágrimas a sus ojos y le oí murmurar:

—Llevo treinta años interviniendo en estos asuntos y nunca he escuchado una pretensión tan extraordinaria ni oí tratar con menos respeto una Caja que ha cerrado ya. Estoy seguro de que esto me costará una enfermedad, caballero.

Y no la abrió. ¡Qué raro ejemplo de locura! Me fue preciso volver al siguiente día.

Todas estas tribulaciones me hicieron concebir cierto temor hacia el dinero.

PSICOLOGÍA DE LOS BANQUETES

Pocos temas existen que sugieran tan trascendentales y copiosos comentarios como el tema de los banquetes. Puede asegurarse que no hay ninguna persona que no tenga formada su opinión adversa o favorable acerca de este importante asunto. Ha de decirse en honor a la verdad que la mayoría tiene un criterio bondadoso hacia esos actos, y que apenas unas cuantas docenas de individuos suelen exclamar, cuando tienen noticia de un banquete:

—¡Bien está! ¡Y la gente muriéndose de hambre en las calles!

Un comentarista sincero no puede negar que, en efecto, en España hay mucha gente que se muere de hambre. Pero al mismo tiempo hay que reconocer que los miserables han estudiado tan hábil y profundamente su situación que están a una pulgada de haber hallado el remedio. Hasta tal punto es esto verdad, que los Poderes públicos se encuentran perplejos ante la nueva forma en que el problema queda planteado.

Los hambrientos eran gentes sin organización ni influencia, completamente abandonadas a su triste destino y sin el menor poder para quebrantarlo. Un hambriento pedía limosna, pero la Sociedad se defendía de él no dándosela; un hambriento, a lo más que llegó fue a reunirse a otros hambrientos y recorrer las calles en grupos con una bandera en la que cándidamente habían trazado su demanda: «Pan y trabajo». Entonces la Sociedad, respetuosa, leía aquellas palabras, se asomaba a los balcones para ver pasar la manifestación, comentaba los trajes raídos o las caras pálidas, y callaba; los guardias de seguridad acudían y disolvían el grupo o le hacían marchar oscuramente por calles extraviadas; y los famélicos iban por esas calles extraviadas, muy enteros, muy dignos, con sus banderas en alto, pero sin comer. Lo más que lograban era que alguna vez un señor les «echase» un discurso desde el balcón del Ayuntamiento o del Gobierno civil.

A veces, el hambriento, llevado de un afán de venganza contra la Sociedad, se moría en medio de la calle. Positivamente, esto era molestísimo. La gente se acumulaba en torno del cadáver para ver la mueca horrible y la miseria del rígido cuerpo… Más de una digestión se perturbó ante un espectáculo parecido. Sesudos gobernantes estudiaron la manera de impedir que los pobres diablos trastornasen de esta manera afrentosa el orden social falleciendo en la vía pública con un absoluto desprecio de lo estatuido por la costumbre y casi por la ley. Las calles no se han hecho para que las gentes mueran en ellas. Las gentes deben morir en una cama. Se exceptúa de esta costumbre tan sólo a los personajes de los dramas, que suelen morir en un sillón. Sin embargo, para fortuna de los convencionalismos y de la buena marcha de la humanidad, el número de hambrientos que, llevados de un fanatismo censurable morían en la vía pública, nunca fue tan crecido que llegase a constituir una cuestión de orden público.

Todo parecía, pues, indicar que la Sociedad había conseguido vencer a los hambrientos y que éstos tendrían que resignarse con su destino y acostumbrarse pacíficamente a no comer. Pero todo avanza: cada día se hacen inventos nuevos y la inteligencia de los hombres no se da un punto de reposo. Ahora los hambrientos han decidido que tienen que comer a todo trance y se han empeñado en que sean los Poderes públicos los que les llenen la escudilla. ¿Dónde dan de comer?… ¿En la cárcel?… ¡Pues a la cárcel!

Un hambriento aguarda prudentemente hasta el último instante. Pasa un mes o dos comiendo un panecillo cada tres días. Cuando comprende que apenas le queda fuerza para romper un cristal de una patada, se decide a poner en práctica: su plan. Así, en Madrid, un desdichado pidió cierta vez limosna en Lhardy y, al ver que no se la daban, hizo saltar en añicos la luna del escaparate con el único propósito, que después confesó, de que le llevasen a la cárcel. Muchos colegas suyos suelen presentarse en las comisarías pidiendo como un señalado favor que les obsequien con una «quincena». Los comisarios les explican lo absurdo de la gollería que solicitan. En las cárceles se da de comer, es verdad, pero tan sólo a los delincuentes; si el Estado fuese a sentar allí a mesa y mantel a todas las personas honradas que tienen hambre… ¡estaba aviado!…

Si el procedimiento se divulga, como parece ocurrir, el conflicto en que se ha de ver el Estado es muy serio. La poética clase de los hambrientos desaparecerá, y tendremos a toda prisa que ampliar las prisiones y habilitar con tal objeto, de una manera interina, otros edificios del Estado: cuarteles, escuelas, etc. Esto es grave y merece un estudio detenido. Por mi parte, ansioso siempre de cooperar a la acción del Gobierno, se me ocurre una idea que, por lo que pudiera valer, consigno: convertir en verdaderas oposiciones la entrada en los establecimientos penales; que no baste para ello romper-un cristal ni pegarle a un guardia; abrir ejercicios más arriesgados: apedrear un ministro, incendiar el Senado… en fin, algo que no esté al alcance de un hambriento vulgar.

Pero, con franqueza, tampoco tengo gran fe en este sistema. Como en todo, pronto habrían de intervenir en él el favoritismo y la influencia, que son los que rigen todos los asuntos en nuestra patria. A lo mejor, creyendo asegurarse el pan, un pobre diablo le abría la Cabeza al conde de Romanones y cuando fuese a reclamar su puesto en la cárcel, se encontraba con que se lo habían dado a un caciquillo de Guadalajara o a un pariente lejano del señor Brocas.

Y en un país así, ¿qué quieren ustedes que haga para prosperar la numerosa y respetable clase de los hambrientos?…

Pero aunque el hambriento no se defendiese por sí mismo con el tesón que queda consignado, ¿podría exigirse en nombre de un sentimentalismo extremado que desapareciese el espectáculo de los banquetes? Mi opinión deniega. El banquete no

puede desaparecer. En la civilización actual, constituye un elemento importantísimo. Es un guión que abre y un guión que cierra todos los actos, todas las empresas de algún relieve. Se inaugura un negocio, un partido político, surge una idea… Se da un banquete. Se disuelve un grupo, fracasa una cuestión, llega a su desenvolvimiento aquella idea… Y cincuenta, cien señores se sientan ante una mesa en forma de T o de U. A primera vista, esto parece una incongruencia.

—¿Por qué razón absurda —dicen algunos— se ha de demostrar la admiración o el cariño hacia un señor llevándole a comer a un restaurant? ¿Qué relación puede existir entre la langosta en salsa mayonesa y el concepto que la muchedumbre tiene de un hombre? ¿Por qué al político que hizo una ley, al literato que escribió un libro, al orador que pronunció un hermoso discurso, al gobernante que cuidó de los intereses de una provincia, se les hace ingerir, como muestra del deleite público, algunos entremeses, un «ragout», una pechuga de pollo, varias hojas de lechuga, y medio litro de agua mineral?… Esto es de una incongruencia abominable. Esto no debe continuar ocurriendo.

—Bien, bien —contestamos los que hemos hecho un largo estudio de la cuestión —; todo eso aparentemente es muy razonable; pero si lo examinan ustedes con calma verán que una misteriosa relación une a la crema americana y al «mignon» de buey al Madera con los asuntos que un espíritu superficial pudiera estimar más lejanos. Un banquete es la mejor demostración de amistad que se le puede dar a un hombre. El señor que compra su cubierto suele gastar en él una cantidad superflua puesto que podía comer en su casa; tiene que esperar una hora entre plato y plato; tiene que sujetar la botella de vino debajo del brazo porque cada vez que pasa el camarero se la quiere llevar; suele romperse un diente al morder el muslo de un pollo granítico; ha de soportar que el vecino de al lado fume un cigarrillo entre manjar y manjar y le eche el humo a la cara, terrible tortura porque no hay combinación culinaria más infernal que una langosta a la nicotina; además, el entusiasmo le incita a beber más de lo que acostumbra, y al día siguiente el bicarbonato ha de tapizar su estómago tan profundamente como tapiza el polvo las carreteras. Debe añadirse a esto el que algunos comensales abusan de tan temeraria manera de los quesos helados, que a casi todos les suelen nacer sabañones en los intestinos…

Todo esto ¿no significa una adhesión inquebrantable y heroica?… ¿Qué se quería, pues? ¿Que el admirador se arrojase al mar? ¿Que fuese a casa del admirado y se abriese el vientre a la usanza china delante de él? ¿Que se envenenase con cianuro?… Esto no cabe en las costumbres civilizadas. Ya bastante hace el pobre que se intoxica elegantemente con unos entremeses variados y, por si es poco, se atiza al coleto dos copas de champaña químicamente puro.

Cuando el comensal mira al «banqueteado», con esa tierna mirada que suele dirigirse en estos casos, el «banqueteado» sabe entender…

—Ya ves adonde llega mi cariño hacia ti. Aquí me tienes comiendo una cosa que no sé lo que es porque la lista está escrita en gabacho. He tenido que adular al

camarero para que me trajese este manjar después de media hora de espera; luego le he hincado el diente, feliz porque creí que eran perdices, y a mí las perdices me vuelven loco. Pero he aquí que el compañero de la derecha se inclina hacia mí y me dice: «No está mal este plato de langostinos», y al oír esto, el comensal de la izquierda, esgrime el tenedor con que clavó un trozo de la misma vianda que los tres comemos, y nos increpa. «¿Desde cuándo se llama langostino a un filete de ternera?…» Esto es indudablemente curioso, pero yo no puedo impedir que me llene de melancolía. Sin embargo, continúo aquí. Ya ves a dónde llega mi cariño y mi admiración.

En los banquetes políticos es donde mis aseveraciones pueden ser más fácilmente comprobadas; es donde se comprende que esos actos son absolutamente indispensables en toda sociedad bien organizada. La íntima relación que existe entre las ideas y la comida es, en estos casos, más visible. Podrían citarse mil ejemplos de concomitancias entre el arte culinario y las artes políticas. Después de todo, un ministerio no es más que un banquete con los cubiertos limitados; y una situación, algo así como la cola de pobres de convento, que esperan con el pote en la mano la prodigalidad del hermano lego, dueño de la caldera de sobras.

Los banquetes políticos suelen ser ofrecidos a aquellos que tienen en sus manos el poder o que van a alcanzarlo. Un banquete para un político avisado es una excelente plataforma. La gente toma asiento en torno a las largas mesas. Al principio parece que su atención está totalmente absorbida por la calidad de los manjares y que en su gesto preocupado hay el recelo de que en la cocina escatimen en la sopa el picadillo de jamón, o de que la ternera haya muerto después de sufrir la agonía angustiosa de la glosopeda. Pudiera creerse también que algunos están secretamente turbados por la duda surgida en su espíritu acerca de la colocación de la servilleta o del uso que debe darse al cuchillo para comer los espárragos.

Algunos comentaristas afirman que pasado el primer momento y desaparecida ya esa inquietud general, todas las afirmaciones se funden en una sola, gigantesca y sañuda: comer. Aseguran que entonces la idea del desquite de las quince o veinte pesetas obsesiona los ánimos, y que en la amplitud de este desquite entra por mucho la apreciación personal, pues mientras hay quien se cree en el derecho de llevarse, después de harto, algunas frutas o entremeses sobrantes, ciertos individuos que tienen un concepto fantástico de las quince pesetas, suelen guardarse los cubiertos. No obstante, esos mismos comentaristas agregan que esto no suele ocurrir nunca en una proporción que exceda del treinta por ciento.

Me resisto a creer tales acusaciones. Más bien se me antoja que en la furiosa presteza con que dejan limpios los platos se esconde un afán idealista. El comensal, va dejando traslucir poco a poco esta exaltación. Algunos verdaderamente debilitados por la larga contemplación de un país oprimido, hacen que el camarero les sirva una doble ración. Al final, cuando llega el decisivo instante de los brindis, el ánimo de los comensales está en franco optimismo, en franca cordialidad. El buen patriota se ha

resignado a beber dos o tres botellas de vino. Es un sacrificio que se ha impuesto para favorecer la industria nacional. Se propende a la admiración, a la ponderación encomiástica, al apretón de manos, al aplauso, al «¡bravo!» Cuando se levanta el agasajado y cesan todas las charlas, la labor de convencimiento está hecha ya. El orador no tiene más que recoger una madura cosecha. Todo lo demás huelga; tanto da que el agasajado diga una cosa o la otra. Podría hablar en «camelo». La salva de aplausos atronadora, persistente, los vivas estentóreos, sonarían igual. Es algo inevitable. El prócer está en pie. Grita:

—¡Nos quieren arrancar el Poder los enemigos del pueblo!

Y los comensales vociferan, indignados a medias por los manejos de los enemigos del pueblo, y a medias porque su avidez por el helado de vainilla les ha producido un molesto frío en los dientes.

—¡Nosotros nos defenderemos! —clama el personaje.

Y todos corean:

—¡Sí! ¡Sí!

Continúa el prohombre:

—¡Para nosotros es un deber de dignidad no desertar de ese puesto de honor!

—¡Bravo! ¡De honor! ¡Así se habla!

La ovación resuena estruendosa. Muchos comensales a los que la frase sorprende revolviendo el café, en su prisa por aplaudir se guardan las cucharillas en el bolsillo. Suele ocurrir también que, en medio de un párrafo sensacional, cuando todo el mundo guarda silencio, un señor llama al mozo para quejarse de que no le han servido el coñac. Para sacudir la impresión que pudieran tener sus compañeros de su frivolidad, este mismo señor es después quien propone en breves y balbucientes palabras que se envíe a la señora del agasajado el ramo de flores que hay en el centro de la mesa, haciendo a la vez la cordial advertencia de que es preciso sacudirlo para que caigan los huesos de aceitunas y los pellejitos de salchichón que hicieron nido entre las rosas y las dalias. Más de dos docenas de comensales que no saben hablar en público van a los banquetes con la preocupación de pedir que se envíe el ramo a las parientas del festejado.

No se conoce ningún programa político expuesto al final de un banquete que no haya sido aceptado entusiastamente por el auditorio. Hay quien sostiene que de la vida en común llega a adquirirse hasta cierto parecido físico. Puede ser; pero lo que desde luego debe afirmarse es que la comunidad de mesa constituye el más fuerte lazo de unión entre los espíritus. Está probado que el bacalao a la vizcaína y los callos domingueros predisponen al anarquismo y a la iracundia. El pavo trufado, en cambio, es retrógrado; el bisté, posibilista; en cuanto a los bombones de crema y al «marrón glacé» inclinan el ánimo al sentimentalismo y a la vaga melancolía. No espero encontrar una sola opinión discrepante.

A la vez que los grandes personajes políticos obtienen triunfos resonantes en esta clase de fiestas, los banquetes son asimismo beneficiosos para el sencillo comensal.

En España se come mucho en los banquetes, pero se come poco en las casas. Un buen padre de familia condenado a deglutir todos los días un amasijo de arroz o una pasta insubstancial de patatas ligeramente ruborizadas con pimentón, no tiene el valor suficiente para destruir el equilibrio inestable de su presupuesto, gastando unas pesetas en un restaurant. Pero en cambio se refugia gustosísimo en el pretexto del banquete. Coge sus duritos y se disculpa ante su costilla:

—Ya ves: es una comida al Director general. Se fijarían en mi ausencia; nunca falta un chismoso que haga advertir…

Y se marcha a devorar fieramente, con el gesto de un hombre que se resigna a sufrir un destino inexorable.

Un banquete, un simple banquete, sin discursos, sin conclusiones, sin otra acción que no sea la de comer, puede constituir por sí solo una afirmación ideológica. Ejemplo: los banquetes vegetarianos. Cada uno de ellos equivale en trascendencia a un mitin.

Yo he asistido una vez a un banquete de los vegetarianos madrileños. Los vegetarianos madrileños forman un grupo, celebran reuniones, votan acuerdos, trabajan en la perfección científica de sus máquinas, tienen un jefe que es diputado a Cortes. Los vegetarianos representan una aspiración, entrañan una tendencia. Pueden, en fin, constituir un partido. Fundamentalmente, opinan que la humanidad vive sobre la falsa base de un lamentable error ancestral. La humanidad cree que es carnívora. Y no. La humanidad es sencillamente vegetariana. Esta equivocación nos ha procurado terribles catástrofes. ¿Es tiempo aún de volver a la luminosa senda de la verdad?… Aún es tiempo. El partido vegetariano, con sus organizaciones, con sus revistas, con sus prédicas, viene a gritarnos:

—¡Deteneos: vuestro rumbo es fatal; las toxinas os trastornan: están caras las subsistencias porque vosotros lo queréis, hay guerras porque las carnes que ingerís os tornan violentos! ¡Comed legumbres, no más!

Esto es un programa. Algún día, cuando la buena doctrina se difunda, advertiremos sus beneficios. Yo creo que el vegetariano debe ser un partido de acción, debe luchar en los comicios, nombrar alcaldes, sentarse en las Cámaras, aspirar al Poder… actuar, en fin, enérgicamente. Les creo más interesantes que los reformistas.

Tengo, sin embargo, que hacer una declaración con el alma traspasada de pena: no estoy conforme con la marcha del grupo vegetariano madrileño. No. En las dos horas que he tenido el honor de pasar en compañía de sus más distinguidos miembros devorando manjares estrafalarios, me he dado cuenta de que sus medios de propaganda son ineficaces. Cada señor hablaba de sus enfermedades pretéritas y de su bienestar del presente. Quién se desayunaba antes con Carabaña; quién se retorcía después de comer un kilo de jamón; éste padeció desde chico del estómago; aquél de

los intestinos… Son, pues, enfermos curados por un régimen; de ninguna manera místicos enamorados de una doctrina. Están, por lo tanto, incapacitados para generalizar. Por la misma razón, un cojo no tendría éxito al decir:

—Cuando tuve la rótula astillada y se declaró la gangrena, sufría horriblemente. Desde que tengo la pierna de palo soy feliz. Debiéramos usar todos los hombres piernas de palo.

Permítanme los distinguidos señores del partido vegetariano que acuda en su socorro con un buen consejo. Se debe sentimentalizar más la teoría. Si queremos que la humanidad abandone sus viejos y sabrosos errores, no le hablemos del jugo pancreático, no le hablemos del colon transverso, de cuyas fatigas, ¡ay!, prescinde con dolorosa ligereza. Hay gentes que se mueren sin enterarse de que desde pequeñitas llevan un píloro consigo. Es terrible, pero es así. Ataquemos, en cambio, sus buenos sentimientos. Yo le diría al no iniciado:

—Tú, apreciable amigo, te crees un hombre de bien, incapaz de hacer un daño. Tú has almorzado unas ostras, una pescadilla, una perdiz y un trozo de ternera. Después encendiste un cigarrillo y te deleitaste pensando en la felicidad que te procura tu vivir honrado y bondadoso. Sin embargo, tú acabas de realizar y de ser cómplice de monstruosas crueldades que te estremecerán cuando recapacites. Apenas has comenzado a hacer la digestión y ya pesan sobre tu conciencia varios crímenes escalofriantes. Esa ostra se encontraba satisfecha en el fondo del mar. La primera contrariedad de su vida la experimentó cuando la extrajeron para ti de su natural elemento. Como la ostra es un animal sosegado, se resignó. Violentamente le arrancaron una de sus valvas. Tú has tenido la fría maldad de desprender su cuerpo con el tenedor de dos púas. Después, cuando aún no pudo reponerse de esta impresión acongojante, vertiste unas gotas de limón sobre la reciente herida. No obstante, tú sabes que las ostras no pueden reprimir ciertas contracciones de disgusto bajo el zumo del limón y que muestra todo el gesto de dolor que puede tener la fisonomía de una ostra. Todavía le diste una dentellada, y aun alentaba débilmente el infeliz molusco cuando los ácidos de tu estómago actuaron sobre él. Un suplicio igual no ha sido soñado nunca entre los humanos. ¿No te estremeces, monstruo?

»¿Y la pescadilla? La pescadilla tenía apetito, vio ante sí un cebo, lo tragó. De pronto sintió un anzuelo clavarse en su boca. No pudo ni gritar. Con una prisa inclemente —entre el estupor de los suyos que nadarían por aquellas aguas y que jamás podrán explicarse cómo su amada compañera salió disparada a volar como una gaviota—, el pobre pez fue remontado sobre la superficie y llevado a un mundo desconocido para él. Con las agallas rotas, brincando sobre la arena de la playa, el animalito no tuvo ni humor para distraerse en la contemplación de ese aspecto de la Naturaleza que no sospechaba. Murió. Los hombres suelen colocar en su boca una lírica rama de perejil, como para hacer más despreocupada y sonriente su defunción. Pero a un hombre sensible no se le puede ocultar la espantable condición de esa tragedia. ¿Qué pensarías tú si al comer un panecillo te sintieses arrebatado sobre las

chimeneas, con una alcayata en el paladar?

»La incauta perdiz sufre un atentado asimismo odioso. Se la persigue; los hombres y los perros van de monte en monte tras de ella. Se le disparan tiros. Ella no puede contestar; no tiene armas: es, evidentemente, una lucha desigual y cobarde. Cuando la perdiz desciende con un plomo en sus carnes —que, pese a todo, hemos de confesar que son plausiblemente sabrosas— lleva formado un mal concepto de los hombres.

»Pues, ¿y la cándida y mugidora ternera que sucumbe al puntillazo del matachín? ¿Crees tú que puede alegrar sus últimos momentos el saber que sus trozos van a descansar blandamente en un puré de patatas?… ¿Y los cangrejos a los que cueces vivos?… ¡Oh, todo esto es bien terrible, capaz de hacer brotar las lágrimas del más empedernido de los seres! Sin embargo, tú contribuiste a ello y tu conciencia nada te reprocha. Y aun puede ocurrir que censures al cocinero por no haber tenido el asado más tiempo en el horno, aumentando así los incontables rasgos crueles de la tragedia. ¡Medita, malvado, en estos crímenes!»

Creo que los conceptos que acabo de expresar, bien dichos y engalanados retóricamente, serían de un efecto irresistible para la propaganda de la teoría vegetariana que contó entre sus adeptos hombres tan profundamente sentimentales como San Francisco de Asís.

Los miembros del grupo vegetariano madrileño tienen, a pesar de los reparos que me he decidido a formular, una viva y provechosa fe. En las conversaciones que oí en aquel banquete recogí algunas enseñanzas que reputo provechosísimas y dignas de ser divulgadas. Un bondadoso carnífobo me insinuó la conveniencia de sustituir el jamón en los emparedados con cierto extracto de cacahuets. Otro amable señor me descubrió que la sopa de ortigas maceradas tiene tal sabor a almejas que, después de probada una vez, se convence uno de que aquel preciado marisco no hace más que imitar con poca fortuna el sabor del calumniado hierbajo. Un tercer comensal me recomendó que adquiriese la costumbre de comer algunas arenas, para favorecer, al igual que las gallinas, la trituración del alimento en el estómago. Sospecho que se trataba de un exaltado.

Es sensible que mi memoria no me permita recordar todas las instructivas anécdotas que escuché en aquel banquete. El público se enteraría de sucesos extraordinarios. Hubo una que hirió mi atención. Se refería a un individuo que en cierto país se dedicaba a la cría de gatos para comerciar con su piel.

—Con la carne de estos gatos —aseguraba el narrador— alimentaba muchos ratones.

—¿Para qué? —inquirí cándidamente, asombrado por la paradójica ocurrencia.

—Para alimentar después con los ratones a los gatos. ¿Cabe una aplicación más razonable de la carne?

Y siguió explicando. Algo confusas están mis ideas, pero me parece haber obtenido la radiante consecuencia de que con dos ratones y un par de gatos que se devoren recíprocamente y con arreglo a un método ingenioso, se puede hacer un formidable acopio de pieles. Apunto el hecho para bien de la industria.

Aquella comida fue una de las más sosegadas, correctas y dogmáticas, de todas a cuantas he asistido. Al final amenazó surgir un enojoso trance. El Presidente acusó a un comensal de haber sido sorprendido en la lamentable falta de apurar una taza de café con cafeína. El acusado, a su vez, formuló contra el Presidente la terrible denuncia de engullir pájaros fritos a hurtadillas de los afiliados. Todos los rostros se tornaron graves. Pero ambos inculpadores aseguraron, riendo, que sólo se trataba de una broma, con lo que la tranquilidad renació.

Yo me complazco en hacerlo constar para que quede a salvo la honorabilidad vegetariana de los dos consecuentes devoradores de legumbres.

TEORÍA DEL GALLEGO

Cierta vez conseguí hacer una interviú muy interesante.

Confieso que detesto las interviús. Me parece que se abusa de ellas y que casi todas pueden ser tachadas de anodinas o de inoportunas. El tipo del periodista que interroga acerca de cosas que apenas interesan a las gentes, no llega, sin embargo, a molestarme tanto como el tipo del hombre propicio siempre a dejarse registrar las ideas. He tenido ocasión de hablar acerca de cien cuestiones distintas con los hombres más salientes de la política española y casi nunca me han dicho nada interesante. Esto me ha hecho dueño únicamente de una amplia erudición acerca de la *pose* de los políticos en las interviús. Todos ellos suelen regalar un puro. El señor Dato, mejor conocedor del corazón humano y de sus vanidades, ofrece tan sólo un cigarrillo, porque sabe que el cigarrillo establece una mayor intimidad. Sánchez de Toca comienza invariablemente afirmando que no tiene nada que decir; después habla media hora acerca del asunto en un castellano tan difícil que hay que tomar nota de todas sus palabras: luego le dice a uno que aquello que acaba de contarle está en su libro X o Z, y le recomienda que copie un capítulo. Alba es amable; Burell, cordial. El más terrible de todos es el señor García Prieto. Notorio es que el señor García Prieto posee dos voces: una, atiplada, y otra de bajo profundo. Hace, por ejemplo, sus primeras manifestaciones con la voz de bajo, y de pronto, salta a la voz de tiple. Uno concluye por creer que habla de broma y no sabe si ha de conceder más importancia a un tono o a otro tono. Algún periodista hubo que se permitió interrumpirle para preguntar:

—Bueno, esto que me dice usted en voz de falsete, ¿me lo dice usted en serio, o debo anotar tan sólo lo que me diga en voz de bajo?

Pocas veces he perdido ocasión de reprender amorosamente a los que por afán de una efímera notoriedad se someten a las interviús. No obstante, en una ocasión estuve a punto de incurrir yo mismo en ese pecado. Cierto joven colega me visitó hace un par de años y me expuso su inquebrantable propósito de interviuvarme. Imagínense mi turbación. En cuanto le hube rogado: «Siéntese usted», comprendí que ya no tenía nada más que decirle. Él comenzó su interrogatorio:

—¿Qué edad tiene usted?

Acerté a pronunciar:

—Soy joven. Soy muy joven.

—Sí, pero… ¿cuántos años?

Le ofrecí un cigarrillo para suavizarle. Me atreví a opinar:

—Con todo respeto a sus procedimientos de interviú, ¿no le parece que sería más interesante preguntarme cuántos años desearía tener? Acaso yo pudiese aventurar una agradable teoría. Los hechos reales son áridos…

Mi colega mordisqueaba el lápiz. Entonces le ofrecí más cigarrillos.

—Comprendo que debía regalarle a usted un puro. Siempre se regala un puro en las interviús; pero yo abomino de los puros. En cambio puede guardarse esa cajetilla.

Me miró con sorpresa.

—¿Desprecia usted los puros?

—Sí; me parece una estupidez fumar un puro.

El periodista tomó una nota. Entonces me di cuenta de que imprudentemente me atraería el rencor de todos los fumadores de puros. Agregué con precipitación:

—Claro está que no me refiero a los puros de la Habana, y aun abro una excepción para los de la Tabacalera española. Mi aversión se refiere a los puros de brea.

Mi compañero añadió algo a sus notas. Rápidamente pensé que mi nueva afirmación me haría asimismo antipático a muchas personas, y busqué una segunda aclaración:

—Aunque, si bien se mira, el puro de brea merece grandes respetos porque cumple fines medicinales. Si registro el fondo de mi corazón, reconozco que amo al puro de brea. Mi verdadero odio, un odio inextinguible, va contra los fumadores de puros de chocolate.

El repórter abrió los ojos con asombro.

—¿Existe alguien que fume puros de chocolate?

—Desgraciadamente, existe —corroboré fingiendo un gran dolor—; yo sé de algunos amigos míos que practican ese vicio nefando.

—¿Cómo es posible?…

—Han adquirido la costumbre en la escuela y no pueden abandonarla. Bien sabe usted que el árbol que de joven se tuerce…

—Presénteme a alguno de esos señores. Haría con gusto una información…

Aseguré con acento de pena:

—Se han muerto todos, víctimas de su vicio execrable. ¡Que Dios les haya perdonado!

Suspiramos los dos ruidosamente. Luego me preguntó:

—¿Cuáles son los escritores favoritos de usted?

—Zutano, Mengano y Perengano —dije.

Pero mientras escribía los nombres, se me ocurrió que esta declaración mía habría de agraviar a J., a H. y a K., y los cité también. E instantáneamente pensé que los literatos que encuentro en algún café o en algún círculo y los que me envían sus obras y los que no pueden publicarlas y muchos que ni siquiera pueden escribirlas, y todos aquellos, en fin, con quienes charlo o con quienes cambio un saludo, habrían de dolerse de mi olvido y no me perdonarían jamás el no tenerles en mi devota preferencia cuando esta preferencia iba a ser expresada públicamente en un periódico. Entonces comencé a pronunciar nombres y nombres. Primero fui leyéndolos en el tomo de los libros de mi biblioteca, luego apelé al cuaderno de direcciones, a la memoria, a las cartas viejas, a los periódicos atrasados.

—Escriba usted: Pérez, el ilustre Pérez; López, Gómez, Fernández, un tal Juanito, de mi pueblo, que no recuerdo ahora cómo se apellida, pero al que todos le llamamos Juanito; González, Ramírez, Menéndez…

Era un censo, un verdadero censo. Mi colega sudaba.

Llenó de garabatos tres cuartillas, cinco, veinte cuartillas…

—¡Basta ya! —rogó, extenuado.

—Perdone usted —objeté—; creo indispensable consignar todos mis escritores favoritos. No pasaremos a otro asunto mientras tanto.

Al fin dijo que volvería al día siguiente con un taquígrafo, y se fue alabando mi erudición con dolorido tono.

No volvió.

Pero la interviú a que me he referido en las primeras líneas fue, sin duda alguna, seria y trascendental.

Acometí la empresa en los días en que los periódicos de España se ocupaban en el problema regionalista. Gran parte de la prensa y casi todos los diarios aseguraban que tal problema era artificioso y que las regiones carecían de personalidad suficiente. Yo he creído siempre todo lo contrario, y quizá hayan influido en mí las teorías de un paisano y amigo que opinaba que así como los castellanos han solicitado leyes contra los catalanes que les llaman *castellás*, nosotros debíamos pedirlas más severas y urgentes contra los castellanos que se valen de la palabra «gallego» para designar lo sucio, lo ruin, lo despreciable y lo idiota.

Elegí el tema regionalista y fui en busca de un político ilustre, ex ministro de la Corona, hombre prestigioso y sabio. Le saludé, guardé el puro que me dio con el encargo de que lo fumase después de cenar, y preparé mis cuartillas.

El hombre ilustre se sentó ante su mesa escritorio, me hizo observar que estaba leyendo un libro en francés, para darme idea de su cultura, y me preguntó amablemente:

—¿De qué quiere usted que le hable?

—Me interesaría —respondí— conocer su opinión acerca de la autonomía municipal y del problema de las regiones.

—Muy bien —replicó—; lo mismo podría hacerle a usted preciosas revelaciones acerca del cultivo de la vid, o de los presupuestos de Marina, o de las Escuelas Normales. Puedo hacer declaraciones relacionadas con los asuntos más graves y más diversos. Pero ese tema que me propone usted lo domino como pocos.

Abrió una pausa; se estiró en el sillón hasta hacer desaparecer casi todo el cuerpo debajo de la mesa escritorio, y agregó con tono decidido:

—Desde luego puede usted afirmar que yo soy iberista…

—¿Iberista?

—Sí, anote usted: i-be-ris-ta; con b. Es posible que funde un partido con esa

denominación. Quiero decir que soy un devoto del Poder central, único y sin dejaciones, con las riendas de la Administración pública en sus manos. El problema de las regiones no existe; las han borrado por un Real decreto; no hay más que provincias. Parece mentira que no se den cuenta de esto. ¿Anota usted?

—Anoto, sí, señor.

—Lo que pasa es que aquí nos conocemos poco los unos a los otros, y nos parece que somos distintos. Sería preciso viajar un poco más, ver lugares y hombres…

—¿Usted viaja?

—Sí; voy todos los años a Fuenterrabía con mi gente. Estuve dos veces en París… Algo tiene rodado uno. Pero además me he abonado al *Mercure* y a la *Revista de Ambos Mundos.* Estudio en ellas incesantemente y las he citado en más de una ocasión en mis discursos parlamentarios. Me gusta documentarme. Casi todos los males de España derivan de que sus gobernantes no viajan ni estudian. Me acuerdo de que una de las veces que China cambió de régimen, tuvimos en un Consejo de ministros una discusión acerca de las costumbres de aquel país. El ministro de Estado no sabía otra cosa de los chinos, sino que eran una especie de hombres con los ojos torcidos y con coleta. «¿Pero qué característica tienen?», le apremiaba yo. Y nada' ignoraba que todos los chinos andan a pasitos cortos y llevan constantemente erguidos los dedos índices.

—¡Ah! —exclamé.

—Sí; lo habrá visto usted en *Gheissa.* El teatro ilustra. Pero el ministro de Estado no iba al teatro. Bien; pues de las regiones españolas puede decirse algo parecido. Nuestros políticos no las conocen y se arredran ante las declamaciones de los nacionalistas. Asegure usted que entre un vasco y un andaluz no hay diferencia alguna. Se lo digo yo. ¿Es que alguien puede distinguirlos en la calle? Las razas tienen sus peculiaridades notorias; por ejemplo, los alemanes tienen la cabeza cuadrada como un dado, según leí en *El Liberal;* y los franceses poseen una corta barbita. ¿Dónde están esas diferencias entre las regiones de España? Naturalmente que existen ciertas desemejanzas; pero son de escaso interés y originadas por el ambiente. Puedo hablar mucho de eso porque siempre conceptué que la primera obligación de un gobernante es conocer el país que ha de administrar. ¿A qué quiere usted que me refiera para demostrárselo? Busquemos una región poco frecuentada…

Miró al techo.

—Galicia. Pongamos por caso a Galicia, que es la más lejana. Pues yo conozco todos sus usos y costumbres. Óigame usted. En primer lugar le diré que en Galicia se habla un dialecto que difiere del castellano en convertir en *a* cualquier *o…*

Argüí, un poco asustado:

—Algo de eso ocurre en el bable. Pero el idioma gallego no tiene que ver…

Sonrió mi interlocutor compasivamente.

—Le estoy diciendo la fija, amigo mío. Puedo apoyarme también en la autoridad de escritor tan culto y político tan significado como don Rodrigo Soriano, que

afirmaba eso mismo en un reciente artículo de *El Día*. Soriano es un políglota formidable. Lo demostraba escribiendo dos palabras gallegas, según él, que yo no conocía: «Marianu» y «Hamletu». En el mismo artículo aseguraba que lo sentimental está reñido con lo galiciano. Es una opinión muy digna de tener en cuenta, porque, como se ve, don Rodrigo se ha especializado en estudios sobre aquella región. No creo, sin embargo, que su conocimiento del asunto supere al mío.

—Tampoco lo creo.

Agradeció el personaje la adulación, deslizándose más aún bajo la mesa hasta asomar los pies por el otro lado, y continuó:

—Los gallegos andan constantemente con almadreñas por sus calles embaldosadas, lo que produce tanto ruido, que allí a todo el mundo le duele la cabeza. Podemos dividirlos en dos grandes grupos: uno, el de los serenos de comercio, y otro, el de los aguadores. Los serenos se ganan la vida abriéndoles las puertas a los aguadores; y los aguadores, llevándoles agua a los serenos. Cuando se desequilibra por exceso de personal una de las dos clases y hay más serenos que aguadores o más aguadores que serenos, se envía el remanente a Madrid. Debe considerarse también la existencia de un numeroso grupo de mozos de cuerda. Se reconoce asimismo la realidad de una pequeña minoría que pasa sus años bailando incesantemente la «muiñeira».

—Es maravilloso.

—¡Oh! —protestó modestamente—; no tiene importancia nada de lo que digo. Todo el mundo lo sabe. Añadiré que dentro de esa ley general que abarca a todos los gallegos, hay que abrir una subdivisión para los coruñeses; más que a otro oficio, se consagran al cultivo y a la fabricación del pescado, en lo que han hecho notables progresos. Es preciso imaginarse a los pobladores de La Coruña como hombres pensativamente inclinados sobre las retortas de donde han de salir los salmonetes, o sobre los alambiques donde se hace la destilación de la tinta de calamar, o bien regando amorosamente la bien abonada tierra en la que tienen las plantaciones de sardinas, harto preocupados del sol y de las lluvias, porque según sean éstas abundantes o no, así salen sardinas o salen boquerones…

—Ha hecho usted un relato impresionante.

—Amabilidad suya. No pretendo descubrir nada, sino demostrar que nos conocemos lo suficiente para poder regir desde Madrid hasta la aldehuela más lejana de la Península. Todo lo que dije lo habrá oído usted muchas veces en los cafés, en las calles, en los sainetes, en las tertulias de! Ateneo, en las redacciones de los periódicos de la corte…

—Es exacto.

—Pues ya ve usted. Y lo mismo que conocemos Galicia, conocemos las demás regiones. ¡La autonomía municipal! ¡Qué locura! Sólo nosotros mirando amorosa y vigilantemente desde lo alto de la meseta todos los lugares de España, podemos hacer mover ordenadamente el complicado engranaje del país.

Me alcé del asiento.

—Mil gracias por sus interesantes manifestaciones.

El ilustre político retuvo mi mano.

—¿Apuntó usted lo del «complicado engranaje»?

—Sí, señor; aquí está.

—Sí, porque es una frase con miga.

Marché.

El ilustre político aún me volvió a llamar cuando ya descendía la escalera:

—¡Oiga, oiga! Se me olvidaba decirle a usted una cosa importante. Anote: «Los momentos por que atraviesa España…

—… España —repetí, escribiendo rápidamente en las cuartillas.

—… son difíciles.»

—… difíciles.

—Nada más. Muchas gracias.

Y cerró la puerta con ese aire digno tan propio de un hombre que siente sobre él el peso de las responsabilidades anejas al mando.

Puedo decir orgullosamente que a la publicación de esta interviú debe aquel hombre ilustre un gran acrecentamiento de su fama. De casi toda la nación, de Valencia, de Castilla, de Cataluña, de las Vascongadas, de Andalucía, recibió cartas de enhorabuena. Un periódico afirmó que jamás se había conocido un estudio tan sintético, tan acertado y tan cabal como el que nuestro hombre había hecho de Galicia, y que cerebros así eran los que se precisaban al frente de los destinos públicos. Se habló de elegirlo para la Academia de la Historia. Yo he recibido, a mi vez, epístolas de diversas procedencias en las que se me decía:

«Poseía ya referencias acerca de los gallegos análogas a las que el insigne ex ministro expuso en su interviú. Pero sus brillantes conceptos, tan llenos de sugestión, han despertado en mí el ansia de conocer aquellas tierras. Como ir allá debe ser muy peligroso y molesto, creo que debe usted proponer en su periódico que el Gobierno envíe un operador de una casa cinematográfica, convenientemente guardado por un escuadrón de la benemérita, para que podamos saborear en películas las excentricidades de ese pueblo. Tenga usted, al mismo tiempo, la bondad de decirme si es verdad que los gallegos llevan anillos en la nariz.»

De todo lo cual he deducido el convencimiento de que, en realidad, las regiones no existen y que aquí nos conocemos los unos a los otros, y hasta nos apreciamos, y que el único régimen sensato, conveniente y plausible es el del centralismo.

LAS CUPLETISTAS Y EL CUPLÉ

Desde que pensé en lograr una reputación literaria comprendí que debía escribir algunos capítulos acerca de las bailarinas y de las cupletistas españolas. El baile y la canción no constituyen tan sólo, como creen algunos espíritus candorosos, entretenimientos frívolos, sino que son también grave motivo de estudios reposados y luminosos. Casi todos nuestros cronistas han dedicado abundante prosa a escrutar en la psicología de las danzantes y de las cantantes en boga, y de ello recibieron su mayor fama. En lugares tan prestigiosos como el Ateneo de la corte he asistido a conferencias en las que algún docto señor hablaba de bailes o de canciones y las ilustraba con cupletistas auténticas que lucían sus habilidades ante los espectadores. Todas estas conferencias alcanzaban el éxito, por lo menos en lo que se refería a las cupletistas. El público salía llevando una borrosa idea de lo que eran las danzas egipcias y otra noción aproximada del diámetro de las extremidades inferiores de Tórtola Valencia. Ambos conocimientos no pueden ser, en rigor, incompatibles y aun parecen placer singularmente al concurso.

Comprendo que mis deberes de escritor me obligan a disertar acerca de los orígenes de las danzas y del cuplé. Tengo entendido que tanto las unas como el otro tienen unos remotos orígenes. Pero… yo soy un hombre honrado… yo tengo que confesar que, para mí, el cuplé nació hace unos quince años, en mi adolescencia, en el café de una capital de provincia. Antes de esa época, el cuplé está en mi memoria escondido en las más impenetrables tinieblas.

No puedo, por lo tanto, contar la erudita leyenda del cuplé. Me gustaría, sin embargo, destruir una de las que tiene: la leyenda que alrededor de esa canción entonada por una mujer en el tablado de un teatro se ha hecho en los hogares. En el hogar, la palabra «cuplé» casi siempre suena a procacidad; la palabra cupletista, a tentación proterva… Muchas dulces mujeres han pensado, estremecidas de horror, en el misterio demoniaco de «la última sección», esa «última» de todos los salones de variedades, cautelosamente reservada para el sexo fuerte. La dulce mujer supone al marido o al novio, al hijo o al hermano, perdiendo su alma en la misa negra del cuplé, abismado en satánicas tentaciones. ¡Dios mío!… los hombres habíamos de despojarnos de este infernal prestigio y hasta de la sonrisa triunfal y maliciosa con que solemos referirnos a esa «última» si alguien contase ecuánimemente la sencilla vulgaridad, la condición de inocencia del espectáculo.

La cupletista suele ser una apacible joven honestamente enamorada de su arte. Puede decírseme que el arte es a veces un poco escabroso y que la cupletista, a veces también, no es joven. No tengo fuerza para negar esta lamentable verdad. Pero en cuánto a la condición escabrosa de las canciones, debo llamar la atención de las gentes acerca de un hecho innegable: la cupletista no siempre se hace solidaria del cuplé. Ella tiene que cantarlo porque lo ha pagado o porque el público lo reclama,

pero exterioriza su disconformidad por todos los procedimientos que están a su alcance. Esa aparente incongruencia de las cantantes que se llevan la mano al lado derecho del corpiño cuando hablan del corazón o que dan unos pasos de *schotis* cuando se duelen de sus penas, no obedece a otra causa.

Por otra parte, el cuplé pecaminoso está en franca quiebra. En eso se ha evolucionado de una manera profundamente trascendental. Hoy, una cupletista que conozca sus deberes ha de saber, en primer lugar, varias canciones en las que declare terminantemente que ha nacido en Madrid; si puede hacer expresa mención de la calle, mucho mejor. Desde luego es inexcusable preconizarse «castiza» y siempre es bien visto por el público que en el cuplé se cite a Goya y se diga que los padres de la interesada fueron una manola y un majo. Pastora Imperio llega a asegurar que sus ascendientes dieron muchos malos ratos a Napoleón cuando la guerra de la Independencia. Es lamentable que esta nota patriótica no haya tenido imitadoras en las demás cupletistas.

Hay, después de estas canciones que pudiéramos llamar de partida de nacimiento, otras en las que la artista nos refiere particularidades, desde luego honestísimas, de su novio. El unánime esfuerzo tiende a presentárnoslo como un chulo sin tacha. En esto se ha entablado una feroz competencia entre las cupletistas, que brindan a nuestra estupefacción detalles increíbles. En cierto cuplé nos confiesa una que su amado toca el organillo con el codo. Otra nos dice que, de puro chulo, su novio «moja pan en el vermut». Otra interviene afirmando que, para chulo, el suyo, que apaga las cerillas con un martillo. Y otra, en fin, achica a las anteriores asegurando que la majeza del elegido de su corazón le arrastra a apagar la luz eléctrica a salivazos. El público admira estos hechos sin grandes muestras de extrañeza. Un chulo castizo es, en verdad, un ser muy complicado.

Pero no siempre el cuplé amoroso se limita a narrar las hazañas del varón. Frecuentemente también, esos cuplés cuentan cómo el majo se come y se bebe el dinero de la chula. Entonces tenemos que oír quejas e imprecaciones conmovedoras. Una canción hay en que se dice cómo el novio empeñó unos colchones, que es verdaderamente sentimental y hasta triste. Cuan do la cupletista dice aquello de «¡Manolo, Manolo! ¿Qué has hecho de mi tesoro?» el espectador de buen corazón siente el impulso de interrogar también:

—¡Hombre, Manolo, caramba, ¿qué ha hecho usted?…

En el caso más atrevido y protervo, la cupletista tiene ciertas canciones en las que intervienen instrumentos tan ajenos a la música como un reflector o una caña de pescar. En estos cuplés finge buscar su amor entre los presentes y arroja el anzuelo o proyecta la luz para iluminar el rostro de algún señor de las butacas. El señor siente el natural azoramiento… A su alrededor se ríen las gentes… Es un pequeño suplicio. El señor, en esos instantes, suele ser, *in péctore,* poco considerado para el majo y la manola que procrearon a la cantante en una rúa de los Barrios Bajos.

¿Qué más?… Los cuplés de la apache que siempre lleva un mandil rojo y siempre

viste de negro, plausible idea de las cupletistas, iniciativa de una gran transcendencia social, de la que no se han percatado las autoridades que si uniformasen a los ladrones y a los asesinos nos evitarían muchos disgustos. La tonadilla que suena a cascabeles de calesa. La extra-nacional, que toma por tema a las alegres chicas de Berlín o nos dice, instructivamente, cómo visten los negros de la Martinica… ¡Todo inocente!

Tal es la abundancia de las cupletistas candorosas y de las canciones intachables, que se ha podido mantener una especialidad «blanca» dentro del género. En provincias, singularmente, se llega en esto a una pureza tal que las damas más intransigentes se muestran satisfechas. Las exigencias de las señoras en algunos pueblos son, no obstante, bien terribles, y dan lugar al funcionamiento de unos «salones» cuyo régimen interior es tan curioso que merece la pena de ser divulgado.

Yo conozco un teatrito de este género en cierta población veraniega de nuestro litoral. Es un «eme blanco».

En las películas que se proyectan en él triunfa el bien siempre y el mal es severamente castigado. En su pantalla las sombras móviles de los personajes no se han besado jamás. Si en la segunda parte de una «film» veis al malhechor escalar los muros del presidio, huir a campo traviesa, subir a un tren en marcha y saltar a un aeroplano que pasa volando, no tembléis; donde quiera que este aeroplano aterrice habrá dos «polisman» y un famoso detective que detendrán al malvado. Si veis que dos novios se estrechan las manos y se miran largamente y van acercando sus rostros con los labios en forma de tubo, no cerréis púdicamente vuestros ojos: esperad aún. En el preciso instante en que vaya a ser dado el nefando beso, habrá un parpadeo de luz, las figuras de los novios desaparecerán y en su lugar veréis un gallo cantando y un letrero que diga: «Fin de la primera parte. —Pathé Fréres.»

Cuando hay cupletistas, sus canciones pasan a una previa censura; se limita por centímetros sus escotes y se les hace entender que la empresa prefiere el uso de las medias de algodón. No se toleran alusiones dudosas ni frases de doble sentido. Se exige una escrupulosa formalidad. Cierta cupletista de repertorio regional cantó una noche la conocida canción asturiana que dice:

> Caminito del Puerto ya no va nadie.
> Ya no va nadie, no;
> ya no va nadie, sí;
> ya no va nadie.

Al día siguiente, la llamó la empresa.

—Hemos observado —le dijeron— que en su repertorio hay una canción… ¿Cómo le diríamos a usted?… una canción poco seria. Es una en que asegura que nadie va ya por el camino del Puerto. Eso bastaría para disgustarnos, porque no queremos que en el Puerto crean que nosotros les tenemos inquina. Pero es que

inmediatamente dice usted: «Ya no va nadie, no; ya no va nadie, sí.» Y esto no lo podemos tolerar. Esta casa es muy seria. Nuestros abonados salen de la función sin saber, a la postre, si va alguien o no va nadie por ese camino. Nuestros abonados son gentes tranquilas; son rentistas apacibles, señoras del Roperillo de San Juan, jóvenes de buenas costumbres y jefes de familia «bien». Ninguno de ellos viene aquí para buscar preocupaciones. Usted les dice: «Ya no va nadie, sí; ya no va nadie, no»; y les quita el sueño. ¿Es «sí»? ¿Es «no»?… Decídase usted por uno de los monosílabos. En todo caso, elija usted una fórmula intermedia. Puede usted decir, por ejemplo, que le parece que ya no va nadie por ese camino, sin que pueda asegurarlo muy concretamente; que usted lo ha oído decir por ahí… Cualquier cosa, en fin, pero sin contradecirse…

Y cuando la cupletista iba a retirarse, la empresa añadió:

—¡Oiga!… Y… en el caso de que insista usted en que ya no va nadie… pues… a ver cómo se las arregla para decir que no va nadie al Puerto asturiano, porque todo el mundo viene a este otro puerto, que tiene una hermosa playa, un gran Casino, hoteles de primer orden e hipódromo… Esto como cosa suya, ¿eh?

Las cupletistas se someten siempre a estos consejos de los empresarios. En verdad puedo decir que no conozco personaje de mayor importancia que un empresario de «variedades», especialmente si su teatro está en Madrid. Él es quien puede lanzar una «estrella», quien puede dar satisfacción a esa necesidad que tantas mujeres guapas y ligeras sienten de ser admiradas y aplaudidas dentro de trajes estrafalarios y lanzando berridos inarmónicos. ¿Comprendéis el secreto de la influencia de esos hombres? Nadie más poderoso que un empresario de este género. Muchas veces un ministro de la Corona o todo un Presidente del Consejo le han escrito una carta de su puño y letra, diciéndole en tonos suplicantes:

«Mi querido amigo, mi buen amigo: le recomiendo con todo interés a la pequeña Lili. La pequeña Lili quiere ser cupletista y todos los días me dice con su voz musical: «Mi viejo— Lili me trata con cierta confianza—, mi viejo, yo quiero cantar en un teatro, como cantó Loló, que era hija de una portera, y Frufú, que vendía décimos en la Glorieta de Bilbao.» La pequeña Lili no sabe decirme otra cosa. Le he comprado un traje de fantasía, otro de recluta de cuota» otro de aldeana de Asturias y un mantón para cuando cante un «schotis». Creo que éste es el equipo completo de una cupletista. Ayer me ha tarareado una canción que tiende a demostrar que debe dejarse correr el agua que no se ha de beber. En mi calidad de ministro de Fomento no comparto esta opinión que parece indicar menosprecio hacia cualquier aplicación del agua que no sea bebería. Me doy cuenta exacta de que no puede medirse con ese criterio a los saltos de agua. No es, pues, que esté conforme, pero… mire usted, la pequeña Lili cantó muy bien ese trozo de ópera —creo que es un trozo de ópera; yo voy pocas veces al teatro porque me lo impiden mis ocupaciones—. Así yo le ruego que oiga a la pequeña Lili y la anuncie en los carteles. Ella quiere que la bautice con un nombre de guerra. Como tiene una voz bien timbrada, yo le propuse dos motes:

«La Melquiadilla» y «La Alcalá-Zamorita». No le gusta ninguno. Lili es un poco inconsciente. Tómese usted la molestia de buscar el seudónimo y póngalo en letras bien grandes en los anuncios. Sí usted hace esto tendrá siempre un servidor incondicional en *Fulánez.*

Postdata—No vaya a pensar mal de mí; no sea malicioso. Protejo a Lili porque es huérfana de un ordenanza que prestó aquí sus servicios a la patria.

Antes de terminar este ensayo acerca del cuplé y las que lo cantan, estoy en el deber de ilustrarlo con una nota erudita.

He dicho que Pastora Imperio afirma en una de sus más divulgadas canciones que desciende de los majos que lucharon con los granaderos de Napoleón. Pues bien, parece que esto no es totalmente exacto. Una indagación más detenida en la prosapia de Pastora, una ascensión más reposada y meticulosa por su árbol de genealogía, le hizo rectificar la equivocación de este dato. Cuando la Imperio regresó de América con más brillantes, más vestidos y un milímetro más de diámetro en la bola en que termina _ su nariz gitana, nos dio a conocer una canción en la que aseguraba que de quien proviene en línea recta es de *Carmen*, la cigarrera sevillana de importación francesa…

Yo lo consigno así; no quiero perturbar la labor de los futuros biógrafos de la insigne gritadora de cantos andaluces, que pudiesen venir a beber en las fuentes de este libro.

DEL CRIMEN

Somos muchas las personas de buen gusto, devotas de las películas de aventuras y de las novelas policíacas, que estamos descontentas de la criminalidad en Madrid. Todos los días desplegamos los periódicos con impaciencia y casi todos los días los arrojamos con melancolía y pesadumbre. Se advierte la ausencia de ladrones atrevidos y de homicidas geniales. Apenas unos hurtos de carteras y unas puñaladas por celos. Preciso es confesar que estamos bien lejos de la envidiable altura alcanzada por las grandes capitales de Europa. Singularmente, la falta de *apaches* nos tiene contristados y ruborosos.

El *apache* es un ser necesario en una ciudad importante. Se puede afirmar sin grandes reparos que una población que carezca de unos cuantos *apaches* no tiene el sello de cosmopolitismo y de distinción que es tan necesario. Nuestro clásico bandido ya «no se lleva». Cualquier ladrón de buena fe que, respetando el clasicismo, se echase a los caminos con una manta jerezana, un trabuco naranjero, polainas y un gorro redondo y peludo, sufriría bien pronto un triste desengaño. Convencidos de esto, muchos salteadores que en otros tiempos habrían gozado de una brillante carrera, han descendido a sustraer pañuelos de limpieza dudosa. Otros, en los que el descorazonamiento fue más profundo, se dedicaron a la política.

En esta época, ser bandido es mucho más difícil que escribir para el teatro. Hace falta cultura, práctica en los deportes, buenas costumbres sociales, trajes bien cortados… Los bandidos de Inglaterra, Francia, Alemania y América del Norte —y no descubro ninguna novedad a los aficionados al *cine*— saben manejar un aeroplano, guiar un automóvil, agarrarse a los estribos de un puente al pasar a toda máquina en una lancha de vapor; concurren a reuniones, visten el frac y están muchas veces a punto de casarse con jóvenes ricas. ¿Sabe hacer todo esto un bandido español? Tenemos que declarar compungidamente que está muy lejos de ello. Ni aun puede robar las bicicletas que los chicos de recados abandonan por algunos momentos en los portales, porque no es capaz de montar en ellas, y tiene que llevarlas sobre un hombro o arrastrándolas por el manillar. Y siempre lo atrapan.

Alguna vez aparece en Madrid un *apache*. Muchos sospechan que son personajes apócrifos, delincuentes mixtificados por el municipio para dar esplendor a la ciudad y colocarla a la altura de una capital europea. Verdaderamente nunca realizan una faena que pueda ser calificada de brillante, pero no es posible negar que aun en sus más pequeñas operaciones ponen en juego una delicadeza a la que no nos tienen acostumbrados nuestros profesionales. No hace mucho tiempo, fue detenido un *apache* francés que había robado dos mil pesetas a un relojero de la Corte. Llamo la atención de mis lectores acerca del profundo estudio que esto revela y del saldo de ciencia que arroja en favor del ladrón extranjero sobre el del país. El ladrón extranjero sabe que los ladrones nacionales están casi exclusivamente consagrados al

robo de relojes. Un señor a quien le desaparece el reloj compra otro, y otro después, y un cuarto cuando el tercero le ha sido sustraído. ¿Quién sale ganando con tal sistema? Positivamente, el relojero. Así, el *apache* va a robar a este hombre, porque de tal manera, de un golpe solo, se adueña del fruto indirecto, legítimo, de la consecuencia diremos mejor, de miles de robos. Esto no se llega a deducir tan sólo con aprender a deletrear en una escuela, como hacen nuestros lamentables bandidos.

Es de suponer que las bandas de *apaches* lleguen a ser aquí tan numerosas como corresponde a la innegable importancia de la ciudad. Tiempo es de que se introduzca tal mejora. Al Estado le conviene desde el punto de vista económico la aclimatación de esos operadores, ya que la mayor parte de ellos suele suicidarse al fracasar su negocio, evitando gastos de manutención en la cárcel y de dietas a los jurados.

El carácter castellano es demasiado seco y rígido para proceder así. Muchos sujetos que no tienen un céntimo, antes de intentar en Madrid un golpe atrevido, se arrojan por el Viaducto. Estas muertes son, consideradas con el criterio de un lector de novelas detectivescas, poco decorativas. El verdadero lector de sucesos tiene una sensibilidad convencional y no puede perdonar nunca al que así procede que no se dé cuenta de que está en las mejores condiciones para realizar un acto atrevido y extraordinario, que no comprende la enorme fuerza que en la vida tiene un hombre que renuncia voluntariamente a la vida. Contra él no hay freno ni trabas ni barrera ni leyes ni autoridades. Desde el momento que ha decidido morir, las convenciones en que está asentado el organismo social no rigen para él, mientras continúan cohibiéndonos a los demás. Él puede matar, puede robar, puede hacer todo cuanto le dé la gana. Lo peor que es posible que le pase a un sujeto es que lo maten, y este sujeto en el presente caso es eso precisamente lo que busca. Dueño de ese enorme poder, claro está que no puede curarse un mal crónico, pero indudablemente tiene abierto un camino para salir de una situación precaria, que es el mal que suele afligir a los pequeños ladrones.

Conocemos un caso que apoya nuestra tesis.

Cierta vez presentóse en casa de un ilustre político un hombre que solicitó ser recibido por él. El desconocido, ya en el despacho del personaje, saludó finamente, sentóse y comenzó a explicar su situación con una gran delicadeza de modales.

—Esta mañana, señor mío, he decidido saltarme la tapa de los sesos.

El personaje dio un brinco.

—Sí, señor; he decidido saltarme la tapa de los sesos porque estoy muy fastidiado y he agotado todos mis recursos y no puedo vivir. Mi resolución es inquebrantable. Pero cuando estaba cargando el revólver con todo cuidado, se me ocurrió pensar: «Hay por ahí muchos hombres que poseen un destino del Estado; el Estado debe velar por sus súbditos; ¿por qué no ha de darme a mí un destino?»… Y decidí aplazar mi resolución hasta ver si logro esto. Pensé en usted como pude pensar en otro político cualquiera, y aquí estoy.

El personaje comenzó a mascullar una excusa:

—Hombre, pues… tomaré buena nota… No es muy fácil lo que usted pretende…

—No he terminado —interrumpió el visitante—. Tenga usted la bondad de oír aún esta ligera advertencia que me voy a tomar la libertad de hacerle. He venido para decirle: necesito ese empleo en el plazo improrrogable de quince días. Si, transcurridos que sean, no poseo la credencial… me mataré. Pero… debo añadir humildemente —agregó de un modo terriblemente significativo— que no iría solo. En ese largo viaje mi mayor placer sería llevar la agradable compañía de un hombre ilustre.

El político comprendió que aquel individuo no mentía.

—¡Caramba, caramba! —repuso—; ¡es preciso no desesperarse; hay que tener calma; la vida es un depósito sagrado!… Yo me ocuparé de su asunto. Déjeme su dirección. Mi deber es librar a un hombre de la muerte. Yo veré… yo procuraré…

Antes de los quince días, el hombre de la visita tenía su credencial para un cargo inamovible.

Entre nosotros, la única época en que el lector de «sucesos» puede gozar de ciertas emociones, es la Primavera. Todos los años ocurre en la Primavera algún crimen de esos que convenimos en calificar de pasionales. Hacia el 20 de Marzo, los directores de periódicos previenen a los reporteros:

—Es preciso estar alerta; uno de estos días ocurrirá el crimen de todas las primaveras.

Esto no quiere decir que el trágico suceso no pueda existir también en cualquier época del año, pero los verdaderamente típicos, los tradicionales, los que reúnen todos los requisitos que exige el buen lector de periódicos, es el que sobreviene en esos meses a los que hemos convenido en dar una significación apasionada. Cuando el crimen se realiza, los cronistas lo estudian detenidamente. Hablan de la sangre que corre más rápidamente por las arterias, de las lilas que florecen, de las libélulas que se aman bajo el tibio sol, de la tierra que se estremece en las ansias germinativas… Todo esto lo saca a colación el cronista para justificar cómo al señor Eustaquio «le pasó una nube roja por los ojos» y tiró de navaja y dejó clavada a la «señá Ugenia» contra las vallas de un solar, agitando los pies y las manos como un muñeco de cartón.

A fuerza de repetirse el suceso, todos habíamos llegado a creer que, efectivamente, el sol, las lilas, la germinación y la tibieza de la atmósfera tenían una grave responsabilidad como inductoras de estos asesinatos. La Primavera, así, a pesar de su dulzura y de su condición renovadora y amable, se revestía de un aspecto trágico. No se podía llevar al banquillo a la Primavera, pero los respetables señores del Jurado la veían como principal culpable, sentada al lado del homicida a quien acusaba el fiscal. El homicida no había sido más que un instrumento. ¿Se puede negar que la Primavera tiene misterios impenetrables y secretos rincones donde la comprensión humana no puede entrar?… ¿Por qué florecen los alelíes? ¿Por qué

todos los años, en Mayo o en Abril, se les llena la cara de granos a ciertas personas? ¿Por qué otras sienten en esa misma época el irresistible impulso de asesinar a su novia o a su mujer?… Como consecuencia de todas estas reflexiones, los dignos señores del Jurado solían absolver al delincuente y condenar a la Primavera.

Pero hace apenas un año, un crimen cometido en la plaza de San Gregorio vino a causar una grave perturbación en todas estas teorías. Era en Abril, pero, verdaderamente, la Primavera no había aparecido aún en la Corte. En aquellos días padecíamos temperaturas inferiores a cero grados. Había nieve, granizo, frío y viento. Los jardines conservaban su invernal desnudez; no calentaba el Sol, el soplo del Guadarrama nos perseguía por el dédalo de las calles… Es forzoso pensar que el asesino en aquel caso fue un hombre que no procedió por un impulso externo y misterioso, sino que se dejó arrastrar fríamente por la teoría, que explotó nuestras preocupaciones, que aguardó apenas a que el calendario afirmase que la Primavera regía, para dar la cuchillada mortal. Esto hizo tambalear todos nuestros prejuicios que estimábamos seriamente fundamentales. Bastó que un año se retrasase la estación de las flores y de los forúnculos para que el obelisco que pueden formar, una sobre otra, las divagaciones de los cronistas y los informes de los abogados defensores, se viniese lamentablemente a tierra.

Sin embargo —para que se vea lo que es la fuerza de los convencionalismos— cuando la criada de la amante agónica apareció en el balcón a las siete de la tarde, con el rostro desencajado dando terribles gritos de auxilio, extendiendo hacia la calle desde la altura de un segundo piso sus ansiosas manos ensangrentadas, a ninguna de las numerosas personas que por la vía transcurrían, se le ocurrió subir en su amparo. Todos los periódicos narraron esta extraña conducta. Los transeúntes agrupáronse en la acera de enfrente para contemplar mejor el espectáculo y gozar de él. Se decían, *in péctore:*

—Ya está aquí el crimen de la Primavera.

La sirviente, desgreñada, lívida, gemía:

—¡Socorro!… ¡Que me van a matar! ¡Que viene el asesino!

Y en los grupos circulaba un rumor. Pasaron unos segundos. La gente dialogaba:

—El asesino no acaba de llegar.

—Tendrá trabajo dentro.

—De todas maneras, no se debe hacer esperar así al público. Yo tengo que hacer. Voy a llegar tarde a mis negocios… ¿Por qué no vendrá?

—Sospecho que le gustará que haya más espectadores.

—Puede ser. Si esa chica va a morir a sus manos, debiera callarse. Le está haciendo un reclamo enorme con sus gritos.

Al fin, la pobre muchacha, más y más despavorida, se decidió a pasar de su balcón al de un vecino. Los grupos que en la acera opuesta contemplaban la huida, volvieron a alzar el rumor de sus comentarios:

—¡Se escapa!

—¡No se escapa!

—¡Caerá a la calle!

—¡Ganará el balcón!

Un señor murmuró, malhumorado:

—Esa chica no tiene noción de la estética. Por muchos asesinos que la asedien, una mujer no debe permitirse pasar de un balcón a otro, ante un concurso distinguido, cuando lleva medias a cuadros. Es una falta de delicadeza.

Y se marchó indignado sin esperar el desenlace.

Por último, dos guardias se decidieron a subir. El asesino había trepado hasta el último piso de la casa. Allí se asomó a una ventana que miraba a un patio. Por la ventana vio el cielo entoldado, invernal, y una ráfaga helada le azotó. Entonces se le ocurrió pensar que la Primavera no había llegado todavía, que no podría él escudarse en su influjo ante el Jurado. Se vio perdido. Los guardias estaban cerca. Cabalgó en el alféizar, y se lanzó al vacío.

Murió. Si la Primavera hubiese aparecido aquel año, como era su deber, el 21 de Marzo, ese hombre se hubiese entregado asegurando:

—Soy un pasional.

Y estaría en libertad antes de seis meses.

La escasez de grandes emociones trágicas nos ha llevado a los amantes del folletín a refugiarnos en los pequeños sucesos. Un espíritu observador puede hallar estimables compensaciones en estas aparentes minucias. En Madrid ocurren todos los días diminutas truculencias que nacen y mueren en el misterio más impenetrable; microscópicas catástrofes que los periódicos no relatan y que no pasan más allá del Juzgado municipal. Es posible que tú, lector, no te hayas dado cuenta de que todos los días hay una sorda y extenuante batalla entre las viejas floristas y los municipales de la Puerta del Sol; tú no sabes que todas las noches andan por Madrid dos o tres o quince borrachos que se obstinan en llevarse los chuzos de otros tantos serenos. ¿Alcanzas a representarte las vidas de esos municipales y de esas floristas torturadas por el odio, haciendo provisión de insultos, anegándose en la amargura de un rencor milenario?… ¿Imaginas la melancolía, el sobresalto de un sereno que sabe que ignorados enemigos aspiran a secuestrarle el chuzo, como si se tratase de un preciado tesoro…? Un chuzo es para un sereno tanto como su honor profesional. Muchos serenos privados de su chuzo, han caído en la neurastenia.

Todos estos dramas son cotidianos en Madrid. Son dramas hondos, aunque incruentos; si alguna vez hay sangre, es apenas sangre de las narices, que, no sabemos por qué, no goza del menor prestigio. Verdaderamente tan sólo puede uno saborear en los periódicos esas riñas de vecindad, tal cual caída desgraciada y los *atracos*. Los *atracos* son los que más abundan, hasta representar una gran energía desperdigada.

Todos los diarios están conformes en asegurar que el número de atracos que hubo

en este último invierno supera los ya formidables datos de las estadísticas anteriores. Se atraca en todas partes y a todas horas. «Entre los atracadores detenidos —dijo un periódico— figura más de un hombre decente al que la miseria impelió al robo.»

Precisamente yo deseo comentar esta intrusión de las personas honradas en los negocios de los que no lo son. Estudiemos el caso.

He asegurado ya que el ser ladrón no está al alcance de todo el mundo. Se necesitan condiciones especiales: cierta preparación, cierto gesto innato. Puede uno hacerse abogado disponiendo de algunas recomendaciones, pero no puede hacerse ladrón de la misma fácil manera. Se nace ladrón como se nace literato. Y, en el fondo, las gentes han guardado siempre una respetuosa estima a los ladrones de corazón.

Olvidando esto, hoy se lanza al robo mucha gente que no tiene facultades para otra cosa que para ser un sencillo aficionado o un admirador platónico. La explicación es obvia. Madrid está casi a obscuras por la falta de gas, escasean los coches y los tranvías; los guardias de Orden público, dando —como es su deber— ejemplo a todos los ciudadanos, se encierran en sus casas a las diez de la noche, despertando así la digna emulación de los agentes de Policía, que se recluyen a las nueve y media. Cualquier persona decente que se retire a las dos o las tres de la madrugada a su domicilio, al ver el aspecto de la ciudad se dice la primera noche:

—No debe de ser nada difícil robar a un transeúnte.

La segunda noche medita:

—Si me diese la gana, podría robar a un transeúnte.

La tercera noche, afligido por la creciente carestía de las subsistencias, decide:

—Me parece que estoy en el caso de robar a un transeúnte.

Y se pone en acecho. Los intereses del sufrido cuerpo de ladrones de verdad, padecen mucho con esta competencia; pero la más numerosa y no menos sufrida colectividad de los robados viene a experimentar con esto amargura sin cuento.

No hay desdicha mayor que la de ser atracado por un ladrón inexperto, desconocedor de su oficio. Todos suelen procurar molestias inútiles. El ladrón de nacimiento acostumbra ahorrar en lo posible las torturas; os quita la cartera, el reloj, el alfiler de corbata, pero os deja la caja de cerillas, el tabaco, el gabán. Sabe que no hay sufrimiento mayor que el de un hombre que se encuentra sin cigarrillos cuando ya han cerrado los estancos; y, dejándoos el gabán, evita que un resfriado os impida salir a la calle en muchas noches, con lo cual el primer perjudicado sería él, que perdía un cliente. Este ladrón surge con brusquedad, os desvalija en un amén y desaparece como si lo tragase la tierra. Es como un operador habilísimo. Conoce todo el valor del tiempo, no lo hace malgastar. Os lleva el dinero, pero os deja llegar puntualmente a vuestra cita o acostaros a la hora que os habéis propuesto.

Pero el ladrón ocasional, no. El ladrón ocasional os ve venir, os aguarda; como al primer golpe de vista no sabe, por falta de talento, si debe o no debe declararos buena presa, os sigue. Luego se dedica a dar vueltas a vuestro alrededor. En las miradas que os dirige comprendéis desde luego que os quiere atracar, y comenzáis a sufrir un

tormento. Apresuráis el paso, lo apresura él. Os paráis, pasa sin decidirse. Atrontáis el ridículo de dar una carrerita. El hombre da otra carrerita. Y a todo esto el corazón le late a uno como si quisiese echar a correr también por su cuenta, y se duda y se siente la proximidad del vahído.

Al fin se decide a arrojarse sobre vosotros. Bailáis un poco, frente a frente: vosotros, para buscar la huida; él, para evitarla. Es un instante grotesco, que se recuerda luego con rubor toda la vida. El ladrón advenedizo, con los brazos abiertos, se cree en el caso de deciros cosas horribles para intimidaros:

—¡Ríndase usted! —ruge—. ¡Yo soy *Fantomas!* ¡Brrrr! ¡Yo soy la auténtica «mano que aprieta»! ¡Jau, Jau; rejaujau! ¡Entréguese usted, caballero! ¡Tiemble ante el tigre de la noche!

Y brama, y resopla, y hace girar los ojos con fiereza.

Este espectáculo impresiona profundamente. Uno empieza, tembloroso, a hacer su padrón con la esperanza de ablandar al bandido; se le dice con palabras entrecortadas:

—¡Tengo seis hijos… soy un pobre empleado… mi mujer cose para fuera!

Pero es inútil. Os exige el gabán, la americana, el chaleco, los pantalones… Al final del largo suplicio, muchos atracados han roto en una carcajada histérica.

No; no quiero que me atraque un hombre decente. Pienso de ellos lo que pensó de mí un gallo al que quise dar muerte en mi mocedad. Le apreté el cuerpo entre las piernas, le agarré el cuello, cerré los ojos y comencé a aserrar en él con un cuchillo, rugiendo con los dientes apretados:"

—¡Muere aquí! ¡Muérete en seguida!

Y para infundirme mayor coraje le insultaba:

—¡Miserable, canalla! ¡No tienes más remedio que morir, golfo!

Al cabo de media hora le había aserrado el pico y la mitad de la cresta, le había saltado un ojo y estaba cortando fieramente uno de mis dedos. El gallo huyó malherido, sin plumas, lanzando un cacareo escandalizado, como si dijese:

—¡Qué bruto! ¡Vaya una manera de matar gallos! ¡Media hora para esto!

Y nunca podré olvidar la satisfacción con que se entregó en manos de la cocinera, que lo degolló de un solo golpe.

UN PROCER TOLSTOYANO

No podremos olvidar aquel día que el señor duque de Tovar, hermano del señor conde de Romanones, presidió una manifestación socialista.

Precisamente nosotros hemos clamado muchas veces contra la equivocada orientación de los socialistas españoles que no han hecho jamás socialismo en el legítimo y amplio significado de este nombre, sino *obrerismo*, y que han mirado con recelo a los intelectuales que simpatizaban con aquella doctrina, creyendo que las normas filosóficas de ésta son incompatibles con un traje bien cortado, con tomar té a las cinco y con permitirse ciertos refinamientos gastronómicos en las comidas habituales.

Nunca hemos podido comprender la relación que establecemos los españoles entre la comida y los sistemas ideológicos. Por regla general nos parece imperdonable que se coma bien y cómodamente; tenemos de la comida el concepto de un pecado capital. La gente cree que hay un alimento sagrado: el cocido. Cuando habla de esta insubstancial reunión de patatas, carne y garbanzos, frunce las cejas y se pone transcendental.

—A mí que no me toquen el cocido.

Este es el gesto trágico. Los resignados dicen:

—Con tal de tener el cocido seguro…

Todo lo demás, lo que existe después de ese manjar tan poco substancioso, es considerado como una complacencia pecaminosa. El pueblo se batiría en las barricadas por mantener su derecho al cocido. El pueblo vería pasar sin extrañezas hacia la picota a un hombre acusado de haber mordido un muslo a una perdiz. El que come bien es por lo menos un sospechoso. En la prensa de Madrid se discutió durante mucho tiempo con toda seriedad acerca de la clase de queso que le gustaba a Pablo Iglesias. Un diario le acusó de exigir en todas sus comidas queso de Camembert. Otro rectificó la noticia, asegurando que el señor Iglesias no probaba otro queso que el Chester. Los semanarios socialistas salieron al encuentro de la acusación. Todo era falso. El jefe del socialismo español no comía más que quesos castellanos de ínfimo precio en cantidades inapreciables. Pero su negativa no alcanzó éxito. Los artículos de fondo, las caricaturas, las crónicas políticas comentaron durante mucho tiempo con amargura aquel sibaritismo de Iglesias.

—¿Qué sinceridad puede poner en sus predicaciones —se preguntaban— un obrerista que engulle el Chester y el Camembert? ¡Oh eterna farsa de la política! ¡Pobre pueblo engañado!

Verdad es que esta preocupación se extiende no sólo a la política, sino a todos los demás aspectos de la vida. Así como el mayor elogio que se puede tributar a un político es decir que murió en la miseria, al hablar de nuestro Ejército la condición que más enorgullece es la sobriedad del soldado, y los poetas se jactan de sus

cenáculos hediondos. Para la comprensión española, el verdadero renovador debe ser un hombre flaco, con los bolsillos sembrados de migas de pan duro, que predique la destrucción de las cocinas del Hotel Palace.

Pero en el caso a que nos vamos a referir, los socialistas prescindieron de esos censurables prejuicios.

Se celebraba en Madrid la Fiesta del Trabajo.

Es sabido que la Fiesta del Trabajo consiste en no trabajar. Los obreros forman una manifestación numerosa y se dirigen por ciertas calles hasta la Casa del Pueblo, siempre que, por extraña casualidad, no estén suspendidos los privilegios constitucionales…

Aprovechemos la ocasión de decir que estas frecuentes suspensiones nos preocupan extraordinariamente. Sin las garantías de la Constitución advertimos que nos falta algo. Por regla general, como no leemos periódicos, es algún amigo el que nos dice en la calle a boca de jarro:

—Hoy han suspendido las garantías.

Nuestro primer impulso es volver a casa. ¿Qué puede hacer y a dónde puede ir un ciudadano de un Estado libre, habituado a caminar al cobijo de la Constitución, que tiene formado de ella un concepto elevadísimo, no sólo por oír las alabanzas que le dedican en el Parlamento, sino por haber observado que todos los pueblos de España le han dedicado admirativamente una calle, una plaza o una avenida?… A nosotros nos suprimen la Constitución y nos dan un disgusto. Estamos tristes, no gritamos en el café… nos falta algo, ¡ea!

Y es el caso que no acertamos a explicar de una manera satisfactoria por qué nos suprimen tantas veces las garantías. Nosotros quisiéramos razonar… vamos a ver: a usted le dicen:

—Le dejamos reunirse con quien le dé la gana, le dejamos comentar todos los asuntos que quiera, le dejamos expresar libremente su pensamiento. Es usted un súbdito respetado en una nación civilizada que se rige por leyes amplias. Ya puede usted estar contento. Ande usted con Dios.

Y usted se va con el mamotreto de permisos en la faltriquera. Llega usted a su pueblo y le pone el nombre de la Constitución a la mejor plaza; va usted por ahí jactándose del poder de su albedrío; se permite usted el regodeo de pensar que los ministros y la propia cosa pública —*res pública,* dirá usted si es bien educado— están bajo su razonable censura. Y, efectivamente, usted es feliz.

Como es natural, usted no se dedica a esgrimir en el acto todos esos derechos, como el señor que compra un revólver para defenderse no sale del establecimiento tirando tiros. Usted aguarda sin impaciencia a que se le presente la ocasión.

Y un día llega, al fin. Un día las subsistencias encarecen o los ministros observan una conducta de indiferencia ante apremiantísimos problemas. Usted se desespera en

vano durante algún tiempo. De pronto, buscando algo que empeñar para salir del paso, en sus cajones, tropieza usted con la Constitución. Y suelta un taco:

—¡Vaya, esto puede sacarme del atolladero!… Voy a reunirme con los miles de hombres que están tan fastidiados como yo y vamos a estar hablando mal del Gobierno y bebiendo agua con azucarillos tres horas y media en el teatro X. Después pasearemos en manifestación y luego escribiré un artículo en el periódico. Es preciso gritar fuerte, a ver si se remedia esto.

Y cuando usted se dispone a realizar sus intenciones, desaparece la Constitución como por magia. Ya no puede usted hablar ni pasear ni escribir. Precisamente en la única ocasión en que usted tenía necesidad de escribir y de hablar y de caminar por el medio de la calle en unión de sus convecinos, gritando:

—¡Viva!… ¡Muera!…

No nos lo explicamos. Después de lo ocurrido en estos últimos años, la Constitución —digámoslo con franqueza— ha perdido mucho a nuestros ojos. Es como tener un duro falso. Puede uno lucirlo delante de sus amistades, pero si hay que pagar el gasto, le llevan a uno a la comisaría. No. Ya no amamos a ese veleidoso mamotreto.

Por fortuna para el socialismo español, ese día en que el señor duque de Tovar dio tan alto ejemplo de consecuencia, regían las garantías constitucionales.

El señor duque de Tovar estaba paseando por la calle de Alcalá. El sol era alegre, templado: bajaban del Retiro confortadores aromas primaverales. El señor duque paseaba y meditaba. Su paseo no era ocioso, sino que cumplía la importante misión de preparar su apetito, labor a la que viene consagrándose el duque hace muchos años con una tenacidad cotidiana que revela la entereza de su temperamento. Su meditación se refería a lo mal que la guerra ha puesto todos los negocios. El duque reflexionaba melancólicamente acerca de que, aparte su hermano el conde de Romanones, y algunos navieros y fabricantes, el resto de los españoles ha sufrido grandes perjuicios con la conflagración. Saltando de apotegma en aforismo, el señor duque llegó a la conclusión de que no tendría más remedio que subir la renta a sus caseros. En este instante vio pasar la manifestación obrera. El señor duque se detuvo, miró su reloj, vio que aún faltaba mucho tiempo para la hora del almuerzo y, movido irresistiblemente por sus convicciones, avanzó hacia los grupos.

Pudiera ocurrir muy bien que algún lector, por culpa de sus muchas ocupaciones, no estuviese perfectamente enterado de la robusta personalidad del señor duque. Por si esto es así, nosotros nos creemos en el caso de intentar definirla de un modo somero. El señor duque de Tovar es escultor, socialista y médico, y puede ser reputado como una de las inteligencias más amplias y más completas de España.

Como escultor, el señor duque dio recientes pruebas de su genio. En el concurso de monumento al *Quijote*, presentó una *maquete* que era la reproducción de un

histórico castillo. La idea de simbolizar y honrar a don Quijote construyendo en la Plaza de San Marcial un caserón con almenas, es tan grande, que sobrepuja los términos de la comprensión humana. El Jurado no se atrevió a indagar en aquella extraordinaria iniciativa, pero el mundo reconoció que el chorrito de agua que corría por los minúsculos fosos de la *maquete* era no sólo refrescante, sino de un ingenioso efecto artístico. Desde entonces, en los círculos técnicos comienza a rebullir y a crecer una nueva escuela, la de la arquitectura hidráulica, cuyas bases no están claramente definidas aún.

Pero si el personaje que nos ocupa sobresalió como escultor, no puede negarse que donde su figura adquirió un gigantesco relieve fue en el campo del pensamiento. ¿Cómo germinó la idea del socialismo en el cerebro del señor duque de Tovar? Las opiniones se dividen en tres grandes raudales. Unos opinan que fue sencillamente por intuición; otros creen que se trata de un voto que hizo el señor duque, en expiación de los grandes errores políticos y sociales que comete su hermano el conde de Romanones. Pero la aseveración que merece mayor crédito es la que asegura que el duque evolucionó hacia esa secta después de una honda y meditada lectura de *María, o la hija de un jornalero.* Parece ser que esta obra, en la que como su título indica, se estudian los conflictos entre el capital y las hijas de los jornaleros, afectó profundamente al ilustre hombre y le ganó para la causa del socialismo.

Apenas hubo llegado a esta conclusión, el señor duque comprendió que era preciso actuar. Un prócer de su altura no puede permanecer en actitud contemplativa ante una idea. Cualquier pelafustán que se inscriba en el socialismo, cumple con su credo y con la humanidad llamando «compañeros» a los demás individuos y jugando copiosamente al mus. El señor duque no podía allanarse a esta somera forma de intervenir en los destinos del mundo. Entonces lanzó un libro. Los numerosos enemigos del señor duque —el genio siempre sufrió persecuciones— afirman que este libro lo escribió cierto culto periodista. No damos el menor crédito a esta calumnia. Recogeremos en cambio el hecho de que esos mismos enemigos del duque no se atreven a negar que la idea, por lo menos la idea de que el libro fuese escrito, fue de Tovar. Habiendo éste tenido la idea y habiendo pagado la edición, no hay duda alguna de que es a él y no al periodista a quien la Humanidad debe el bien de que ese libro la ilumine y la guíe desde el húmedo almacén donde están guardados hace quince o veinte años los mil quinientos ejemplares de la edición íntegra.

Podríamos disertar abundantemente acerca del socialismo del señor duque, pero no es este libro el más adecuado para tratar un asunto de esa trascendencia. Añadiremos que si como escultor y como pensador el señor duque puede figurar en el libro de oro, como médico dio muestras de su gran amor a la humanidad y de que no sólo se limita a predicar, sino que ejerce sus altruistas doctrinas: el señor duque no ejerce su profesión. Su título de médico está descargado y en el seguro. Temeroso de cualquier desgracia, su familia guardó el documento en un cajón y tiró la llave al Manzanares. El señor duque es médico nada más que de una manera simbólica.

Tal es a grandes rasgos el hombre que se sumó a los manifestantes de la Fiesta del Trabajo. Falta hacía que un gran cerebro se cuidase de encaminar a las dispersas y desorientadas e incultas masas del socialismo madrileño.

LOS DEPORTES

Alpinismo

Antes solía dedicar mis domingos a la persecución de las liebres y las perdices. Ahora he enfundado mi escopeta y la he guardado en el baúl. Ya no cazo más. Los cándidos pajarillos pueden piar sin miedo a mi cruel mirada indagadora; ya no estarán en trance de colapso cardíaco los conejos que oían —siempre desde sus madrigueras — el detonar de mis cartuchos del 28; no volveré, por ahora, a ir en aquel tren mañanero que parecía el de una movilización, con docenas de individuos armados hasta los ojos y con perros inquietos; ya no volverán a preocuparse las gentes a mi paso por los pueblos, pensando si lo que llevaba dentro de la funda de lona era una escopeta plegable o un violín; ya no tengo que fatigar la mente inventando historias hazañosas; ya no oiré la constante advertencia de mis compañeros que gritaban a cada segundo:

—¡Eh, tú, ese cañón!… A ver si nos matas.

Ahora he pasado del fuego al frío. Cambié la canana por la bufanda y la escopeta por los «skis». Los domingos voy a Navacerrada. Me he hecho alpinista. ¡Alpinista!… ¡Puf!… Estoy muy satisfecho de llamarme alpinista.

Aparte otras cosas, somos mucho más pintorescos que los cazadores… La estación del Norte es más limpia, más pulcra que la del Mediodía; no hay tanto humo, ni los andenes están tan manchados de carbón. A las nueve de la mañana invaden el tren grupos encantadores: muchachas cuyas formas se delinean bajo el jersey y cuyos cabellos asoman apenas bajo el blanco gorrito de lana. Chaquetas rojas, chaquetas verdes; piernas enfundadas en medias inglesas o fajadas con tiras grises; capotas multiformes, bastones herrados, «skis»… Se charla alegremente. El tren corre casi sin detención hasta Cercedilla.

Se ve ya la blancura de las montañas cubiertas de nieve; nieve hay también en los andenes de la pequeña estación; en el valle hay manchas blancas, como de ropa puesta a secar… Crece en el alma una infantil alegría…

Al entrar en el pueblo, los alquiladores de caballos y burros os asaltan. La pequeña plaza está enfangada. Cabalgáis; cruzáis el pueblo; comienza la ascensión fatigosa hasta el Club Alpino, perdido allá arriba, oculto aún tras unos cerros.

El caballejo es cobrizo, de larga crin, de patas peludas, pequeño.

—¿Dónde te he visto yo? —inquiero contemplando mi cabalgadura.

Y, de pronto, se hace en mi memoria un rayo de luz.

—Sí; te conozco. Yo te he visto atravesar las calles de mi pueblo, en Galicia. Tras de ti marchaba un aldeano venido de Abegondo o de Altamira. Sobre tus lomos, tres sacos enormes repletos de piñas, te abrumaban. Te reconozco. Tú eres el auténtico «caballo de las piñas». Quizá naciste en Vimianzo y alguien te compró en la feria de

Payosaco. Tú estás aquí traído por ese espíritu aventurero, emigratorio, de la raza gallega; estás aquí ganando tu pan como don Eduardo Dato, como el criminalista Doval, como yo mismo… Te reconozco caballo de mi tierra…

Y como el animal hiciese remiso su paso, le grité:

—¡Ei, besta!

Y él reanudó su andar, su trepar más bien, por la montaña. Y dio un relincho, un ligero y riente relincho, lleno de «saudade».

¡Qué suave el rumor de los «skis» sobre la nieve!… A un lado y otro de la carretera donde se hizo la pista, los pinos y los abetos crecen.

En sus hojas agudas hay arandelas de hielo, transparente como el cristal. Abajo, una barrancada. Más allá el puerto de Navacerrada, a donde hemos subido fatigosamente, hundiéndonos hasta la rodilla en la brilladora blancura. Pasa un patinador, otro… Los largos «skis» susurran al deslizarse… Acaso alguien cae y se alza una risa y una pequeña polvareda de nieve.

Todo el paisaje circundante está blanco; en las laderas, los árboles obscuros, espolvoreados de nieve, como el peinado de una abuela, ponen su verdinegra mancha y su hieratismo solemne. Lejano y profundo, el valle tiene una ligera neblina azul; semeja un mar; un lago, más bien, pando y lleno de ensueño. Una montaña blanca donde da el sol, brilla como un enorme espejo. Humea una casita. En lo sumo del alto mástil, la bandera del club alpino, pende inmóvil, dormida en la quietud de una espléndida mañana.

La pista ha quedado desierta. Entre recodo y recodo de la carretera nadie pasa ya. Pero he aquí que se vuelve a oír el largo beso de «ski» sobre la nieve. Y como en una visión de milagro, Ella, una mujer aparece en el pino recodo. Al aire un rizo que huyó de la blanca prisión del gorro, los «skis» van rectos, iguales, paralelos, con sus proas levemente alzadas como el cuello de un ave; el arrogante cuerpo se encorva y se alza impulsando con altos bastones la marcha acelerada. Y ante la gracia femenina de una mujer hermosa es como si todo el paisaje se recogiese a un segundo término. Ella es, en un instante, el alma, la esencia, como la encarnación de la emocionante belleza de las cosas. Y parece que los abetos empolvados de nieve y las distantes casitas del llano y la montaña callada y blanca y hasta la bandera muerta y el humo azul que sube, estuvieran allí tan solo para encuadrar la silueta maravillosa y esbelta, esclavos de ella, atentos a ella, sin cumplir otro fin que armonizar con la mujer hermosa.

Un leve grito… una caída. Bajo el cuerpo admirable, la tierra nevada se extiende como si quisiera fingir, llena de íntimo gozo, la blanca sábana de un lecho. La mujer se ha alzado, riente. Los copos se han agarrado a su jersey para derretirse en el amable calor de su cuerpo. Y ella ahínca los bastones herrados en el suelo… Vuelve a sonar el largo beso de los «skis»… Se va…

El paisaje se ha ensombrecido…

Los remeros

He presenciado frecuentemente regatas a remo entre los marineros de muchos lugares del litoral cantábrico; pero es preciso reconocer que en ningún sitio como en Guipúzcoa despiertan tanto interés ni revisten tanta importancia. El que haya tenido ocasión de verlas alguna vez, pensará seguramente del mismo modo.

Todos los pueblecillos pesqueros que mandan sus traineras a las regatas de San Sebastián, tienen, primordialmente, el orgullo de su fortaleza interesado en la porfía. Vasconia es región de hombres formidables, que comen mucho, que beben bien, que aman los deportes, que poseen un vigor físico poco común. Conozco a un hombre nacido en Guipúzcoa, que se decidió hace años a aguardar la salida del toril de un becerro furioso. El animal le embistió, chocaron las testuces tremendamente y el becerro murió en el acto. Todo Irún puede testificar la verdad de este relato que parece una fantasía. Cuando oí contar el sucedido, pregunté al hércules, que es un señor que llama a los serenos dándose palmadas en el cráneo:

—Pero… ¿no le ocurrió nada a usted?

—¿A mí?… ¡Ya lo creo! —contestó con una sincera ingenuidad—. Al día siguiente me dolieron un poco todos los músculos del cuello.

Vasconia se enorgullece de estos ejemplares Cada pueblo cultiva con un cuidado prolijo a los remeros que ha de enviar en su lancha. Un mes antes de asistir a la prueba definitiva, estos hombres sufren una especie de secuestro; pasan a ser de la propiedad común, se municipalizan, por decirlo así. Su alimentación, facilitada por el vecindario, es abundante; se les somete a un régimen en que las horas de sueño, las de paseo, el vino y hasta las obligaciones conyugales, están determinadas en número y en calidad. Los vecinos miran a los remeros como a gallos de pelea. Después de esos treinta días en que no han ido a trabajar, en que han sido bien cebados, en que tienen almacenadas grandes energías, el pueblo les deja marchar a la lucha con una ciega fe en su victoria.

Pero hay también otro interés, eslabonado con esta confianza: el interés económico. Cada vecindario apuesta por sus remeros fuertes cantidades. Juega todo el mundo: el rico y el pobre, el labrador y el patrón de barca, las mujeres y los infantes. El día de las regatas se instala en la Concha un corredor de apuestas, y las cotizaciones iniciadas en los pueblos continúan allí con furor creciente. El forastero ha de sorprenderse en San Sebastián de esta constante amenaza precípite sobre sus pesetas. Se juega en los centros de recreo, se juega en el frontón, y en las carreras de caballos y en las regatas… Después del último sorbo de café, cuando arrojamos las monedas sobre el mármol de la mesita, nos extraña que el camarero no las recoja con un seco golpe de raqueta, tanta es la costumbre de verlas marchar así, siempre así.

Para uno de estos pueblecillos, la pérdida de las regatas viene a significar algo, como para Lovaina el paso de los alemanes; verdad es que sus casas quedan en pie; pero en ocasiones las apuestas las han hecho cambiar de propietario. He oído

asegurar que, después de sus últimas derrotas de años anteriores, Ondárroa quedó casi arruinada, hasta el punto de no enviar su equipo a las regatas porque no podrían cebar a sus hombres más que con camarones y con sidra. Estos pugilatos sostienen entre las poblaciones pesqueras cierta rivalidad de buena ley. San Pedro y San Juan de Pasajes están, por ejemplo, en constante pugna. Frente a frente, a un lado uno y a otro lado otro de la pequeña ría, parece que cada cual se refleja en un azogado cristal; tan semejantes son con sus casitas, que parecen nacer en el agua, y sus pasadizos y sus porches, y sus edificios con escudos y su curioso aspecto medioeval. Desde los muelles, de una a otra banda, sus hombres acostumbran cruzar los poderosos vozarrones, enviándose mofas recíprocas: En las pruebas de entrenamiento, cuando la trainera de San Juan y la de San Pedro se encuentran sobre la verdosa planicie, suelen detenerse, y alguno de los remeros, después de una rebusca, encorvado hacia el fondo del bote, se alza mostrando un pollo asado en su terrible diestra:

—¡Eh… sampedrotarras… ¿queréis?

Y ríen, encantados de la generosidad de los suyos, con la alegría más sincera y más sana, que es la que nace en las inmediaciones del píloro.

Y en la barca enemiga, otro hombre se encorva y reaparece, alzando como una maza una pierna de ternera:

—¡Eh… sanjuanetarras… ¿gustáis?…

Y ríen también, con risa socarrona, como si los litros de jugos gástricos que guardan en su estómago estuviesen haciendo:

—¡Glú-glú!…

A la hora de la lucha definitiva, cuando estos colosos arrancan como flechas en sus afiladas embarcaciones, haciendo gemir los remos, anhelantes y hercúleos; cuando, a la llegada del triunfador, claman, saludándole con una algarabía poderosa, las sirenas de los vaporcillos, toda la multitud que llena la ribera, que forma una ancha faja obscura desde Igueldo hasta Urgull, siente pasar sobre ella la pura emoción sana y varonil que presidía los juegos olímpicos en las gloriosas edades muertas.

Los pelotaris

La impresión que recibe al entrar en el frontón quien por primera vez en su vida presencia un partido de pelota, es la de que unos cuantos hombres de boina encarnada, de pie frente al público, están injuriando a los espectadores, que, a su vez, les contestan con gritos y ademanes igualmente furiosos. Mientras, cuatro individuos de espíritu apacible, desentendiéndose de las contiendas, se han puesto a jugar a la pelota en calzoncillos y en mangas de camisa.

Naturalmente, el estupor invade el ánimo del neófito. El griterío le arredra y vacila en avanzar hacia su asiento. No tarda, sin embargo, en darse cuenta cabal de lo

que ocurre. Los hombres de boina roja alineados ante el público son los corredores de apuestas, que vociferan el «papel» agitando sus brazos, con una emulación y un ardimiento plausibles. Los gritos que lanzan alguna vez los espectadores son ofertas o son aceptaciones de jugadas. Diríase que todo el interés del deporte está en las apuestas y no en el arte de los pelotaris, de los que nadie parece hacer caso. Una mala jugada es aplaudida por aquellos que han arriesgado su dinero contra el perdidoso. Tan solo en algún tanto reñido, en el que la pelota va y vuelve en botes gigantescos, como disparada con un arcabuz, se abre un paréntesis en el vocerío. Entonces se oyen los golpes secos de las cestas y las breves voces con que un pelotari reclama del compañero quietud.

—*¡Nik!…*

—*¡Utzi!…*

Poco a poco, el sudor hace transparentes las camisas, y las fajas azules o rojas destiñen sobre los albos pantalones. El pelotari, siempre con un gesto de ansiedad, persigue el vuelo de la maciza esfera diminuta, salta, se arroja al suelo, jadea; en ocasiones, entre jugada y jugada, se debruza en la pared, como extenuado, oculta el rostro entre los brazos nervudos. A su espalda el griterío aumenta:

—¡Quince a seis! ¡Quince a seis!…

—¡Veinte a ocho!…

En las Vascongadas, el pelotari es el hombre que goza de mayor consideración entre ciertas capas sociales. Un pelotari famoso tendrá la admiración del sexo fuerte y las sonrisas y las preferencias del débil. Se le señalará en la calle, será feliz el mozo del café de quien sea cliente y el peluquero que le rasure. En su pueblo habrá un orgullo colectivo de paisanaje. Se ha comparado muchas veces al pelotari con el toreo en esta devoción de la muchedumbre. La comparación no es, sin embargo, exactamente afortunada. El pelotari más bien debe ser incluido —claro es que tan sólo en este aspecto— entre los caballos de carreras.

El caballo de carreras, como el pelotari, puede arruinar o puede enriquecer a sus admiradores. Si un torero tiene mala fortuna, el público silba, un poco satisfecho por alborotar, pero nada pierde. Si un pelotari tiene flojos sus músculos en una partida, los que aventuraron su dinero por él han de pagar a tocateja. El jugador mira al pelotari lo mismo que al caballo de carreras.

Considera su agilidad, su vista, sus bíceps, su resistencia para la fatiga, la historia de sus éxitos o de sus fracasos…

Para que la semejanza sea mayor, el pelotari está expuesto a esas tretas frecuentes en las cuadras, y que entre nosotros han divulgado las películas. Muchas veces habréis visto en el «cine» cómo el mismo encargado del papel de traidor, se acerca cautelosamente al cuadrúpedo que ha de ganar la carrera y le inyecta un líquido que le debilita o mata. Pues con los pelotaris ocurre algo parecido. Claro está que no puede uno tener la pretensión de clavarle una aguja hipodérmica, porque el puñetazo subsiguiente sería histórico; pero existen procedimientos sinuosos que pueden

conducir al mismo resultado.

Yo he recibido la confidencia de cierto jugador que apeló a esos medios. Mi hombre perdía escandalosamente sus pesetas. Poco hábil, desconocedor de los pelotaris y de los ardides de la «cancha», no pasaba un solo día sin que saliese del frontón con los bolsillos aligerados. Meditó y creyó hallar el secreto del desquite. La víspera de una partida de importancia, en la que jugaba un famoso zaguero, fuerte como un roble, alto como un obelisco y ancho como la misma pared del frontón, siempre triunfante contra todos los adversarios, mi amigo buscó la manera de ser presentado y le convidó a cenar.

El zaguero, cenó; cenó como un tigre y bebió con la sed de una caravana perdida en el desierto. Pero el vino pasaba por su estómago como el regato cantarín entre los riscos de la montaña. Nuestro amigo mandó traer una botella de coñac. Desapareció la botella sin que se turbase el zaguero. Más coñac. El pelotari, cada vez más despejado y feliz, con los colores y el aspecto todo de un hombre capaz de dar un voleo a una bala de cañón. El perdidoso empezó a creer que era imposible embriagar a un zaguero, y una melancólica desesperanza invadió su espíritu. Insinuó, sin embargo:

—Ahora vendría bien un *cok-tail* de café.

—¿Y qué es eso?

—Una bebida maravillosa para tomar después de la cena. ¿No la probó usted nunca?… Pues no sabe lo que es beber.

E hizo él mismo una mezcla abominable: ginebra, ron, aguardiente de anís, curasao, café, un trozo de hielo. El pelotari, bebió: uno, otro, otro… A las tres de la mañana hizo una pirueta con la gracia de un elefante jubiloso. A las tres y cincuenta y cinco comenzó a hablar en vasco. Nuestro amigo le excitaba cariñosamente, porque creía que el esfuerzo mental preciso para hablar un idioma tan difícil concluiría por marearle más. Cuando el zaguero enmudecía, le facilitaba atentamente palabras que él juzgaba fulminantes:

—Sigue, hijo mío, sigue hablando; di: Yparraguirre, Concorronea, Zarraendicochea… Bien, muy bien; ¿no te pide ahora el cuerpo otro *cok-tail?*

A las cinco, el pelotari había perdido la facultad de la expresión. El *cok-tail* de madrugada, que inventó el perdidoso, mezclando coñac, jerez y alcohol de noventa grados, tuvo que hacérselo ingerir a cucharadas, separándole él mismo los labios en un esfuerzo heroico. A las seis el zaguero dormía con el cuerpo en un sillón y la cabeza debajo de la mesa, dando soplidos que hacían volar el mantel.

Al día siguiente, nuestro amigo jugó contra su invitado de la noche anterior. Jugó fuerte, seguro del triunfo. El zaguero apareció en la «cancha» con los ojos hinchados, pesadote, arrastrando las formidables columnas de sus piernas. Impulsaba la pelota con dificultad, manejaba la cesta con desgano. Se cayó varias veces al intentar movimientos bruscos. Perdió un tanto, dos, ocho tantos. El público, sorprendido, le abucheaba; comenzaron a lanzar contra él monedas de cobre que tintineaban a su

alrededor.

—¿Y, al fin? —preguntamos a nuestro amigo.

—Y, al fin —contestó—, rompió a sudar el alcohol de la víspera. A medida que lo eliminaba, cobraba bríos. ¡Qué bárbaro!… Nunca estuvo tan bien. Perdí hasta la última peseta. Son de hierro esos hombres… ¡Palabra!…

Los balandros

Antes de hablar de las regatas de balandros, quiero ofrecer a mis lectores la observación de que las diversiones públicas, al igual que las guerras modernas, no pueden ser apreciadas en conjunto. Esto no perjudica su condición de públicas, pero les hace perder su carácter de diversión. Nos permitiremos filosofar un poco acerca de este punto.

La base de toda diversión pública es el movimiento; no se comprende una diversión en la que no haya algo que se mueva. Puede ser una rueda de fuegos artificiales, puede ser una carrera de cojos, o de asnos, o de bicicletas… Los organizadores de los programas de fiestas repararon también en este principio, pero cometieron el grave error de confundir el concepto de movimiento con el concepto de la velocidad. Su argumentación fue defectuosa.

—Si una carrera de cojos divierte a las gentes —se dijeron—, una carrera de motocicletas debe regocijarlas mucho más. El cojo es un ser que corre con grandes dificultades. Sustituyámosle.

Y redactaron los programas de *records* de automóviles, y de frenéticas galopadas de caballos de sangre, y de *raids* de aeroplanos, y trocaron las regatas a remo por las de balandros. La velocidad fue multiplicada. Pero el público, el buen pueblo, ansioso de gozar, se ha quedado sin risa y sin emociones.

La gente de tierra adentro tiene, sin duda, en su mayoría, una idea bastante deficiente de lo que es una regata de balandros. Las fotografías le han dado una noción suntuosa del espectáculo, y acaso padecen la amargura de no haber asistido a él. Sería un egoísmo imperdonable guardarnos la impresión recibida y no tratar de favorecer la imaginación de esas personas con una descripción detallada de la fiesta. Lo intentaremos.

El espectador llega al muelle, donde otros espectadores están ya aguardando. En los minutos que anteceden a la salida de los balandros tiene ocasión de admirar al señor comandante de Marina, que suele estar muy serio y suele mirar al agua con gesto preocupado, como si tratase de comprobar que cada ola está en su sitio y que los «panchos» no interrumpen la circulación bajo la superficie. Los balandros van y vienen graciosamente cerca de la costa. El espectador debe fijarse en que en la caseta del Jurado está izada la bandera llamada de la serie X. Este es un importante detalle, porque esa bandera quiere decir a las embarcaciones:

—¡Estad preparadas!

En este momento es disparado uno de los cañoncitos de que dispone el Jurado. Precisamente cinco minutos después, la bandera X ha desaparecido y en su lugar flamea la bandera de la serie L, lo que da pretexto a un nuevo cañonazo. Tras el cañonazo, una señorita da un grito y luego se ríe. Unos balandros se van alejando hacia la boca del puerto con toda la velocidad que el viento les permite.

Llegado a este punto, el espectador que ha estado descargando todo el peso de su cuerpo sobre la pierna derecha pasa a apoyarse preferentemente en la izquierda. Esta operación no debe impedirle darse cuenta de que la bandera L ha sido sustituida dignamente por la bandera de la serie K, como es de reglamento. Los balandros van más lejos. Entre el público se harán algunos comentarios. Una señora dirá:

—¡Qué atrocidad, qué velas tan grandes! ¡Ya podían hacerse bastantes sábanas con ellas!

Una señorita observará con alarma:

—¡Mirad cómo se inclina aquel balandro! ¡Va a volcar!

Un hombre murmurará junto a vosotros esta reflexión tenebrosa:

—El *F-7* se ha puesto a barlovento del *L-6*.

Y se llega al transcendental instante en que la bandera K cede el mástil en la caseta del Jurado a la bandera H. El espectador contempla, remotos ya, algunos balandros, y pasa a apoyar el cuerpo otra vez sobre la pierna derecha, llevado de un legítimo sentimiento de equidad para con sus extremidades inferiores.

Sobre el mar los balandros semejan a veces blancas tiendas de campaña erguidas sobre una verde llanura; otras veces son ingenuas siluetas de mujeres de albos vestidos, con níveo manto caído rígidamente hasta el suelo; otras veces, vistos de proa o de popa, son como plumas clavadas en la tersura del mar.

Cuando está a punto de agotar las imágenes, el espectador levanta sus ojos nuevamente hacia la caseta y, ¡oh milagro!, la bandera H ya no está. En su lugar ondea la bandera F. Esta prodigalidad de enseñas aturde un poco al espectador sencillo, a la vez que le da una alta idea de la fiesta. Vuelve a mirar a lo lejos; los balandros ya no se ven o son apenas perceptibles en la lejanía. Entonces nuestro hombre se inclina sobre el pretil del muelle, contempla el chapoteo de las olas, observa cómo rema un botero, tira el cigarrillo al mar; después hace un barquito con el sobre de una carta y lo deja caer; luego se dedica a perseguirlo con salivazos. El espectador de al lado se queda primero absorto viendo el papel flotante, y pronto, llevado de una emulación irresistible, le escupe también. Se establece un mudo pugilato. Se les seca la boca. Pasa hora y media. Suena un cañonazo.

La fiesta ha terminado ya.

EFEMÉRIDES

Hablemos un poco de cuestiones coloniales. Esto es de buen tono y sirve para conservar en nosotros una ilusión. Sólo una cosa hay que tenga más prestigios, y es la política internacional. Nadie sabe nada de política internacional, pero basta aludir a ella para cubrirse de gloria. Observad que cuando un orador quiere robustecer su tesis de una manera incontrovertible, suele decir:

—Como ocurre en todos los países del mundo…

Si esto oís, desde luego podéis afirmar que aquel señor no sabe lo que pasa en ninguna parte; pero tiene a su favor la circunstancia de que los que le escuchan tampoco lo saben. Por esto mismo, siempre que tal tópico sale a relucir, hay un rumor de asentimiento y las cabezas de los diputados oscilan afirmativamente, en un afán de aparecer enterados de los más íntimos secretos del orbe, desde Cristianía hasta el Cabo de Buena Esperanza.

Pero, como todas las grandezas, la política internacional, que tantas admiraciones suscita, cuenta también con enconados enemigos.

Muchas personas han incurrido en la ligereza de creer que los diplomáticos no sirven para nada. Se afirma con demasiada frecuencia que un diplomático apenas tiene otra misión que la de bailar en los salones y tomar el té con elegancia. Dícese que lo que pudo tener justificación en los tiempos en que las comunicaciones eran difíciles no la tiene en este siglo de la radiografía y de los trenes veloces. Naturalmente, ante esta acusación muchos dignos diplomáticos se han afligido y aun sometieron su mente a la inusitada tortura de la cavilación para poder afirmar ante el mundo entero su utilidad irreemplazable.

A unos se les ocurrió aprender el tango argentino y a otros introducir el uso de los bocadillos de jamón entre las pastas con que se toma el té. La humanidad no se mostró suficientemente reconocida a este esfuerzo. Pero he aquí que Inglaterra —no en vano afamada por sus diplomatas— descubre el conveniente remedio, y es míster Hardinge quien lo ensaya en Madrid.

Míster Hardinge, embajador de Inglaterra en Madrid, ha enviado una carta a los periódicos en la que asegura que él no tiene arte ni parte en las intentonas que, según se dice, se han hecho para provocar motines en el Ejército español. Puesto en el terreno de las confidencias, el señor Hardinge nos confiesa que tampoco intervino para nada en la revolución portuguesa de 1910. Y añade, por si los historiadores quieren recoger el dato, que en esa fecha él no estaba en Lisboa, sino en Bruselas.

El señor Hardinge nos explica que un amigo suyo muy conocido en la buena sociedad madrileña, tuvo una gran sorpresa. Después pide amablemente a los directores de periódicos que le perdonen la molestia que pueda ocasionar su nota. Y cuando ya el objeto de eila está cumplido y el señor embajador no tiene nada más que decir acerca del asunto, los ojos del lector tropiezan extrañados con estas líneas:

«Se han propalado sin mayor fundamento muchas célebres tradiciones históricas, todavía repetidas, como las últimas palabras de Pitt: «Querida Patria, en qué estado te dejo», y la del grito heroico de Cambronne: «La garde meurt, mais ne se rend pas». Es verdad que estuvo Cambronne en Waterlóo y gritó algo, aunque no fue eso, y que Pitt, al morir, habló no de la Patria querida, sino de su deseo de comer un pastel del célebre cocinero Bellavay.»

¿Qué fin se propone esta disquisición del señor Hardinge? Reconocemos que a primera vista este párrafo puede dejar desconcertados a los lectores de la carta. Nosotros, no obstante, hemos desentrañado su sentido. El señor Hardinge persigue un fin docente. Nosotros expresamos nuestro reconocimiento al señor Hardinge en nombre de la nación española. Y le prestamos desde luego todo nuestro apoyo. La idea de Mr. Hardinge —que tiende a rehabilitar la diplomacia yodarle un carácter útil — consiste en que al final de las notas oficiosas, que casi nunca dicen nada, vayan unos renglones amenos e instructivos. Los demás diplomáticos, embajadores, ministros plenipotenciarios, etc., deben apresurarse a imitar este procedimiento. Verbigracia, un embajador puede decir lo siguiente:

«El Gobierno de mi país considerará como un acto poco amistoso la fortificación de tales montes.»

Y a renglón seguido añadir:

«Ensaladas de judías. —Tómense las judías, échense en agua fría y póngaselas al fuego; cuando cuezan se escurre el agua y se echan en otra, hasta que cuezan por segunda vez. Se salan. Nuevamente escurridas, añádaseles aceite y vinagre. Sírvanse frías.»

O bien:

«Las manchas de tinta pueden hacerse desaparecer frotándolas con corteza de limón.»

También pueden divulgar curiosidades. Por ejemplo:

«La nación que tengo la honra de representar ha decidido estimar como un *casas belli* la movilización de los ejércitos de X.»

«Los indígenas de ciertas regiones del centro de Africa comen hormigas blancas y llevan anillos en la nariz. Las hormigas blancas tienen un sabor semejante al del arroz. Aunque parezca extraño, prefieren este manjar a los muslos de los misioneros.»

Así cada nación afirmaría ante las otras su cultura. En este caso concreto, nosotros nos cercioramos, gracias al señor Hardinge, de que el político inglés Pitt no pensó en su patria antes de morir, sino que añoró los pasteles suculentos de un cocinero, y que Cambronne gritó algo, pero no se sabe lo que gritó.

Esta amabilidad del señor Hardinge no puede quedar sin correspondencia. Ya que él ha tenido la franqueza de decirnos eso de Pitt, nosotros vamos a confiarle otro secreto nacional.

Muchas veces habrá oído decir el señor Hardinge a los españoles: «Como dijo el otro…» El señor Hardinge se habrá preguntado con la natural curiosidad quién es el

«otro». Acerque acá el oído el señor Hardinge. «El otro» no existe. Palabra de honor: no existe: es una broma que gastamos los españoles por el afán de intrigar a los extranjeros,

Y oiga aún:

También se suele afirmar que donjuán Tenorio dijo a doña Inés en su finca andaluza:

«No es verdad, ángel de amor,
que en esta apartada orilla…»

Es verdad que don Juan le dijo algo a doña Inés; aunque se puede asegurar que no fue eso. La clara comprensión de vuestra excelencia nos evitará mayores explicaciones.

Quedamos a juego, señor embajador; pero, aun así, muy reconocidos.

Hablemos, pues, de cuestiones coloniales, igualmente prestigiosas y conocidas que las diplomáticas.

Estamos en gravísimo riesgo de perder uno de los últimos trozos de nuestro antiguo poderío. En Fernando Póo —según reciente denuncia de los periódicos— la gente está a punto de morirse de hambre.

La noción que tenemos nosotros de Fernando Póo como colonia, es, exclusivamente, la de un lugar que sirve para enviar allí, castigados, a servidores del Estado que no cuentan con influencia, y para que en Madrid cobren sueldos magníficos otros funcionarios que sí tienen influencia. Aparte esto, sabemos que hay allí unos indígenas pintorescos, hermanos de aquellos otros de las colonias portuguesas, a los que dedicó una crónica Ega de Queiroz. Estos indígenas de Fernando Póo, como resultado de ayunos y depauperaciones alcohólicas, están en un grado de debilidad tal, que cuando van a disparar sus fusiles hay que apuntalarlos o arrimarlos a una pared, porque el retroceso del arma derriba al que aprieta el gatillo y la caída de un solo indígena basta para que los demás se desmoronen sucesivamente, como cartas de baraja en los juegos de un niño.

Los indígenas del interior usan flechas y llevan taparrabos y navegan por los ríos en troncos socavados por el fuego, como los indios de las novelas de Mayne Reid. Hay, sin embargo, dudas acerca de la autenticidad de estos negros. Un amigo nuestro que ha viajado bastante, nos aseguró que se trata de funcionarios españoles venidos a menos, que se han refugiado en las selvas con sus familias para poder vivir.

Porque en el campo de Fernando Póo, la existencia es fácil. Un indígena se tumba en un platanar y espera soñolientamente a que caiga un fruto: entonces extiende la mano y lo come. Hay casos en que tiene que moverle las mandíbulas un compañero. Esta manera de procurarse el alimento ha dado lugar a muchas desgracias, porque, a

pesar de la levedad del fruto, si el plátano acierta a caer sobre la cabeza de uno de nuestros débiles colonizados, el bueno del hombre cierra los ojos, suspira y fallece instantáneamente.

Pero, en fin, mal que bien, ellos iban viviendo. He aquí que ahora la población de la isla se aumentó bruscamente con diecisiete mil indígenas de Camarones refugiados allí cuando los alemanes —a cuyas órdenes peleaban— se retiraron. Parece ser que estas diecisiete mil personas tenían la costumbre de comer con cierta frecuencia. Cuando preguntaron dónde podían dar satisfacción a sus estómagos, los indígenas de Fernando Póo les señalaron las ramas de los árboles y se mostraron clementemente dispuestos a tolerar que se tumbasen a su vera en el suelo. Pero los intrusos, en vez de hacerlo así, treparon a las copas a las horas del almuerzo y de la comida, cada árbol tenía un lleno, como si fuese un restaurant de moda y nuestros pobres colonizados, extendidos bajo las ramas, veían melancólicamente cómo los negros de Camarones, sus mujeres y sus chiquillos, engullían los frutos que antes solían caer blandamente sobre la hierba.

Cuando los plátanos se acabaron, los diecisiete mil estómagos hambrientos se consagraron a las piñas de cacao; después a ciertas hierbas; ahora la han emprendido ya con las raíces. Dentro de poco en la isla no habrá sobre la tierra, en la tierra y bajo la tierra, nada que pueda ser comido.

Para entonces hay un temor: el de que los indígenas de Camarones devoren a nuestros gelatinosos indígenas.

Y nosotros decimos a nuestro ministro de Estado: esto será horrible. Los administradores españoles pudieron muy bien haberse comido nuestras colonias de América, pero el honor nacional no puede consentir que el último residuo de nuestro imperio perezca disuelto por los jugos gástricos de unos negros de Camarones.

Así como así, ¿quién sabe si estos indígenas de Fernando Póo nos llegarán a hacer falta hoy o mañana, al paso que llevan las cosas, para comérnoslos nosotros mismos? … Nosotros, señor ministro de Estado, pedimos con todo interés que se ponga a los naturales de Fernando Póo bajo los efectos amparadores de la ley de subsistencias en clase de artículos de primera necesidad.

Aparte esta terrible desgracia que se cierne sobre aquellos blanduchos indígenas, todo marcha bien en nuestra política colonial. No pecaría de exagerado quien afirmase que hay indicios de que hemos comenzado a reconstruir nuestra anterior grandeza. Precisamente no hace mucho tiempo que se han acrecentado nuestros dominios.

Cabo Juby es a estas fechas una posesión española.

¡Ah, cómo nos duele que las voces de la épica se hayan apagado, desdeñosas del prosaísmo de este siglo! ¡Cómo advertimos desgarrado nuestro corazón de patriotas al convencernos de que no hay poetas que canten la nueva conquista diciendo, por lo

menos, que es «un florón más en la corona de España!…»

Sin embargo, no puede achacarse nuestro silencio al hábito de estos trances. Hace muchos años, muchos lustros, muchos siglos, que sólo nos dedicamos a «desconquistar». En verdad, no tenemos colonias. Y he aquí que de pronto, cuando nada lo hacía suponer, cuando nadie lo esperaba, ¡zas!, una conquista, y nada menos que en el Sahara, que es donde está el Cabo Juby. Según el parte oficial, nuestras tropas, poseídas de patriótica exaltación, desembarcaron sin novedad y procedieron a ocupar aquel trozo africano con las precauciones obligadas en un acto de esta naturaleza. Pero no fueron hostilizadas por nadie. El Sahara estaba desierto.

Esto llenó de legítima satisfacción al elemento oficial y a nosotros que somos enemigos de la efusión de sangre. El Sahara, mudo, quieto, estéril, ardoroso, se dejó clavar en el Cabo Juby la gloriosa enseña española, seguramente muy orgulloso de entrar a formar parte de una nación civilizada, cosa que no se atrevieron a soñar jamás las inquietas arenas de su planicie.

Y así fue como se ensanchó España nuevamente, dando comienzo al desquite de la pérdida total de América.

El Estado, celoso siempre de su buena administración, no dejará pasar mucho tiempo sin nombrar un gobernador civil y demás personal necesario para la nueva colonia, todo él con sueldos de Ultramar y residencia en Madrid mientras no haya súbditos a quienes llevar la felicidad en aquel lugar del Sahara.

Algunos comentaristas se muestran preocupados por los compromisos que la nueva colonia nos puede acarrear. ¿Cómo podremos atender nosotros con toda la maternal solicitud que debe mostrar una metrópoli, los intereses y necesidades de aquella comarca? Verdad es que en todo el Cabo Juby no hay ni un solo negro, ni siquiera un solo pájaro; ni un insecto cuya vida tengamos que defender. Pero aquellas arenas entre las que se ha hundido el asta de nuestro pendón constituyen ya un trozo de nuestra patria. Ahora bien —continúan los comentaristas—, para sostener colonias hace falta poder naval. ¿Tenemos poder naval? No tenemos poder naval. Entonces…

Nos permitimos interrumpir a los pesimistas. Ciertamente no tenemos una gran escuadra y aun los pocos buques de que disponemos más bien están destinados a la cría del substancioso mejillón en sus cascos inmóviles en nuestros puertos. Pero no debemos olvidar que acaba de llegar a Las Palmas el *Isaac Peral*, el primer submarino que poseemos, remitido desde Norte América donde lo compramos con nuestros buenos billetes. Nuestras costas poseen, por lo tanto, un fiero mastín que las guarde. Hinquemos rodilla en tierra y elevemos los brazos al cielo en acción de gracias por el feliz alumbramiento del sumergible.

Bien merece el suceso que nos detengamos a narrar sus particularidades, para ilustrar con datos históricos la importante efemérides.

Lo primero que aquel día hicieron los periodistas al visitar al ministro de Marina fue indagar si el *Isaac Peral*, unidad de la armada española, traía averías. Sí; el *Isaac Peral*, según es costumbre en los barcos de guerra, traía averías; por fortuna, eran de

poca importancia. Se tuvo muy buen cuidado de aclarar por parte de las autoridades, que el submarino había llegado «por su pie». Esta aseveración tropezó al principio con la incredulidad de las gentes. Hizo falta que el ministro declarase terminantemente que el submarino funcionaba, y que si había aceptado el remolque del vapor *Claudio López* había sido por razones especialísimas. El submarino venía moviendo sus hélices, gozando de la frescura del mar con mayor voluptuosidad que una merluza. El *Claudio López* le alargó un cabo, muy consideradamente:

—Haga el favor vuesamerced, señor submarino, de agarrarse ahí.

—No —rugió el submarino con dignidad—. Yo no puedo agarrarme a la cuerda que me arrojen por la popa de un vapor. Yo no soy una chalana. Yo soy un tiburón.

—Tenga la bondad de aceptar el cabo —insistió finamente el *Claudio López*—. Nuestra intención es, no la de auxiliar, sino la de servir. Vuesamerced irá muy cómodamente asido a este calabrote.

El *Isaac,* con las válvulas estropeadas, se obstinó en marchar por cuenta propia. Pasaron unos minutos. El *Claudio López* volvió a intervenir.

—¡Válgame Dios! Vuesamerced no se da cuenta de que el gasto de bencina que está haciendo dejará honda huella en los presupuestos de la Marina. Si vuesamerced insiste en hacer el tiburón, la ruina de la patria está próxima. Agárrese a la cuerda; hágalo por patriotismo.

Y por patriotismo, por ahorrar a la nación española cuatro o cinco bidones de bencina, el *Isaac Peral* aceptó el cabo, según nos comunicó el ministro.

Con esta arma de combate, España y sus colonias pueden considerarse bien guardadas. Hay por ahí quien toma a risa esto de que no tengamos todavía más que un submarino para un litoral tan extenso, cuando las demás naciones cuentan sus sumergibles por docenas y hasta por centenares. A nuestro parecer eso no entraña ningún riesgo. Ya hemos explicado alguna vez cómo con un solo submarino puede estar defendida España mejor que con un millar; todo depende de que no se sepa exactamente el lugar en que opera. Esto, además, hará que el sumergible esté mejor atendido, mejor cuidado, tenga el mimo y cuente con el entusiasmo de toda la nación. Será tan agasajado y querido como un hijo único. El día que tropiece con una piedra desconocida, de esas que las hostiles divinidades marinas hacen surgir inesperadamente bajo las quillas de los buques de guerra, todo el país sentirá el golpe en el corazón. No habrá villa costeña, por humilde que sea, en la que el casino no haga un esfuerzo para obsequiar con un baile a la tripulación del submarino cuando tenga la dicha de recibir su visita misteriosa.

Y en cuanto a la bencina… que gaste la que quiera, ¡qué diablo! El pueblo español no puede poner coto a las necesidades de su único submarino. Si hace falta, llegaremos a prescindir de nuestros mecheros automáticos para que no escasee el combustible en las máquinas de nuestro amado y terrible tiburón mecánico.

MEDITACIONES SOBRE EL «JUANITO»

Un diputado maurista ha hecho en las Cortes varias denuncias a propósito de cuestiones de Instrucción. En una de ellas indignóse contra un profesor que hace diez y seis años que no aparece por las aulas; en otra zahirió a un catedrático, autor de una Historia de España en ocho tomos, en la que trata sucesos sintetizados en estos epígrafes: *Noche de bodas de Pedro II de Aragón*, *El estreno de «Electro»*, *El crimen de la calle de Fuencarral…*

No es posible conocer sin extrañeza la actitud de ese diputado. Todas sus acusaciones no resisten el más somero de los análisis. ¿Qué es lo que le autoriza a censurar que un catedrático no asista a la cátedra?… Lo extraordinario, lo absurdo, seria que otra cosa hubiese ocurrido. ¿Dónde suele ver el señor diputado y todo el mundo a los catedráticos? En el Senado y en el Congreso, entregados a la política. A las aulas van los auxiliares. Hay en el mundo —no es posible negarlo— naciones atrasadas donde el que se dedica a enseñar se pasa la vida estudiando y los médicos se consagran a curar males y los boticarios a hacer menjurjes. Pero esto debe de ser terriblemente aburrido. En España, no. En España, un señor que obtiene su título de médico puede llegar a ser ministro de Marina, y es notorio que casi todos los gobernadores civiles son militares. Nunca sabemos a qué incongruentes destinos pueden llevarnos nuestras profesiones iniciales, y en esta voluptuosa duda, nuestra felicidad es mayor. ¿Sabe el maurismo si ese catedrático a quien denuncia tiene aficiones políticas? ¿Sabe, siquiera, si esos diez y seis años de aparente holganza los consumió en trabajar un distrito o en inventar un nuevo modelo de encendedores automáticos?… No lo sabe, ¿verdad?… Pues, ¿entonces?…

En cuanto al otro catedrático que incluyó en su obra los asuntos de que hemos hecho mención, habría mucho que hablar. Desde luego, no se puede negar la importancia de la noche de bodas de don Pedro de Aragón, y nos extraña mucho que un monárquico maurista incurra en esta irreverencia. Precisamente, en la noche de bodas de un soberano y en sus consecuencias ulteriores, es donde se asienta la monarquía. Atrévase el maurismo a suprimir las noches de bodas de los monarcas, y el sistema hereditario se derrumbará desdichadamente, y los reyes constitucionales no tendrán nada que hacer y languidecerán en el hastío.

Aún añadiremos más. Aún añadiremos que el autor de esa Historia, al llegar a la época presente, hizo muy bien en ocuparse en el estreno de *Electro* y en el crimen de la calle de Fuencarral. Estos dos tremendos delitos tienen cabida en la Historia que, al fin y al cabo, no viene a ser más que una edición monumental de *Los Sucesos*. Es verdad que el ya difunto señor Varela no mató tanta gente como Ricardo Corazón de León, pero esto puede ser culpa de la misma época. Si el señor Varela, en vez de vivir en la calle de Fuencarral en mil ochocientos y pico, vive cuando las predicaciones de la Cruzada, pudiera haber sido un templario respetabilísimo.

Acaso, también, haya que apreciar en esta conducta del autor de la obra un móvil patriótico. Si no hablase de la catástrofe del *Machichaco* y del galdosiano esperpento, ¿de qué iba a hablar?… ¿De la pérdida de las colonias? ¿De la mediatización de España? ¿De la pobreza nacional?… Esto nos llenaría de oprobio ante las generaciones futuras. Tan radical es nuestra opinión en esta materia que, por decoro ante los hombres venideros, creemos que los historiadores deberían pasar por alto todo lo que nos está ocurriendo de unas cuantas décadas a la fecha y, siguiendo esa feliz idea del autor del libro que comentamos, sintetizar en unas líneas que podrían decir, por ejemplo:

«Subió al trono don Fulano de Tal, durante cuyo reinado fue atropellada una señora por un automóvil en la calle de Cual. Sucedió a este monarca su hijo don Zutano…»

Otro político, el director general de Primera Enseñanza, señor Rivas Mateos, se ocupó también en la misma cuestión y declaró la guerra .á los malos libros de texto que divulgan tonterías y errores entre los alumnos de las escuelas elementales. El señor Rivas Mateos no ha pensado, seguramente, en los grandes perjuicios que puede producir.

Hay en España muchísimos señores que se han enriquecido en el negocio de esos libros y otros que se están enriqueciendo y varios que se preparan a enriquecerse. La patria los tiene a todos en un injusto olvido. Se habla de Cervantes, pero nunca se cita al autor del *Juanito* ni al de *Flora*. No obstante, estos hombres tan desconocidos como ilustres han difundido el bien entre la humanidad, imprimiendo en los tiernos espíritus de los escolares el ejemplo luminoso de aquel Juanito que no podía comer una fruta sin que su terrible preceptor le explicase las plantaciones al tresbolillo, y de aquella Flora condenada a no merendar nunca al aire libre, porque en cuanto salía a la calle con su pan y su queso venía un pobre y se lo tenía que dar. ¡Oh, cuánta confortación han traído esos dos infantiles personajes a nuestro ánimo! ¡Cómo nos han enseñado a sobrellevar las contrariedades de la existencia en aquella edad en que casi nunca le dejan a uno hacer lo que le da la gana!… Cuando nos acosaba alguna pena, cuando nuestros padres se resistían a comprarnos y traernos a casa el regimiento de caballería que pasaba ante nuestro balcón, de regreso de una parada; cuando la sirviente se negaba a dejarse arrancar más de un puñado de pelos, sin alcanzar a reducirla nuestras promesas de darle después los del gato que habíamos arrancado ya, entonces, tras de llorar un par de horas y de revolearnos en el suelo, eligiendo los más sucios lugares que eran los preferidos por nuestra tribulación, nos asaltaba el recuerdo de *Juanito* y comprendíamos que nuestra desdicha, con ser tan grande, era risible comparada con su tremenda tortura. ¡Aquel abominable papá de Juanito!… Por la mañana, temprano, le despertaba:

—Juanito —le decía—, hay un hermoso sol. Debes levantarte.

Y mientras la criatura se ponía los calcetines, el padre, sentándose en la cama aún caliente, comenzaba a decir:

—El sol es un astro que está a muchos millones de leguas de distancia. Es el centro de nuestro sistema planetario…

Juanito quería correr. Su padre le detenía.

—¿Por qué corres? Al correr desarrollas calor. ¿Sabes lo que es el calórico?

Juanito no sabía lo que era el calórico. Entonces su padre se lo explicaba largamente. Juanito, a veces, temeroso de provocar nuevas lecciones, se estaba quieto en un rincón de su casa. El padre daba vueltas, malhumorado por no encontrar el pretexto para fastidiarle.

—¿Qué tienes, Juanito?

—Nada.

El padre daba unos pasos más. Insistía:

—Acaso en tu excursión vesperal los rayos solares cayendo perpendicularmente sobre tu cuerpo te habrán producido coriza.

Juanito aseguraba que no, lleno de miedo porque muchas de aquellas palabras le olían a explicación subsiguiente y prolija. El padre intentaba un golpe decisivo:

—¿Cómo tienes las trompas de Eustaquio?

Juanito debía decir que no sabía lo que era tal cosa. Pero Juanito mayaba:

—Bien; las trompas de Eustaquio están magníficas.

Entonces, después de diez minutos de silencio, se detenía el padre resueltamente y afirmaba:

—Juanito, hijo mío, juraría que estás pensando en la máquina pneumática.

—¡Oh —protestaba el niño—, estoy bien lejos de ello!

La frente paterna se arrugaba.

—¿Estás seguro?

—Me parece estar seguro —decía más tímidamente el pequeñuelo.

El padre lo asía por un brazo y le daba un pellizco. Al instante, Juanito declaraba que, en efecto, la máquina pneumática le tenía obsesionado, y que su mayor felicidad sería conocer lo que era aquello, y que estaba respetuosamente admirado de la perspicacia de su sabio progenitor. Su sabio progenitor respiraba satisfecho y comenzaba:

—El aire, querido hijo mío, es necesario para la vida…

Y terminaba, como siempre:

—Alabemos al Supremo Hacedor que permite que el hombre levante poco a poco, auxiliado por la ciencia, el velo que encubre tantas maravillas.

¡Pobre Juanito, le hemos compadecido mucho! ¿Qué fue de él? Le dejamos salvando a un perro tiñoso que la crueldad de unos chiquillos había arrojado al agua, y ya no volvimos a saber de su suerte. Ni en la vida ni en los abundantes libros que hemos leído después de aquél, hemos encontrado su rastro. Acaso murió por salvar a otro can de piel apolillada; acaso lo mató —harto de sufrirle— aquel niño malo a

quien siempre se obstinaba en corregir. Acaso, sencillamente, le asesinó el linfatismo y el tedio al lado de su amante padre. Descanse en paz. Nunca creímos que con tal existencia pudiese llegar a viejo.

De esta honda impresión que nos ha causado el *Juanito* se deduce su belleza y su intensidad. No es fácil escribir un libro de lecturas para la infancia. Muchos creen que para esto basta con que el autor carezca absolutamente de talento. Es un error. Hay en el mundo muchísimos tontos incapaces de producir esa clase de obras. Un tonto vulgar, un tonto que no rebase el nivel corriente de la tontería, no podrá nunca dar a luz un tomo de esa especie; hace falta ser un genio de lo ñoño, penetrar en los más profundos abismos de la pesadez, saber extraer la preciosa esencia del más idiota de los aburrimientos, y verterla en unas cuantas páginas.

Los libros de lecturas infantiles son un dique providencial opuesto a la audacia de los hombres. Todo el mundo sabe que la Naturaleza se defiende de mil maneras contra los atrevimientos del humano saber. Si no hiciese esto, sus secretos serían bien pronto violados. Los libros de lectura de las escuelas son su arma principal y eficacísima. El cerebro mejor dispuesto, después de varios repasos a *Las tardes de Manolito, El Niño bueno o El preceptor de Pepito*, queda inservible para todo lo que no sea el servicio del Estado en las oficinas públicas. Manolito, Pepito y Florita son, en estas páginas, encarnaciones de lo imbécil. Si una subsiguiente educación no acudiese a manera de contraveneno espiritual, el mundo, lleno de esos seres, se haría insoportable.

Debía organizarse una Liga que protegiese a los chiquillos contra tales lecturas. Verdaderamente, el niño está muy abandonado. Los ideales educativos en España tienen dos preferentes orientaciones: vestir a los pequeñuelos de boyeros americanos para que recojan mondas de naranja por las calles y llevar a los de las escuelas públicas ante las estatuas de los hombres célebres cuando se conmemora un centenario. Don Miguel de Cervantes vio con gran sorpresa, no hace mucho tiempo, ocho mil chiquillos reunidos ante su monumento. Don Cristóbal Colón no fue más feliz. Todos los arrapiezos de las escuelas municipales, con ocasión de la Fiesta de la Raza, fueron a visitarle, hace meses.

—¡Bien flacos estáis, así Dios me salve, pequeños fragmentos de la raza! —gruñó el descubridor desde lo alto.

Nosotros hemos meditado acerca de esta costumbre que hace salir procesionalmente a los escolares en cuanto se trata de festejar alguna efemérides y la encontramos recomendable y útil. Lo que más hondamente queda grabado en la memoria de un chiquillo es un día de asueto. Así recordando los días que no fueron a clase ni tuvieron que aprender la lección en gracia a un glorioso aniversario, se pueden ir formando una idea formidable de lo que fue la grandeza de España. Es seguro que no se les olvida nunca. Pueden decir:

—Tal fue el poderío de mi patria que nunca fui a la escuela dos días seguidos.

El instante de mayor emoción para las criaturas es aquel en que lanzan los

ramilletes de que van provistos hacia la estatua. Al pie de ella suele estar el alcalde. Nuestra personal observación nos permite asegurar que muchos de los ramos pasan excesivamente próximos a su sombrero de copa; pero esto no significa otra cosa que un homenaje que le rinden algunos arrapiezos prematuramente poseídos de la veneración que debe inspirar siempre la primera autoridad de un municipio.

Las citas que de algunos libros de texto hizo el director general de Primera Enseñanza, merecen difusión. En un tratado de urbanidad de los rechazados por el señor Rivas Mateos, figuraba el consejo siguiente:

Debes lavarte los pies
cada dos meses o tres.

En otro libro, que es una Agricultura elemental, se afirma que el buey es útil al hombre por su trabajo, por su carne y por su leche.

En una Historia Natural se dice:

«Entre los insectos perjudiciales figura el ratón…»

Todo esto parece escrito por aquel personaje de Mark Twain que, encargado de redactar una revista de agricultura sin saber una sola palabra del asunto, aconsejaba entre otras cosas que no se arrancasen los nabos violentamente, porque esto les afectaba mucho, siendo preferible agitar el árbol hasta que se desprendiesen y cayesen al suelo.

No cabe duda, sin embargo, de que si prospera la medida del director general de Primera Enseñanza, se cohíbe la fantasía de los chiquillos. Sus esfuerzos para imaginar el ordeñamiento de un buey, para establecer el parentesco entre una pulga y un ratón, y para coordinar las prácticas corteses con el disfrute de unos pies que no gozan del contacto del agua más que cuatro veces por año, deben de constituir una provechosa gimnasia mental.

Se ha comprobado que los maestros recomendaban especialmente esos libros a sus alumnos, y se asegura que lo hacían por cobrar el tanto por ciento que, en concepto de comisión, les concedían los editores. No negaremos que alguno incurriese por codicia en el pecado, pero afirmamos que la mayoría obraba inocentemente, víctima de su ignorancia. ¡Hay tantas cosas que no puede conocer un maestro! El sueldo de quince duros no permite la posesión de una amplia sabiduría. Nosotros hemos gozado de la amistad de un pedagogo que, a través de su experiencia personal, definía de esta suerte al gallo:

—El gallo es un animal que cacarea. El hombre le debe gratitud porque con sus furiosos picotazos obliga a las gallinas a soltar unos bultos que lleva en su interior denominados huevos y que suelen comer los enfermos pudientes. Tales aves segregan también un producto al que se llama «menudillos», que es muy solicitado. En la fiesta

de Navidad es costumbre entre los poderosos devorar un gallo entero. Las plumas son útiles a la humanidad para limpiar los tubos de las pipas cuando la nicotina los obstruye…

JERUSALÉN LIBERTADA

El oficial inglés Mr. J. W. Thompson recibe un tiro frente a las murallas de Jerusalén. Por primera vez en su vida hace una pirueta de escasa corrección y muere.

El alma de Mr. J. W. Thompson, en cuanto se advierte libre, emprende sin vacilaciones el camino del cielo. Va doblemente satisfecho el digno oficial por la conquista de los Santos Lugares y porque aquel día se ha afeitado. No es más orgulloso que cualquier otro inglés; pero comprende que su entrada en el Paraíso, precisamente el mismo día en que ha sido tomada Jerusalén, ha de producir cierta expectación de curiosidad y ha de mover hacia él la simpatía de todos los Santos. Mr. J. W. Thompson reconoce que ha tenido gran suerte en fallecer en aquellos instantes.

Ante las puertas de la Gloria, el oficial se detiene, un poco extrañado: no hay colgaduras ni suenan bandas de trompetas. Una sospecha nace en el espíritu del héroe. Aventura medio cuerpo, se lleva una mano a la sien derecha e indaga:

—¿Hay permiso?

Detrás de una mesa, con sus bien conocidas antiparras, encorvado ante un gigantesco libro-registro, San Pedro asiente, posando apenas en el recién llegado esa misma rápida mirada con que juzgan a los visitantes los jefes de portería de los ministerios y los secretarios de grandes personajes políticos. Por encima del librote, la pálida y santa mano señala un asiento al oficial. El oficial descansa en él.

—Soy J. W. Thompson, de la infantería inglesa.

San Pedro inquiere:

—¿Recuerda la fecha del bautizo?

—He sido presentado oficialmente al Todopoderoso el 20 de Junio de 1886.

Y mientras el Apóstol hojea el libro, mojándose el índice y el pulgar calmosamente, el inglés se va afirmando, ante aquella indiferente conducta, en su sospecha de que aún no conocen en el Cielo la noticia de que los Santos Lugares han sido conquistados por las tropas británicas. Sonríe maliciosamente, da una vuelta a la gorra entre sus manos, y dice:

—Me mataron hoy; hace unos momentos.

El Santo parece no conceder importancia al detalle, como si estuviese muy acostumbrado a que todo el mundo llegase allí recién muerto. Mr. Thompson agrega:

—Fue en las cercanías de Jerusalén.

Y espía el gesto del Apóstol. El Apóstol insiste en hacer girar las hojas, Mr. Thompson, un poco escandalizado, comenta:

—¿Es posible que no se conozca aquí la gran noticia de la toma de Jerusalén?

San Pedro hinca su índice en el lugar de una página donde lee, y murmura:

—Pero… ¿también se han batido en Jerusalén?

—¡Oh! —le tranquiliza el recién llegado—, no fue en Jerusalén, sino en sus alrededores donde ha corrido a torrentes la sangre del infiel… Hemos sabido llevar la

cuestión con un gran respeto a la Divinidad. Nos hemos matado fuera del recinto de la plaza. Aseguro que nunca otros cristianos han puesto más fervoroso entusiasmo en la obra. Muchas cabezas turcas han reventado como castañas en el fuego y nuestros cañones hacían llover sobre ellas la muerte. Después, el general Allenby entró a caballo en la ciudad. Fue muy emocionante todo aquello.

San Pedro, oculto el rostro entre las manos, gime:

—¡Señor, Señor! ¿Hasta cuándo va a durar esta terrible locura de los humanos? ¿Cómo no haces descender de nuevo el agua del diluvio o las llamas que abrasaron a las ciudades malditas?

Mister Thompson le contempla con ojos atónitos:

—Por mi fe que es una tribulación/singular-o esta que presencio. Me parece que bastante motivo de regocijo existe en que nos hayamos apoderado triunfalmente del Santo Sepulcro, barriendo a metrallazos a los otros hombres que vivían en sus proximidades…

—¡Calle usted, hombre, calle usted! Pequeño disgusto hemos tenido aquí arriba cuando las Cruzadas! ¡Tantos hombres muertos a manos de los hombres! ¡Tantos crímenes…! Ahora creíamos, en vista de que durante muchos siglos, a pesar de su creciente pujanza, no se ocupaban las naciones cristianas en ese empeño, que el nombre de Dios no seguiría sirviendo, de pretexto para matanzas fratricidas… Y he aquí que revive la terrible historia.

El oficial, incrédulo:

—Pero ¿me asegura usted que Nuestro Señor no tenía un señalado interés en que los Santos Lugares estuviesen en poder de Francia?

—Naturalmente.

El oficial, más incrédulo:

—¿Ni de Inglaterra?

—Ni de Inglaterra.

Mister J. W. Thompson recobra un aire de dignidad.

—Allí abajo le creíamos muy afligido. En Londres se ha solemnizado el acontecimiento con una pompa singularmente excepcional. Fue echado al vuelo el juego de campanas de la catedral de Westrainster.

—¡Ah!

—Y ha sonado el bordón de San Pablo.

El Apóstol, con ese aire de candidez peculiar a los justos y a los niños:

—¿El bordón también?

—También. Y Su Majestad el Rey Jorge ha dirigido a nuestro general un telegrama digno de la conquista. Dice: «El triunfo es el resultado de los combates progresivos que habéis sostenido paso a paso, y de la excelente organización, que os ha permitido vencer las dificultades de abastecimiento y transporte de aguas.» La clarividencia que revela este despacho nos ha llenado de asombro. Es maravilloso que a tanta distancia del lugar de la lucha haya quien pueda percatarse de que sin agua, ni

comida, ni municiones, ni organización, ni combates progresivos, no hubiésemos podido acercarnos a Jerusalén. Y sin embargo, lo han adivinado. El cielo debe estar satisfecho de que nosotros hayamos despanzurrado unos miles de turcos en su servicio. Nosotros, además, sabremos alentar el turismo debidamente y fundaremos hoteles de verdadera importancia. Los Santos Lugares van a estar mejor servidos que nunca.

El Apóstol ha tornado a su gesto de compunción.

Mr. J. W. Thompson se decide a exclamar, un poco molesto:

—Y aunque todo eso no representase otra cosa que un triunfo de las armas aliadas, ya era cosa de que el júbilo estallase en estas alturas, porque Dios está a nuestro lado.

San Pedro sufre entonces uno de esos ataques de cólera que alguna vez aparecen en la historia de su santa vida terrena.

Su mano bate el libro abierto sobre la mesa:

—¡Que todos los días haya de oír la misma blasfemia! Cada país de los que se dedican a asolar al adversario supone que Dios está con sus cañones y sus fusiles y sus «limpiadores de trincheras», guiando las balas para que cumplan con eficacia su fin mortal… No creo que se pueda llegar más allá en la locura. El alemán que entró ayer en la Gloria sostenía también igual monstruosa idea… Hemos discutido dos horas y no le convencí…

Pero Mr. J. W. Thompson se levanta de su silla e interrumpe a su interlocutor:

—¿Dice usted que ha entrado un alemán en la Gloria?

—Sí.

Mr. J. W. Thompson frunce el ceño:

—De modo que aquí admiten ustedes alemanes.

—Ciertamente.

Mr. J. W. Thompson hace entonces una fría reverencia:

—En ese caso, señor, un súbdito inglés no puede ser cliente del Cielo. Me voy. Tengo el honor de notificarle a usted que el Paraíso queda incluido desde este instante en la Lista Negra.

GACETILLA POLÍTICA

Los periodistas invocan muchas veces en sus informaciones la opinión de los «círculos políticos». El lector se habrá preguntado qué es un círculo político. Nada más mudable e indefinible. En ocasiones, el círculo político es el propio periodista; otras veces es su tertulia del café; muy frecuentemente es el salón de conferencias del Congreso.

A pesar de la importancia de su nombre, este salón no pasa de ser el mentidero de unas cuantas personas de modesta significación: periodistas de categorías intermedias, candidatos a Gobiernos civiles, ex diputados incoloros… Lo más interesante del salón de conferencias es la blandura de las butacas, propicia al sueño. Pero tampoco se puede dormir. Los comentaristas gritan demasiado, tosen demasiado, carraspean demasiado. Cuando alguno de ellos, siempre enfurecido, acierta a dar con un salivazo en una de las patas de la mesa central, la mesa se desliza unos centímetros sobre el suelo. Esta terrible e inútil violencia predomina en todo. En el salón de conferencias ningún secreto de la politica nacional o exterior es desconocido. Se comenta, se explica y se desentraña hasta aquello que no ocurrió jamás. Cada día podría hacerse un artículo de interesantes eutrapelias con las conversaciones del salón. A veces pueden ser oídas también en estas tertulias referencias trascendentales. Nosotros creemos poder contar algo de importancia innegable. Nunca hemos sabido ser reporteros; tenemos una excesiva timidez que nos impide perseguir la noticia y un exagerado candor para creerlas todas, especialmente si se refieren a la política. En política tomamos como artículo de fe la más disparatada creación del más fantástico de los embusteros.

Pero aun sin entender gran cosa de estos achaques, comprendemos que en España la política va mejorando y el instinto de ciudadanía tan necesario, se desarrolla de una manera innegable. Hay algo esencial en la vida de las naciones: la comprensión y el ejercicio de los derechos. Antes parecía que esta condición era exclusiva de los hombres de las izquierdas. Hoy son los mismos aristócratas, los personajes, gentes que están en la cima de los honores y del dinero, los que se preocupan de conocer sus prerrogativas ciudadanas y de ejercitarlas también.

He aquí el caso del marqués de Barzanallana, que bien merece ser recordado por lo que tiene de ejemplar.

El señor marqués de Barzanallana caminaba en Madrid por la calle de Cádiz. El señor marqués tuvo necesidad de sacar dinero del bolsillo, y en este momento una peseta se escurrió entre sus dedos y se deslizó rodando sobre el asfalto.

El marqués dio primero unos pasos, luego otros más precipitados y, como la peseta hubiese adquirido una velocidad harto extraña en una moneda sin entrenamiento, hecha a la templada molicie de los bolsillos, el señor marqués concluyó por emprender una veloz carrera tras los cuatro reales.

Corría dignamente, como corresponde a un prócer, pero corría.

He aquí que la moneda, cuando ya le iba a los alcances su amo, descubre un sumidero, se aproxima, da un saltito y desaparece en el agujero negro y sucio. Nuestros lectores comprenderán que este momento fue de dura prueba para el marqués. Quedó el hombre meditabundo y pensó que él estaba asistido de un derecho y que no merecería llamarse vecino de Madrid si no lo ejercía. Inmediatamente se trasladó a la Jefatura de Alcantarillas.

—Muy buenas.

—Muy buenas.

—Soy el marqués de Barzanallana. Acaba de caerse una peseta de mi propiedad en la alcantarilla de la calle de Cádiz. Necesito, en uso de mi derecho, que se la busque y que me sea devuelta.

El funcionario con quien dialogaba reconoció que tenía razón. Urgentemente dio todas las órdenes precisas. Pocos minutos después salían de la Jefatura correctamente formados los poceros bastantes para constituir una brigada, el jefe de la brigada, un empleado de la oficina, material, picos, azadas, impermeables, linternas, cuerdas, botas altas… Llegan a la calle de Cádiz, se distribuyen las funciones, levantan losas, pican el asfalto, abren una trinchera, interceptan el tránsito, se abisman en el hediondo antro, encienden luces, buscan, persiguen, indagan. No está la peseta. Hace falta abrir más, destruir más, profundizar más. Se telefonea a la Jefatura. Sale una segunda brigada; más poceros, más, material… Parecía el envío de, refuerzos a un frente. Nuevas gestiones. Persevera el fracaso. Fue preciso instalar focos de arco voltaico; fue preciso armar tiendas de campaña para que los obreros pernoctasen en sus relevos… Y la peseta sin aparecer.

Al tercer día, cuando la Jefatura había agotado sus hombres y sus recursos y varios poceros estaban extenuados por la fatiga y se pensaba ya en pedir socorro al cuerpo de Ingenieros militares, la peseta es encontrada. Ennegrecida, depauperada, pero conservando su valor de cuatro reales. Triunfalmente fue llevada a la Jefatura: El ejército de hombres repasó la calle y retornó en formación un poco menos correcta porque las piernas estaban cansadas y los uniformes manchados de una materia que no se puede citar.

El marqués iba todas las mañanas a enterarse del éxito de las gestiones. Aquella vez le entregaron la peseta envuelta en un papelito y le pidieron un real para un sello que había de autorizar el documento de petición de auxilios.

El marqués dio un real, perro chico a perro chico, con un gesto de contrariedad, y marchó murmurando:

—¡Qué caro cuesta recuperar lo que es de uno!

Madrid asistió con jubiló al descubrimiento y reconquista de esta peseta. Se habló por algún tiempo de conmemorarlo con verbenas y músicas en las calles y, por fin, parece que se ha constituido una comisión encargada de recaudar fondos para un monumento conmemorativo. La cosa no es para menos. Si la peseta no hubiese

aparecido, como el marqués estaba dispuesto a no cejar en su derecho, los poceros hubieran ido derruyendo Madrid poco a poco. Hoy caería una manzana de casas, mañana una calle entera, pasado sería un barrio el que quedase reducido a escombros… Todo el Subsuelo de Madrid habría de ser removido y levantado. Huirían las gentes por la estepa castellana, llorosas, como ante una guerra: los microbios de cien pestes saldrían de las abiertas alcantarillas para diezmar a los habitantes; quedaría un surco de cadáveres por las carreteras; los picos de los poceros romperían las cañerías del gas; se declararían incendios que alumbrarían tristemente la labor de las brigadas; todo sería arrasado y demolido. Y en las afueras, en una tienda de campaña, el marqués de Barzanallana aguardaría el resultado de las pesquisas, firme en su derecho.

La fortuna quiso que esto pudiese evitarse. El descubrimiento y la reconquista de esa peseta no costó al Ayuntamiento de Madrid más que mil cuatrocientos treinta duros, entre jornales uniformes, luces, destrucción y reconstrucción de la calle de Cádiz. Poco es para lo que pudo haber sido.

Demos gracias al Todopoderoso.

Alguna vez en el Salón de Conferencias del Congreso, del que hablamos al principio de estos comentarios, se narran intimidades de la política, graves secretos que se escapan a la Historia y que las, gentes darían cualquier cosa por conocer. Así supimos nosotros las razones misteriosas que aconsejaron la substitución del primer comisario de Abastecimientos que hubo en el Reino.

Fue una tarde en que decidimos reposar en el Salón de Conferencias. Haría diez minutos que estábamos sentados cuando se oyó un ruido como el de una carretilla que rodase por una calle adoquinada. Era un habitual del Congreso que arrastraba su butaca hacia la nuestra. Se dejó caer en el asiento, estuvo saltando un poco sobre los muelles y nos preguntó:

—¿Qué sabe usted de política?

Es la pregunta de ritual. Respondimos perezosamente:

—Nada.

—¿No sabe nada?

—No.

Se acercó más:

—Le puedo proporcionar a usted un éxito periodístico. Deme tabaco. Oiga usted la verdadera causa de la dimisión del comisario de Abastecimientos, señor Alas Pumariño.

Observó si alguien que no fuésemos nosotros podía escucharle.

—Recordará usted que esto de la escasez y la carestía de las subsistencias era algo para lo que no se encontraba solución. Cuando el Gobierno de Dato se decidió a crear la Comisaría de Abastecimientos, el estado del país era terrible. En varias

provincias tan sólo comían los dos o tres primeros contribuyentes; la calidad del carbón producía graves trastornos en las máquinas. Especialmente las locomotoras, eran las más afectadas. Algunas enloquecieron bajo el nuevo régimen carbonífero. Dos o tres abandonaron los carriles y siguieron el viaje subiendo montes y atravesando ríos, sordas a las súplicas de los viajeros y del conductor. Me han asegurado que entre dos estaciones de Galicia se ha detenido una máquina, presa de la más extraña manía, y no hay manera de obligarla a ir para adelante ni para atrás hace dos días. Es una especie de neurastenia.

—Es curioso.

—Es extraordinario. Aún podría contarle veinticinco casos más. Pero prefiero seguir mi confidencia. Trastornado el país, Dato creó la Comisaria. Y en esto andaba, cuando se tuvo noticia de que el ilustre político liberal señor Royo Villanova había inaugurado su cátedra de la Universidad de Zaragoza con una lección acerca de las subsistencias. ¿Leyó usted el extracto de los periódicos?

—No leí el extracto.

—Por fortuna, yo sé lo que ocurrió. El señor Royo habló delante de una numerosa concurrencia, porque el tema del discurso se había hecho notorio. La gente supuso que se trataría de una divagación más. Pero, no: el señor Royo llevaba la idea salvadora, tan sencilla como la del huevo de Colón: no comer. Es decir, comer muy poquito, casi nada, una pequeñez, una migajita… Los párrafos en que combatió la gula fueron excepcionales. El señor Villanova comprendió que no bastaba la teoría, con ser genial, sino que era preciso ofrecer un ejemplo. Y el ejemplo fue él mismo. El señor Royo, en un momento emocionante que nunca podrán olvidar los que lo vivieron, declaró:

»—Aquí donde me veis, llevo cuatro: días comiendo medio kilo de pan y docena y media de higos cada veinticuatro horas.

»Hubo un rumor de admiración. Algunas señoras sollozaron.

»—Pero no me compadezcáis —añadió—; esos alimentos bastan para producir en mi organismo 2.584 calorías…

»Otro rumor prolongado. Un cesante incrédulo gritó:

»—¡Que las enseñe!

»—Con esas calorías —siguió el señor Royo— tuve sobrado vigor para el trabajo y una salud admirable. Y ¿sabéis cuánto había gastado en mis refacciones…? Treinta…y cinco céntimos diarios; veinticinco en el pan y diez en los higos.

»Terminada la conferencia, los presentes fueron desfilando cerca del señor Royo para felicitarle y palparle a la vez, con objeto de convencerse de que aún tenía carne sobre los huesos.

»Cuando supo lo ocurrido en Zaragoza el señor Dato mandó llamar al señor Alas Pumariño, y, ya en su despacho, le dijo:

»—¿Se enteró usted de lo que hizo Royo Villanova?

»—Sí, señor.

»—¿Sabe usted que vivió cuatro días con medio kilo de pan y dieciocho higos?

»—Sí, señor.

»—Comprenderá usted que no podemos dejarle a un liberal la gloria de haber resuelto la cuestión de las subsistencias desde la oposición. Sería la crisis; sería la caída del partido. Usted tiene que hacer algo más sensacional, como comisario. ¿Es usted capaz de vivir con diez higos diarios?

»—No, señor.

»—¿Y con doce?

»Alas Pumariño suspiró:

»—Tampoco.

»—¿Ni siquiera con diecisiete…? Coma usted un higo menos que Royo Villanova y estamos salvados.

»Alas Pumariño dejó caer los brazos:

»—¡No puedo, no podré jamás!

»Cuando el señor Alas salió del despacho del señor Dato ya no era comisario de Abastecimientos. Tal es —terminó nuestro interlocutor— la verdad, que puede usted referir a los españoles.»

VISIONES DE MADRID

El cocido

Una persona medianamente observadora puede juzgar a las demás, sin temor a grandes equivocaciones, tan sólo por saber lo que come. «Dime lo que comes —debe afirmarse— y te diré quién eres.» Fijaos en cuáles son los platos favoritos en las distintas naciones, en las distintas comarcas, y veréis como tienen una relación íntima, un influjo positivo en la psicología de sus habitantes.

El gazpacho andaluz, por ejemplo, es de una frivolidad extraordinaria; ese plato en el que hay trozos de tomate crudo y trozos de pan flotando en agua fría, basta para ser sintomático. Una persona que se dedique a engullir tales substancias, ha de tener forzosamente un gran optimismo y una gran jovialidad. El arroz valenciano señala otros temperamentos. El arroz es un alimento fuerte. Ingerido en grandes cantidades llega a producir ardores de estómago. Un hombre que tenga ardores de estómago es reconcentrado, hosco, vengativo. El andaluz al acabar de comer su gazpacho, se advierte ágil, ligero; siente también la vaga ansia de tener dinero para insalivar algo más substancioso. Entonces se hace torero. El valenciano cuando está sufriendo las consecuencias de veinte o treinta años de digestión de arroz, es temible; una leve cuestión con la mujer, con el amigo, con el vecino que le ha disputado un riego, basta para que le ponga las tripas al sol. Es un hecho probado que todos los complicados en los sucesos de Alcira y Cullera, eran grandes comedores de arroz.

El caldo gallego es socarrón. A primera vista no es más que un conjunto de hortalizas cocidas; pero, entre ellas, de improviso, hallaréis un trozo de carne de cerdo; además en la cocción, una porción de substancias gratas —carnes y untos y embutidos— se han diluido en él. El caldo gallego es como un abad campesino, gordo y luciente, reventando salud, lleno de sorna, que tiene una olla repleta de monedas, escondida a la codicia de los ladrones, y que se envuelve en una sotana cubierta de manchas y en un sombrero impermeabilizado por la grasa, y que calza zuecos. Cuando cabalga por los caminos, su yegua peluda y parda mueve a reír. Pero bajo la, sotana sucia, hay una panza toda llena de bienestar y la yegua anda leguas y leguas sin gallardía, pero sin cansancio y sin piruetas peligrosas.

En las ristras de butifarra catalana cualquiera puede apreciar el símbolo de la Solidaridad.

Castilla, Madrid, tiene el cocido. Algunos aduladores han llamado al cocido plato nacional. El cocido es, sencillamente, una cosa nefasta. A él se debe una enorme parte de los males que nos aquejan. El cocido, seco, sin jugo, insípido, invariable, rudimentario, es el esquema del carácter castellano. No se puede pensar que el cocido sea capaz de crear grandes hombres. Así observaréis que los políticos, los literatos, las gentes de valía son —aparte un pequeñísimo tanto por ciento— de otras regiones

donde no se come cocido.

El cocido produce ingenuidad y sencillez: esas mujerucas madrileñas, pálidas, menudas, son productos del cocido; estos chulillos, holgazanes, de escaso sentido moral, blandos, vulgares, lo son también. La falta de espiritualidad en Madrid, a eso se debe. El cocido hace que las gentes invadidas de candidez se detengan en grupos numerosísimos ante cualquier fruslería, hace que hasta el lenguaje se amanere, que pueda dar sér y encontrar gracia a expresiones absurdas. El cocido creó a la portera madrileña, creó la inocente portuguesada de llamar «piso primero principal» a un cuarto piso, creó al político de cerebro vacío y a las multitudes que creen en sus teorías, en sus palabrerías, más bien, sin substancia. Cuando en un pueblo devoto del cocido nace un torero, este torero es Vicente Pastor, pesado y sin gracia.

El cocido es nefasto. Madrid está invadido por él, huele a él. En la calle, en la casa, en el teatro, el olor vulgar y plebeyo del cocido os acosa y os trastorna. Intentáis sustraeros a su influjo, pero lucháis vanamente: un día, otro día, otro día, el cocido aparece ante vosotros en la mesa como una obsesión. Al cabo de unos meses estáis perdidos ya: el jugo insípido del alimento habitual ha invadido las celdillas del cerebro. Si sois literatos, escribís cuentos de modistillas y de horteras llenos de un sentimentalismo cursi; si sois políticos, comenzáis a notar la preponderancia de las palabras sobre las ideas. Si, sencillamente, sois gente sin ambición, comienza a gustaros la oficina y la Puerta del Sol.

Un país en que se coman manjares delicados ha de ser un país espiritual: habrá escritores sutiles, habrá mujeres delgadas, altas, de silueta artística, habrá gracia en la charla y los ademanes, habrá modistos estupendos y la vida será ligera y grata. Un país en que se come cocido, va a su ruina: los hombres se llamarán «ninchi» y las mujeres gastarán mantón. Luego, en una plaza de toros, cuando un torero, harto de gazpacho, haga rodar una res, el pueblo pensará en comerse al bravo animal con garbanzos y tocino al día siguiente.

La Bombilla

Confieso que el baile fue siempre una de mis debilidades. Yo he sido un formidable bailarín, pero de los bailarines trascendentales que danzan con la misma consecuencia de quien estudia. Creo que tiene más importancia bailar bien que escribir una novela.

Dentro de los diversos bailes yo tengo —claro está— mis predilecciones; me fastidia por grotesco el «doble paso» inglés, y me enamora el pasodoble español y el chotis. ¡Oh, el chotis!… El chotis es lo litúrgico dentro del baile.

Así, cuando un amigo, fervoroso devoto de los Madriles, se ofreció a guiarme en una tarde de Bombilla, acepté. Mientras nos llevaba el tranvía, iba ponderando él las excelencias de la modista madrileña.

—Verá usted qué agudeza y qué gracia «se traen». No hay comparación con nada… Estas muchachas son, a su manera, de un ingenio, de una espiritualidad… ¡Verá, verá!… Sepa usted también, que la Bombilla es la Universidad Central del chotis.

Pasamos los arrabales de Madrid, pasamos San Antonio de la Florida, vimos la sucia y exigua cinta de agua del Manzanares. Los merenderos presuntuosos o humildes, se alineaban a un lado y otro de la carretera polvorienta. A la derecha la fronda de la Moncloa, a la izquierda unos montes lejanos donde los olivos ponían su nota obscura.

—¿Vamos al «Campo de Recreos»?

—Vamos.

Y echamos a andar por las carreras enarenadas del merendero, entre las murallas de mirto. La multitud hormigueaba en los senderos. Había rostros alegres de modistas: rostros de criadas, de cocineras, con ese gesto de estupor que pone en ellos el verse en pleno disfrute de libertad. Los estudiantes y los horteras paseaban, gritaban, engullían cerveza y patatas fritas. En un amplio salón, las parejas, una masa compacta de parejas, intentaba bailar.

Mi amigo propuso:

—Primero vamos a «ver juego».

—Muy bien.

Y nos sentamos a beber un «bock». Mi amigo escrutaba en los grupos de muchachas, guiñaba un ojo, decía un chicoleo al paso de una mujer. Yo, hombre tímido, lo admiraba. Al fin, me tocó con su codo:

—Fíjese en esa mesa de al lado. Vamos allá.

En la mesa de al lado había dos jóvenes medio envueltas en mantones de alfombra y una joven relativa que amparaba un flemón con un pañuelo negro; más que venda —tal era el flemón— el pañuelo parecía hacer las veces de andamio. A mí, francamente, me intimidaron. Mi amigo me cogió del brazo y me arrastró hacia allí.

Conque va, y se inclina sobre los hombros de las muchachas, y silabeando mucho las palabras saludó:

—Pero que muy buenas.

Silencio.

—Son ustedes dos señoras que cercenan la «tete».

Silencio.

—¿Se va a poder saber qué vamos a tomar juntos nosotros?

Y la más delgada replicó, sin volverse:

—Horchata.

—Esto es una ironía —dije yo para mí, y tiré de la chaqueta a mi amigo.

Pero mi amigo no se había inmutado. Seguía hablando:

—Las hay que son cálidas. ¿Hacen unas patatitas? ¿Podemos ocupar estas dos sillas vacías?

Y la delgada:

—Están comprás…

—Pues mire usted, aunque en cuestiones de dinero soy algo enteco, pujo más.

La señora del flemón mayó.

A mi amigo el maullido le hizo ciertas cosquillas. Miró a la señora.

—No había reparao. Si es que le está saliendo otra cara por ese lado, le doy mi enhorabuena. Siempre irá usted ganando, señora.

La señora, debajo del flemón, volvió a mayar. Pero mi amigo tornó a su charla con las jóvenes.

—Que aquí donde ustés me ven soy un castizo de verdad…

Y la más alta, seria, seca, dejó oír su voz:

—Lo que es usted es un sinvergüenza. Y no sé si ha reparao que hace quince minutos que está molestando.

—Oiga usted…

—¡Bueno, que eso!

Yo, francamente consternado ya, tiré con todas mis fuerzas, de mi amigo. Mi amigo buscaba una frase «castiza» y no la encontró. Se dejó arrastrar a regañadientes. Comenzó a indignarse, protestó, injurió a media voz, ya lejos. Al fin recobró su calma.

—Bien, no hay nada perdido. Eran tres monstruos. Venga usted a aquella otra mesa. Verá usted allí…

Pero yo hice un gesto de pena. ¡Caramba! Qué lástima… ¡Era tan tarde!… Si no tuviese una ocupación en Madrid… Otro día, si no se opusiese que hacer. En fin…

Y hui de la Universidad Central acobardado.

El Cafetín

¡Tan juguetona, tan inquieta es esta Mimí!… Cuando esta noche terminó su quehacer en el teatro quiso venir con nosotros a pasear por Madrid; y dio unos saltitos de gozo. Mimí es pequeñita, sus ojos no son más que dos chispas de luz, sus labios están recubiertos de carmín. Va por el mundo como un pájaro entre espejos, tropezando aquí y acullá, alegremente, toda llena de joyas que son también chispas de luz. Ahora se engarzó en medio de nuestro grupo y, bajo el cielo sereno y frío de esta noche que no recuerda la Primavera, echamos a andar.

—¿Adónde vamos, Mimí?

Mimí no lo sabe. Primero piensa en el «Ideal Room», después en «Los Gabrieles», luego en una chocolatería. Pero sigue andando sin decidirse aún. En las calles donde ya no suena el estrépito de los tranvías, su risa y su voz de niña deben llegar hasta dentro de las obscuras casas donde duermen ya, hace un largo rato, los comerciantes, los empleados, las madres de familia… Ella está contenta porque el

paseo se le antoja una traviesa escapatoria. De pronto se detiene ante una tiendecita iluminada:

—¡Aquí; entremos aquí!

Es un cafetín misérrimo, en una calle transversa. Alguien opone un reparo. Pero Mimí empujó ya la puerta cuyos cristales están manchados de tiza. Uno a uno, pasamos. En la estancia estrecha y larga, las mesas de mármol desconchadas se alinean en dos filas. Corre junto a las paredes un banco ennegrecido: algún taburete está patas arriba junto a ellas. Al fondo, en una ancha caldera, se fríe la dorada masa de los buñuelos. Sobre el mostrador se alza casi hasta el techo, la enorme marmita contenedora del «recuelos

Hay gente en el cafetín, pero toda ella nos ha mirado, sin curiosidad, sin moverse, con el aire de quien está fatigado por una enorme fatiga, de quien tiene sueño y hambre a la vez. Un mocetón duerme apoyado en el muro; sus pies sobresalen media vara por bajo la mesa en la que está vacío su vaso de café. En otro banco, un hombre delgado, de barba descuidada, abismado el mentón en el subido cuello de la chaqueta parece meditar. Hay un vidrio roto y entra un frío sutil. Poco a poco Mimí ha ido bajando la voz, como sugestionada por el general silencio. Llegaron una anciana y un joven pálido, de adecentadas ropas y ahora consumen su café en un rincón.

De pronto, la puerta se abre y entran en ringlera cinco niños. Cinco niños vestidos de jirones, con caritas sucias, con naricillas enrojecidas por el frío. El mayor tendrá doce años, el más pequeño, dos. Las otras tres son mujercitas de ocho, de seis, de nueve años. Los flecos del pelo les caen sobre los ojos. Entran sonriendo como complacidas por la idea del banquete. El grupito infantil se sienta frente a nosotros. Fue preciso que el mayor cogiese al más pequeño para sentarlo en el banco.

Todos hemos enmudecido, como si algo solemne y grave ocurriese en el local. El hermano . mayor pidió:

—Cuatro cafés. Para éste un vaso de leche.

Y señaló al menor. Una niña extrajo del pañuelo mendrugos de blanco pan; a cada uno le tocó un trozo pequeño. El mayor lo repartía, dividiéndolo con sus manos ennegrecidas y trabajadas ya. Comían con avidez. Él atendía al chiquitín, desmigajando sopas en la leche, sonriéndole con su ancha boca. Cuando la última gota del líquido fue trasegada, el diminuto ser chasqueó golosamente los labios y pasó la lengua en torno de ellos, ávido aún.

—¡Eh! —llamó Mimí al mozo, misteriosamente—; deles usted más leche y churros; los que puedan comer.

El mayorcito contaba ya el dinero para pagar. Cuando lo rehusó el camarero, nos miró. Mimí le sonreía.

—Gracias —dijo y le llegaba la boca, al sonreír, de oreja a oreja—. Gracias.

Y Mimí inquirió:

—¿Sois hermanos?

—Sí, señora.

—¿No tenéis casa?

—Sí; vivimos en el barrio de Toledo. Pero es muy lejos para ir a estas horas. Hemos estado en la Puerta del Sol, a ver si caía algo.

—¿Y tu padre?

—Está en Colmenar; hoy tuvo allí una chapuza. Es albañil y yo le ayudo también o trabajo en los tejares.

—¿Vais a dormir aquí?

—Sí, señora.

Los demás comían hundiendo los churros en la leche, indiferentes al interrogatorio. A su lado, el hombre de la barba áspera los miraba atentamente. Y aquel afán de hambrientos debió de acicatear su hambre más aún, porque puso diez céntimos sobre la mesa y pidió otro café. Lo sorbió con ansia. Al pasar junto a la mesa donde el mocetón dormía, el mozo hizo resonar sobre el mármol, estrepitosamente, una bandeja de hoja de lata. El mocetón despertó sobresaltado; miró a todos con ojos enrojecidos, idiotizados por el sueño. Rebulló. Volvió a hundir el rostro en la sucia bufanda. El mozo sonrió cruelmente.

De bruces sobre la mesa, el chiquitín se había ya dormido. Grave, paternal, el mayor le amparaba con su brazo. Mimí acarició la sucia mejilla del durmiente.

Y lloró. Rompió a llorar, de pronto, presa de una honda angustia ante aquella iniquidad y ante aquel abandono. Lloró —una vez en su vida— como lloran las madres. Serios, tristes, parecíamos nosotros querer llorar también. El padrecito de doce años nos miraba un poco desconcertado…

Tupi-Dansant

El café está en un sótano. Hay que bajar veinte o treinta peldaños de una escalera de hierro para encontrarse en el salón. Las paredes están pintadas de azul, y de verde el zócalo de madera. Algunos espejos devuelven el reflejo de las lámparas, constantemente encendidas. Generalmente, la clientela es escasa y las lindas camareras no tienen que sufrir rudos ajetreos para atenderla. Hoy, no obstante, hallamos que el café tiene un aspecto de animación extraordinaria. De un rincón han desaparecido las mesas y en el lugar que ocupaban se alza una plataforma con unos atriles.

—¿Qué ocurre aquí, Trini?

Trini está sentada ante una de las mesas de su turno, inactiva y mustia, con cierto ceño en la cara graciosa. Las demás camareras —contra la costumbre que impide que puedan sentarse junto a los parroquianos— charlan en los grupos y beben y se agitan sobre sus sillas. Unos mozos van y vienen con servicios, sustituyéndolas; todo esto es tan desusado que volvemos a interrogar:

—¿Qué ocurre?

Y Trini apenas despega los codos del mármol.

—Pos ya lo están viendo. Que ahora nos ha dao por el supertango.

Y da suelta a toda su indignación. El dueño del café, para atraer parroquianos, ha decidido que una murga toque todas las noches desde las once y media, y que las camareras, en vez de servir, bailen.

—Lo cual que ya no se gana ni pa las suelas.

Esto, en opinión de Trini, no es formal. Trata de hacernos comprender lo horrible que resulta para una muchacha que nació para repartir «bocks» y bocadillos entre los parroquianos, ver que de repente se le trunca el destino y se la consagra a bailar todas las noches, privada de propinas.

—Como que no podemos resistir. Yo ya no sé dónde tengo los pies, y la Teles se ha dao de baja por enferma. ¡A ver!… Métale usted quince polcas en el cuerpo a una mujer que está de cuatro meses… Y que hay tíos de éstos que laminan. Anoche llevé yo en la espalda la señal de una mano y en el pecho la de dos botones de americana, marcaos a presión. Ná, que si la cogen a una comiendo una aceituna, mientras no acaba el baile no pué bajar el bocao de la garganta.

Detrás de nosotros, en la mesa contigua, un hombre flaco, picado de viruelas, con una corbata color salmón y una gorra echada sobre los ojos, comienza a gritar. Discute con una camarera gorda y desmoronada. Él ha querido bailar con la de otro turno y la de otro turno se ha negado, porque nuestro hombre no sabe dar vueltas de tacón y, además, se resiste a convidar a manzanilla. La camarera gorda intenta consolarle.

—Es que ésa se da postín de castiza, ¿sabes tú? Se almidona las medias de puro chula.

El hombre despide el cigarrillo de un papirotazo; saca un puño sucio fuera de la manga, en un ademán así como si fuese a dar un golpe, y arguye:

—Pos si ella se almidona las medias de puro chula, pues decirle que yo me saco raya a los calzoncillos. ¡Conque… a ver!…

—¡Ele! —agrega la gorda, muy seria, como apoyando la extraña manifestación de su parroquiano, al que visiblemente trata de atraer.

—Pero yo que tú, no volvía ni a saludarla, porque no es la primera vez que ella le va con cuentos a su novio y ya sabes cómo las gasta el angelito…

Entonces, el hombre flaco, ante el prudente consejo, rompe a mayar desatinadamente, como un gato en Enero. Algunos parroquianos le miran; un hueso de aceituna bate en su corbata salmón. El hombre, con una expresión afectadamente tristísima, continúa mayando.

Pero, de pronto, el salón se llena de estrépito. Es la murga que ha comenzado a atacar la polca de *El amigo Melquíades.* El espacio libre entre las mesas se llena de pronto de parejas que pasan bailando gravemente con esa seriedad y ese mutismo de recogimiento que sólo tiene el devoto de la danza achulapada. La melancólica Nati también baila. Nati no tiene otro encanto que unos grandes ojos. Suele administrarlos

románticamente, fingiendo cierto «spleen» y suele también pedir prestadas novelas que no se sabe si lee alguna vez, pero que está comprobado que vende a los libreros de viejo. Ningún parroquiano podía soñarla bailando un «schotis», pero la triste realidad se le impuso.

Sin embargo, la rebelión estaba ya latente aquella noche. Trini dio la señal de resistencia.

—¿Damos unas vueltas? —le preguntó alguien.

—¡Ay, no señor, que me mareo! —replicó con sorna.

El jefe del mostrador le dirigió una mirada de reojo. Al día siguiente las camareras se marcharon en busca de un café «más formal». La gorda, no obstante, se declaró esquirol y sigue dando vueltas todas las noches como una peonza gigantesca.

UNA PLAYA DE MODA

San Sebastián-Paisajes

El sol, rojo, sin fuerza ya, velado por la calina, tiene, Iludiéndose entre los dos montes que guardan la ensenada, un prestigio de cuartel heráldico. Cuando desaparece, aun lucha mucho tiempo la luz con las tinieblas. Un itsmo de sombra une primeramente la isla de Santa Clara con el Igueldo, se obscurecen los montes, pero el agua quieta de la bahía conserva una extraña luminosidad, como si en su interior estuviese naciendo la luna. Un barco de cabotaje es una negra y plana silueta sobre el mar. Un marinero mira desde la borda, inmovilizado por la honda sentimentalidad del instante. Primero, oyó el rumor confuso de la ciudad y los agudos chillidos de los pequeñuelos que corrían sobre la arena de la playa; vio el ir y venir de las gentes por el paseo de la ribera. Después la sombra de los tamarindos creció, y los paseantes se sumieron en ella misteriosamente. La playa está silenciosa también. Ese recogimiento que en los anocheceres llega del mar y baja de las montañas, pasó por encima del agua y de la tierra con un dedo erguido ante sus labios.

Pero, súbitamente, las luces de la ciudad se han encendido. En lo sumo de Igueldo, el Casino es como una hoguera. Diríase que allí han nacido todas las lucecitas que ahora alumbran la población; nacieron y bajaron en doble hilera por la pendiente del monte, y siguieron por el paseo de la Concha y se agruparon después en el Gran Casino, y continuaron hasta los muelles, hasta la falda del Urgull. Y una de las luces, romántica, fue a aislarse entre la fronda de Santa Clara. Y otra se detuvo en el barco negro e inmóvil, y está temblando su reflejo en el mar.

Castillo de leyenda

Desde cualquiera de estas rocas del monte Ulía, que hablan con sus nombres noveleros a la fantasía del paseante —la peña de los Balleneros, la peña del Águila—, se ve el faro que vigila la entrada del puerto de Pasajes. El faro está en lo alto de un cantil negruzco, aguzado, casi perpendicular a las aguas, liso y hosco, sin un saliente en el que haya podido crecer uno de esos árboles que gustan de inclinar sus copas sobre los abismos, ni aun una mata que esconda los nidos de las aves del mar.

El faro semeja un castillo, el castillo de una leyenda contada en los versos de Ariosto. Estas aguas desiertas e infinitas, grises ahora bajo el cielo gris, serían el obscuro mar misterioso, en el que a veces blanqueaban las velas de la nave de la aventura, que no debía volver; el obscuro mar, lleno de visiones, donde se mojaba el extremo de la larga túnica de los fantasmas. En la pulida roca pudo estar encadenado

el desnudo cuerpo de Andrómeda, y el monstruoso guardián debió de frotar en este mismo granito las escamas impenetrables de su piel. Nosotros hemos contemplado en algún dibujo de Doré este paisaje: el castillo subía más allá de las nubes, un guerrero se apoyaba en su lanza, y en una almena asomaba el brazo de una horca; en la lejanía, más alto aún que el castillo, acercábase el hipogrifo libertador, con las alas tendidas. Y en el mar, plano y negro, la desolación de una soledad temerosa.

Un rincón del monte

El caminito alto del monte Urgull es un camino de enamorados. Se llega a él por unas calles angostas, cuyo suelo forma escalinata: las únicas calles pintorescas de San Sebastián. Hay luego unas viejas murallas, y después, árboles y maleza. Una cabra asoma su testuz diabólica al sentir pasos, o transcurre por el mismo sendero el rebaño de bueyes pensativos, de bermejo color.

En los pretiles se sientan los novios, mudos, mirando al mar. Ella ha gritado, porque el vaporcito de Pasajes, que corre allá abajo, diminuto, pareció hundir en las aguas su proa tajante…

El camino pasa junto a unas tumbas. De pronto, las descubre la mirada, medio escondidas entre hierbas y rocas, conservando apenas inscripciones que fue borrando el tiempo. Son sepulcros de soldados ingleses. Han sido grabados sus nombres en la misma dura piedra del monte, y se quiso que ella contase para siempre la hazaña en que entregaron sus vidas. Pero frente al infinito del mar, el viejo Urgull encontró demasiado presuntuoso el afán humano, y su musgo royó las lápidas, y su humedad derribó las cruces de madera. Poco a poco, el monte va engullendo las tumbas. Y en aquel recodo del camino no hay ya más melancolía que la dulce melancolía de los ocasos.

El misterio de Vanderbilt

Una de las legítimas ilusiones del veraneante en Donostiya fue, hace un par de años, conocer a Vanderbilt, de cuya presencia en la ciudad daban noticia los periódicos. Cuando, a nuestro regreso en Madrid, hablamos de la suave cabellera de los tamarindos y de las puestas del rojo sol entre monte y monte, y de las bulliciosas tardes de la Terraza, nuestros amigos nos prestan escasa atención. Certeramente, hemos sospechado que si la Fortuna nos deparaba ocasión de poder hablar de Vanderbilt, de poder narrar una anécdota del famoso multimillonario, nuestro prestigio en el corro de oyentes se acrecentaría hasta lo sensacional. Así, en la playa, en la Avenida, en el Casino, donde la muchedumbre bulle y donde los elegidos se retraen, nosotros hemos preguntado ansiosamente:

—¿Cuál es Vanderbilt?… ¿Está aquí el señor Vanderbilt?…

No. El señor Vanderbilt no estaba allí, nadie sabía quién era ni cómo era el veraneante opulento. Todo el mundo se ocupaba de él; se comentaba con pena la muerte de dos de sus caballos; se hablaba con sentimiento de su decisión de llevarse sus cuadras sin esperar al final de las pruebas… Se decía en todas partes: «¡Vanderbilt!…» «¡Vanderbilt…!» Pero ojos humanos no han visto a Vanderbilt en la capital donostiarra.

Vanderbilt no alquiló —como afirmaron los periódicos— el primer piso del Hotel Cristina; Vanderbilt no estuvo en las carreras, ni se bañó en la playa, ni puso un fajo de billetes sobre un número de la ruleta, como vemos que hacen todos los millonarios en los folletines. Acerca de Vanderbilt circulan muchos rumores y muchas noticias que nunca tienen confirmación, y cuyos orígenes misteriosos se ignoran. Intentemos levantar una punta del velo.

Nadie puede ignorar que la atracción del veraneante es la principalísima preocupación de Donostiya. Todos los demás aspectos de su existencia giran alrededor de éste y a él se refieren. Las calles, las casas, los teatros, la playa, y el mar y los montes, parecen estar aquí para disfrute del turista estival. Se tiene la impresión de que, en invierno, son desguazados los tranvías, los propietarios de cafés guardan a los mozos entre algodones, y el mar, y las montañas y la población entera, tan cuidada y tan limpia, son cubiertos por una gran funda impermeable. Para el régimen de esto y para acrecentar de continuo las bellezas de la población, funciona un organismo benemérito: el «Sindicato de Iniciativas». Aparentemente, el Sindicato de Iniciativas es una humilde agencia que facilita, sin ánimo de lucro, detalles de «chalets» amueblados y tarifas de fondas. Esto hace que algunas gentes le concedan poca estimación. Pero, en realidad, el Sindicato es una formidable masonería, con estatutos secretos, a la que pertenecen todos los vecinos de San Sebastián. El deber del asociado es la apología constante y temática del estío donostiarra, con exclusión de todo otro estío. Y el asociado cumple animosamente este deber.

Si vuestro espíritu gusta de la observación, podréis comprobar nuestras afirmaciones. Ocurre, por ejemplo, que habéis llegado a San Sebastián en uno de los pocos, pero fuertes días de calor que hemos padecido. A vuestro lado camina el mozo de cuerda, aplastado por el baúl. Su rostro se ha puesto escarlata; vais andando bajo el duro sol; recorréis cien metros; el mozo jadea; cien metros más; el mozo abre toda la boca para aspirar el aire abrasado; otros cien metros; los ojos del infeliz se extravían; se advierte que aquel hombre, consciente de sus deberes de donostiarra, hace terribles esfuerzos para no sudar… Otros cien metros… entonces, el sudor brota en su faz como el agua del Lozoya en las calles de Madrid cuando las cañerías se rompen. El desdichado se da cuenta de su falta —él es un miembro del Sindicato—, y, mientras enjuga su rostro, dice, para atenuar el mal efecto:

—¡Gran Dios, deben estar abrasándose en Santander!

Porque, aunque el donostiarra conoce la gran superioridad de su estación

veraniega sobre la de Santander, no le perdona a éste su intento de disputarle la hegemonía. Vosotros podéis tener la terrible desgracia de encontrar una chinche en el cuarto de vuestra casa de huéspedes.

Aun en la más pulquérrima de las ciudades puede ocurrir esto. Entonces os lamentáis a un conocido. El conocido —donostiarra— os mirará severamente:

—¿Comprobó usted que se trataba, en realidad, de ese insecto?…

Y cuando afirmáis, inquiere aún:

—¿Qué señas tenía?…

Al fin, cuando sucumba a la veracidad del relato, afirmará:

—Ese bicho no era de aquí; ese bicho ha venido de fuera.

Adivináis que el entusiasta miembro del Sindicato ha pensado en Santander. Un cónclave de envidiosos decidió empañar la limpia fama de San Sebastián. Como Júpiter mandaba a su águila, los envidiosos enviaron aquel repugnante insecto. El buen afiliado ve, en su imaginación, a la chinche salir de la ciudad competidora, caminar apresuradamente por las blancas carreteras, vacilar para orientarse en una encrucijada: seguir después, tenaz, decidida, sin detenerse ni a contemplar las bellezas del paisaje, para llegar, al fin, a la bella Easo y cumplir su misión desprestigiante y morir luego heroicamente hinchada de aguarrás, pero con la sonrisa del fanático en su ávida boca.

Pues estos hombres del Sindicato son los que hacen circular las noticias acerca de Vanderbilt. Ellos sabían cuánto había de influir en el espíritu de los indecisos la esperanza de ver a Vanderbilt, de admirar a Vanderbilt, de codearse con Vanderbilt, acaso de hablar con Vanderbilt… Entonces hicieron gemir las prensas y dieron la consigna a todos sus afiliados. Unánimemente os asegurarán que el multimillonario estuvo aquí entre nosotros. Pero nadie lo ha visto y nadie lo verá, porque el señor Vanderbilt —oídlo, en secreto, para que la venganza del Sindicato no me persiga—, el señor Vanderbilt es una invención de esta Sociedad masónica de iniciativas, que viene urdiéndola cautelosamente desde hace muchos años…

Existencias en caja

Todos los días San Sebastián hace la cuenta de los viajeros que entran y de los viajeros que salen. Todos los días esta cuenta se publica en los periódicos con escrupulosidad invariable y en una forma característicamente comercial.

Podéis leer: «Ingresos, tantas personas; salidas, tantas otras; existencia anterior, tanto. —Total, cuanto». Al despertar, todo buen donostiarra lee este balance antes que las noticias de la guerra, antes que los comentarios políticos, antes que las referencias del más sensacional de los sucesos. Lo lee y se frota satisfactoriamente las manos:

—¡Esto marcha bien!…

Nunca lograréis asombrar a un donostiarra con vuestra presencia en la Concha o

en el Boulevard. Podéis llegar inesperadamente de los antípodas, pueden haberos dado por difunto los periódicos. Es igual. El donostiarra os verá surgir ante él en cualquier momento, y, sin que se conmueva un solo músculo de su cara, sin que Su voz tenga el más ligero matiz de extrañeza, como si os hubiese visto ya la víspera, os tenderá su mano y os dirá:

—Hermoso tiempo, ¿eh?… ¿Ha visto ya cómo adelantan los trabajos de la carretera del monte Urgull?…

Y esta sencilla frase quiere decir:

—No he dudado nunca de que usted cumpliese honradamente con el deber que todo el mundo tiene de pasar el verano en San Sebastián.

Los que gritan, los que se contorsionan al divisaros, los que abandonan la terraza del café para correr a vuestro encuentro y abrazaros con la misma emoción que si os hubiéseis hallado en California, son precisamente vuestros conocidos de Madrid con quienes habéis paseado la víspera por la Carrera de San Jerónimo. El donostiarra, no. Para el donostiarra, que hace vuestro aforo, que os suma y os resta, que tiene abierto un «Diario» y un «Mayor» en el que figuráis convertido en una unidad, venís a ser algo así como un artículo: como es un pan en una panadería o un barril de vino en una bodega. No hay diferencia para la exactitud de la comparación sino que el barril y el pan están quietos. Y vosotros sois artículos semovientes, que vais de aquí para allá, sonreís, charláis, suspiráis ante el mar y paseáis en el Casino, todo bajo la mirada cuidadosa y atenta del «Sindicato», que —así como un labrador persigue al «mildew» de sus viñas y al «cornezuelo» de sus cereales— se encarga amorosamente de que sean expulsados los «apaches», de que los automóviles no puedan atropellaros a gran velocidad, de que no os envenenen con alimentos adulterados, de que un gran orden y una gran compostura os suavicen la que pudiéramos llamar permanencia en Caja, Y como los gerentes de los hoteles, que lo rigen todo desde una alta banqueta, ante un pupitre lleno de libros, sin que se les ocurra sentarse a la mesa de sus huéspedes a engullir el tentador puré o la engolosinante langosta, así el donostiarra se mezcla poco en las diversiones de sus visitantes. Desde lejos él mira con callado gozo cómo invadís la balconada de la Zurrióla o del Urumea, para contemplar esos hombres que sostienen sobre las aguas, con perseverancia ejemplar, cañas en cuyo anzuelo jamás se agita la plata de un pez vivo; hombres pacientes, inteligentemente distribuidos por el «Sindicato» para dar al veraneante la idea de lo que es pescar en el océano. Desde lejos, mira regocijado cómo dejáis enfriar vuestro té en la terraza de Igueldo, absortos ante la eterna belleza del sol, que va a hundirse en los mares. Desde lejos saboreará vuestra emoción en estas calles típicas de Pasajes de San Juan, donde las viejas casas se bañan en líquido salobre o parecen nacer en la roca milenaria de la montaña; donde, en la húmeda sombra de los pasadizos, vivís un ensueño medioeval.

Y él sonríe, afectuoso, enorgullecido, íntimamente satisfecho por su último balance, en el que sois —no olvidadlo— una unidad de la suma. Un día os marcháis, y él coge su lápiz, en la soledad de su despacho, y os coloca debajo de la «existencia

anterior», y resta.

Alguna vez podrá ocurrir que el «Sindicato», con la misma amabilidad obsequiosa con que el gerente de un hotel indaga si el huésped tiene alguna queja, os diga, ya en el andén, cuando retornéis a vuestros lares:

—¿El señor va satisfecho del aroma de las brisas? ¿Ha advertido alguna falta en las puestas del sol?… ¿Tiene algún reparo que oponer al tono verde con que hemos decorado nuestros montes?

El «Sirimiri»

Frecuentemente, un cielo pizarroso entolda a San Sebastián. Es una sola nube, de un gris unánime, en la que el esfuerzo del sol apenas insinúa una ligera mancha blanquecina. Una luz igual, suave, un poco triste —esa luz que tanto amamos los hombres de las comarcas norteñas—, borra de las calles la sombra de los árboles y de las casas y de las macizas columnas de piedra morena de los porches. No ha llovido aún; pero cierta humedad ennegrece las baldosas y los sillares. Dentro de las viviendas, en los pasillos largos, en los rincones de las salas, nace misteriosamente una penumbra gris, que es como un jirón de la nube plomiza.

Poco a poco, lo sumo del monte Urgull se corona de bruma. Es como si una gigantesca ola se hubiese estrellado contra la montaña, y la espuma, rebasando la cima, se inmovilizase en el aire, pronta a caer en tumulto por la ladera que mira a la ciudad. Y, poco a poco también, resbalan los algodones de la niebla y se extienden, y abren sus copos y van tragando aquella casita blanca, y aquel pinar, y los muros de la Batería, y el verdor todo del monte.

De súbito, el aire se llena de polvo de agua. Pequeñas partículas bajan del cielo al suelo, suben de la tierra a lo alto, corren horizontalmente, se mantienen inmóviles, entran en los portales, en las casas, en los tranvías, danzan, vuelven, van, se entrecruzan, brillan como puntitos de plata sobre vuestra ropa y la tela de los paraguas, incoercibles, inapreciables, de tan varia inquietud y de tan encontradas direcciones, que llega un momento en que no sabéis si los átomos acuosos caen de la obscura nube o brotan del asfalto o de vuestros propios bolsillos.

Cuando el fenómeno ocurre, el donostiarra murmura apenas:

—Ya está aquí el «sirimiri».

Con la misma tranquilidad con que en Galicia decimos:

—He ahí el «orballo».

Pero el forastero de la meseta y del Sur queda desorientado bruscamente. El no puede afirmar de una manera rotunda que llueve; pero él se advierte categóricamente mojado. Su vacilación reviste diversas fases: primero, suele mirar a lo alto, receloso; después se sube el cuello de la chaqueta; más tarde, abre el paraguas; finalmente echa a correr, buscando un refugio. Esto es cuando el «sirimiri» tiene para él caracteres de

estreno. El veraneante que ya lo ha padecido más de una vez huye desde las primeras gotas. En la terraza del Casino, en los paseos del Boulevard, en la Plaza de Toros, el «sirimiri» provoca estas desbandadas. El forastero no puede determinar exactamente las condiciones del fenómeno, pero sabe que no hay defensa contra él; escapa con la duda en el alma y la humedad en el cuerpo, y en algún café donde buscó cobijo se sacude el polvillo brillante, como un perro que acaba de salir del agua.

Sin embargo, el «sirimiri» no deshace totalmente las fiestas: siempre hay un núcleo de paseantes que continúan dando vueltas, impertérritos, o de espectadores que permanecen como si nada ocurriese, en las gradas del coliseo. Son los donostiarras, los heroicos miembros del Sindicato, de que hemos hablado tantas veces ya en estos capítulos. El donostiarra brinda su «sirimiri» a la contemplación del forastero, como podría ofrecerle una contienda de «versolari» o algo de igual fuerza característica. Por regla general, procura convencerle para que no huya.

—Esto no es nada… «Sirimiri»… ¡Nada!…

Extiende la mano, recoge unas cuantas gotitas microscópicas y las aplasta despreciativamente con la otra mano, como para dar una idea de su inofensividad. El forastero insiste en ponerse a salvo. Entonces, el donostiarra reprime su impulso de agarrarle por la chaqueta, y le deja ir; pero él continúa paseando esforzadamente. Una vez, los periódicos de San Sebastián refirieron el caso de que varios veraneantes que se habían refugiado en un portal del Boulevard fueron expulsados de allí violentamente por el portero, que esgrimía un hacha. Se dijo que se trataba de un hombre singularmente iracundo. No. Ese hombre era, sencillamente, un buen donostiarra, que se propuso hacer un escarmiento ejemplar, «pro sirimiri».

El easonense, aunque su llovizna caiga un día entero, no se albergará en un portal. El easonense, heroicamente estoico, continuará en su sitio. Se le empapará la americana; no hará un gesto. Trepará la humedad por sus pantalones; como si no trepase. El agua correrá junto a su piel, y sonreirá amablemente. Llegará el «sirimiri» a su médula, y él aún tendrá fuerzas para ir saludando a todos los conocidos que vea tras las ventanas de los cafés, con su sombrero de paja reblandecido. Ya en la intimidad de su casa, al caer en el lecho víctima de un catarro bronquial, suspirará:

—¡Si, al menos, viviese hasta Octubre!…

Y ocurrirá que el Cielo no oiga sus suplicas, y, en el último estertor, reunirá a los suyos y les dirá con el postrer aliento:

—Me voy… Hice todo lo posible por aguantar un mes más, pero no puedo… Ya sé que quedo mal muriendo el 20 de Agosto; ya sé que fallecer en el verano es perjudicar los intereses y la fama de nuestro pueblo… Sin embargo, no puedo más, sinceramente os lo digo. No publiquéis esquelas en los periódicos, para no alarmar… Adiós… Disculpadme… con… el… Sindicato.

Las pulgas

Está bien, al hablar de San Sebastián, referirse a la Concha y al Casino y al lujo y a la ruleta y a todos los demás lugares comunes del perfecto cronista donostiarra; pero faltaríamos a uno de nuestros más elementales deberes si dejásemos en el olvido a las pulgas. Es imposible, para los que conozcan a San Sebastián, citar esta ciudad y no acordarse de las pulgas. Los que no han pisado esta tierra no pueden formarse una idea de lo que es ese insecto atacando en masa.

La pulga easonense tiene todas las características comunes y algunas más; se singulariza por una voracidad insaciable, por una pérfida intención y por su poco vulgar inteligencia, que le hace distinguir el sitio donde más puede molestaros; los conocimientos que la pulga donostiarra tiene de la anatomía humana son sencillamente admirables.

Este diminuto animalito juega un papel importante en San Sebastián. Ustedes vienen aquí, se gastan un dineral en el viaje, otro dineral en la fonda, pierden en la ruleta del Casino los duros y en los «caballitos» de Igueldo las pesetas, ablandan sus energías en los baños de mar y, después, la poca sangre que les queda, se la chupan las pulgas. Aquí no las gastan menos.

El forastero, a la media hora de llegar, se frota disimuladamente una pierna con otra; a las dos horas, pasa frecuentemente sus dedos entre el cuello almidonado y la piel; a las doce horas, está casi desollado; luego, tras la copiosa pérdida de sangre, queda en el marasmo; entonces, los «croupiers» y los fondistas pueden hacer de él lo que gusten, impunemente. Ya es suyo. No tendrá fuerzas para resistir.

Por mucha resignación que se posea, por mucho que se esfuerce en pensar, al recibir el primer picotazo, que todos somos hijos de Dios y que tenemos igual derecho a la vida y que así como nosotros vamos a buscar nuestra subsistencia a las oficinas del Estado, así una pulga tiene derecho a venir a encontrarla en una de nuestras pantorrillas, toda calma llega a trocarse en iracundia. Y es que abusan. Nosotros, por nuestra parte, que no tenemos carnes abundantes ni mucho menos, nos avendríamos a llevar nuestra cruz y, bien sabe Dios que haciendo un esfuerzo, nos comprometeríamos a subvenir las necesidades gastrómicas de dos o tres pulgas; vamos, de un matrimonio con hijos, si éstos no eran muchos. Que viniesen a una hora determinada, que se fijasen en algún lugar que de común acuerdo designaríamos y allí que se hinchasen razonablemente. Creemos que no se puede hacer más por unos insectos que, al fin y al cabo, no los ha parido uno.

Pero, no, señor: vienen por docenas, por centenas, por millares; pican donde les conviene y, cuando se hartan, aún continúan a caballo de uno, le molestan, le irritan… ¡Hombre, eso ya es intolerable!

Salimos perfectamente limpios y enteros. De pronto, advertimos que una «troupe» de pulgas nos sube por las piernas. Con la práctica que ya hemos adquirido en los días que llevamos allí, sabemos poco más o menos su número, y hasta hay algunas a las que conocemos por su manera de andar o por su especialidad en el pinchazo. Una pulga que nos obsequió con su preferencia durante ocho días, mordía

en tres tiempos. Después desapareció. No sabemos qué ha sido de ella. Pero tenemos cierta satisfacción de venganza cumplida, porque como nosotros no andamos bien de los nervios, o las teorías del contagio son una broma tonta, o aquel desdichado insecto está a estas horas perdidamente neurasténico.

Bueno, pues siente uno la «troupe» y murmura:

—¡Vaya; ya están éstas aquí!

Y ¡zás! ¡zás!… van clavando sus aguijones y se ponen a sorber nuestra sangre; y uno quieto.

—Cuando estén hartas, marcharán —se piensa.

Pero no, señor; cuando están hartas, se ponen a pasear. Y después, se va aquel equipo y viene otro. Eso sí: no hemos visto animal de costumbres más desordenadas; comen a cualquier hora, de noche, de día, a las dos, a las siete, a las doce… Les es igual.

Entre los forasteros, el tema perenne es este de las pulgas. Cambiamos nuestras impresiones muy seriamente:

—¡Cómo están hoy!

Ya se sabe que nos referimos a los implacables chupópteros. Nuestro interlocutor contesta:

—¡Oh… están enloquecidas, tremendas!

—Yo supongo que es la humedad lo que las pone así.

—¡Qué sé yo, qué sé yo!… Estoy sirviendo ahora mismo un banquete de cien cubiertos en el muslo derecho y una comida íntima en el ombligo, y ando loco.

Los donostiarras, cuando nos oyen hablar así, se ríen afirmando que ellos no sienten las pulgas. ¡Claro! ¡Nos las azuzan!… Sabe Dios cómo pasarán el invierno; pero en el verano, en cuanto comenzamos a aparecer los de otras tierras, nos las echan, espoleándolas.

—¡Hala, que son «maquetas»!…

Y así está uno, echando de menos los remotos tiempos de nuestros antepasados los cuadrumanos, para rascarse a placer con veinte uñas.

Unas gotas de agua

El veraneante que no sepa lo que es pasar tres horas en la terraza del Casino, en una contemplación silenciosa, paciente y continua, puede decir que no ha saboreado uno de los más agudos placeres del veraneo. Por lo menos, ha faltado a la primera de sus obligaciones. El veraneante que sea disciplinado y formal, debe llegar a la terraza a las cinco de la tarde. Entonces, la explanada estará desierta, y todas las sillas alineadas con una escrupulosa regularidad. El veraneante debe tener buen cuidado de no alterar este orden; si por inadvertencia o por inquietud moviese una sola de las sillas y no volviese a dejarla exactamente en el sitio que ocupaba, tres o cuatro

hombres de calzón rojo y casaca azul fulminarán sobre él miradas de odio.

Nuestro hombre se dirigirá al balconcillo que corresponde al Boulevard y allí, mirando hacia la alameda, estará de cinco a seis cuartos de hora, chupando el puño de su bastón y «timándose» con los parroquianos del café Kutz, quienes a su vez en cuanto ingieren la cerveza, se consagran a la recíproca ocupación de mirar hacia la terraza del Casino. A las siete, el veraneante hará girar su silla y presenciará el paseo. Una vez y otra vez en girar de noria, mujeres hermosas, elegantemente vestidas, transcurrirán ante él, demasiado fugitivas, demasiado rápidas para su ansia de contemplación, como aquellas tres hadas que salieron de los tres limones encantados que abrió el Príncipe de las Torres Bermejas. ¿Os acordáis?… Surgían, lo miraban y, mientras el Príncipe, atónito, no acertaba a ofrecerles la copa de oro, desaparecían como una niebla bajo el sol.

En estos momentos, toda la belleza circundante desaparece. Ni un solo hombre de buen gusto ha visto, desde el comienzo del verano, cómo el sol de la tarde se hundía entre los dos montes de la boca del puerto; ni ha visto el súbito incendio de todas las luces de la Concha, ni el de aquellas otras que trepan por el Igueldo arriba, como si fuesen el trazo de un cohete, disparado hacia el cielo ya ennegrecido por la noche. Toda la atención, toda la insistencia ansiosa de la mirada está retenida en el plano de la terraza, sobre la que van y vienen, en una doble hilera sin fin, las mujeres hermosas.

Son los momentos de máximo interés los de este desfile de caras bonitas y de cuerpos airosos, la policromía de los trajes, el perfume de mujer, (mezcla de todos los perfumes que llevan las telas y la piel) el rumor constante de las charlas y de las risas, bastaría para justificar, si no hubiese otras causas, el viaje a la capital donostiarra.

Y he aquí que alguna tarde, en el instante de mayor concurrencia, cuando dentro del marco que las sillas formaban no cabía ni una persona más, cayeron de lo alto de la noche entoldada de nubes unas suaves gotas de lluvia. Fue un instante de susto. Como en una de esas confusas figuras de ciertos bailes en que las parejas se entremezclan al son de una música precipitada, y queda aparentemente quebrantada la armonía de las actitudes, así deshiciéronse los grupos y el cordón de gentes se rompió por cien sitios y cada cangilón de la noria se independizó, y cada damita hermosa y bien vestida corrió hacia el lugar donde la grave mamá, ya en pie, se inquietaba con una mano extendida para comprobar la cantidad de agua que había podido caer sobre el sombrero de su adorable retoño.

Y en un abrir y cerrar de ojos, la terraza quedó desierta. En nuestro rincón, fruncimos el ceño. ¿Cómo se entiende?… ¿Es que el Sindicato de Iniciativas se ha descuidado hasta el extremo de que pueda llover?… ¿Estas mujeres hermosas han de estar refugiadas en las habitaciones de su hotel, fuera de nuestra contemplación admirativa?… Nosotros mismos ¿hemos de vernos condenados a languidecer en los cafés de Donostiya, mientras fuera cae tenazmente la lluvia?…

Pero no. De pronto, las gotas cesan de hacer surgir en el piso de cemento de la

terraza las manchitas obscuras de su contacto. Ya no llueve. El Sindicato de Iniciativas ha acudido a tiempo. Nos admira no ver aparecer ahora al presidente, explicándonos a los veraneantes: —Señoras y señores: El Sindicato tiene que pedir perdón por esta falsa alarma… Se trata de un descuido del vocal de guardia, que ya ha sido severamente amonestado… El Sindicato promete que esto no volverá a ocurrir… El Sindicato es una entidad que sabe las consideraciones y los respetos que merecen los señores veraneantes y no dejará que la más ligera nube…

Monólogo de un jugador

—Este juego de la pelota que lanza el «croupier» como se lanza la bola de la ruleta y que después oscila en las diversas concavidades donde figuran los números y el color, es el más terrible de los suplicios. Está inventado para que todos los que incurrimos en la candidez de aventurar en esta mesa nuestro dinero, padezcamos del corazón. He ahí la esfera de caucho, que ya comienza a ir y venir sobre las depresiones. Hagan los cielos que se detenga en el 3, al que jugamos nuestras cinco pesetas!… Ahora está en el 9… Ahora baja hacia el 4… ¡El 3!… Vacila, rueda aún… ¡Si pudiese uno clavarla ahí de un puñetazo!… Ya no vacila: se ha quedado definitivamente en el 6. Nuestro duro marchó a reunirse con los anteriormente perdidos.

En verdad, no se comprende cómo hay quien venga a pasar el verano a San Sebastián. ¿Es esto veraneo?… La vida es más agitada que en Madrid; hay más gente en el Boulevard que en la Carrera de San Jerónimo; tiene uno que levantarse a las diez para ir a la playa; este mar de la bahía es tan apacible como el estanque del Retiro; cierto es que no hay que ir a la oficina; pero, en cambio, estas emociones de la pelota, que no acaba de decidirse a quedar en el número deseado, lograrían minar la salud de un luchador de la greco-romana. ¡Oh, la aldea, la dulce paz campestre, las gentes sencillas, el reposo espiritual que procura el «tute» en los largos ocios familiares!…

Naturalmente. Debimos de haber caído en la cuenta de que en este casino es imposible ganar. Uno de los dos porteros de la entrada, el que miró nuestra tarjeta es tuerto. La Compañía tiene ahí a este hombre a propósito, para hacernos maleficio: es un ardid de mala ley; las autoridades debían preocuparse de estas cosas. Para colmo de males, se nos ha olvidado aquella monedita mellada… dicen que las moneditas melladas dan buena suerte, y puede ser. ¡Ocurren a veces tan extraños fenómenos!…

Esta gente que está alrededor de la mesa no es nada grata; el hombre de cabello color de es topa, escuálido, con redondos lentes de aro de concha en la punta de la nariz, que va anotando todas las jugadas en una cartulina, es un maníaco: todos los días lo vemos así; todos los días pierde. Y esa joven que aventura de cuando en cuando una peseta, bajo la mirada codiciosa de su mamá… ¡Vamos!… ¿no es un

espectáculo protervo?… Después se enamora usted en cualquier parte de una mujercita de estas, que se le antoja un serafín, y está harta de levantar muertos. ¡Uf! … ¡El 9, el 1, el 3!… ¡Otro duro perdido!

Lo intolerable es que esta señora centenaria que está a nuestro lado no yerra golpe. ¡Hay que ver!… Tres plenos seguidos… Ya tiene billetes ante sí y un puñado de plata… Quisiéramos saber para qué gana dinero esta vieja ridícula, que no podrá ingerir más que caldos, ni ir al teatro a ver los bailes rusos, ni gozar ninguno de los placeres de la vida. ¿Qué falta le hace a ella ganar?… Seguramente viene a reunir dinero para su panteón; y, si es así, puede darse prisa.

¡Azul!… ¡Gracias a Dios que hemos acertado una vez!… Y otra… Ese pleno del 7, es nuestro… Verdaderamente, esto de la pelota procura emoción; pero es una emoción placentera… El dinero del 5… aquí… Y el verano en San Sebastián es agradable; ve uno a todo el mundo «chic», lo ven a uno… Además, este encanto del océano no se paga con nada; la bahía tiene toda la belleza de un lago; ni hecha a propósito podría ser más hermosa ni poseer esa serenidad del agua quieta. La vida del campo… sí… tiene sus atractivos… pero es sosa, ¡oh! se aburre uno como una ostra embarazada.

Otro pleno. ¡Ea, ya ha cambiado la suerte!… ¡Qué tontería fue pensar que el portero!… Es inexplicable que haya gentes supersticiosas que crean semejantes patrañas. Gran desgracia es ya la del infeliz con no ver más que por un ojo. Al salir, debemos darle una propina. Nuestro corazón está lleno de piedad para él; para él y para este buen hombre de pelo de estopa que hace garabatos en su cartón. En estas últimas jugadas no hizo apuestas. Debe de haber perdido todo su dinero; también a él le daríamos ahora unas pesetillas, si no se hubiese de ofender. ¡Pobre! ¡Con tan persistente desacierto, con una cabellera de color tan horrible!… ¡Pobre!…

¿Me hace usted el favor de acercar esos duros del 5?… Muchas gracias. Marcha bien esto. ¡Pensar que hay quienes hacen campañas para que se supriman los juegos de azar!… Y las autoridades les atienden. No hay autoridades. Quisiéramos saber qué inmoralidad puede haber en esto. Esa misma jovencita que apunta de vez en cuando una peseta, ¿no perfecciona de esta manera su educación?… Las alternativas, los sobresaltos de las jugadas le enseñan a conocer el valor del dinero, las angustias que se sufren para ganarlo. Hoy o mañana, cuando se case y su marido le entregue el sueldo del mes, pensará en los sudores que le costaría acertar los plenos de a peseta precisos para completar la suma que recibe, y le abrazará conmovida y cariñosa. Si alguna vez tenemos hijas, las traeremos a apuntar al Gran Casino.

¡Rojo!… Seis duros más. La viejecita jugaba también al rojo y ha ganado. ¡Venerable señora! ¡Qué expresión de bondad es la de su rostro y qué bien le sientan esas arrugas!… Quizá juega para distraerse de recuerdos amargos. Nada podría confortar nuestro espíritu como el espectáculo del mimo con que la suerte acaricia a esta anciana.

Aunque no hubiesen de servirle esos duros más que para su propio panteón, ¿por

qué no ha de tener un mausoleo?… Sería conmovedor que en verdad destinase a eso sus ganancias. ¡Respetable señora!… Voy a colocar estas veinte pesetas al lado de su postura en el 6. ¡Dios Todopoderoso, continuad protegiendo el panteoncito de la anciana!…

Las extraordinarias ocurrencias de Guipúzcoa

En la provincia de Guipúzcoa no se advierte ningún malestar; tampoco se advierte una brusca prosperidad asombrosa; todo parece marchar por cauces normales. Sin embargo, en la provincia de Guipúzcoa ocurren cosas extraordinarias.

Un día encontramos a un ingeniero del Estado. El ingeniero del Estado tomaba el té en la terraza del Casino, con aire de hombre satisfecho. Cuando le dimos la bienvenida se nubló su rostro.

—No —aclaró—, no estoy aquí de veraneante; vivo con mi familia en un pueblecillo cercano, donde alquilé un *chalet;* pero no vengo a veranear, sino en comisión de servicio.

Desparramó cavilosamente la mermelada de albaricoque sobre el tostado trozo de pan y explicó:

—El ministerio me ha encargado de estudiar unos saltos de agua del Urumea… Un asunto muy importante… Tengo tela cortada hasta el l.º de Octubre.

Suspiró y echó un poquito más de leche en el té.

Por la noche descubrimos a un funcionario de Instrucción pública en un *cabaret.* El funcionario de Instrucción pública estaba pidiendo a los zíngaros que tocasen un *fox-trot.* Al saludarle dejó caer los brazos con abatimiento.

—Estoy aquí para olvidar mi desventura. El Estado no ha querido concederme el reposo que he ganado con creces. Yo no disfruto de licencia. Yo vine para inspeccionar una escuela. Parece ser que en esa escuela ocurren graves cosas. Hasta que termine el verano no confío en tener formado un categórico juicio acerca de la cuestión. Naturalmente, he traído a mi familia… Me devora la amargura de que me hagan trabajar en Agosto. ¿Me ha oído usted pedir ahora un *fox-trot* a los zíngaros? Bueno, pues me es igual que toquen un *one-step.* Estoy quebrantado.

Al día siguiente, en el Cristina, atisbamos a un arquitecto, también funcionario público. Según dicen, ha venido a toda prisa con los primeros calores para estudiar detenidamente el estado de la Casa de Correos, complicada labor que exigirá un par de meses, porque, en apariencia, a la Casa de Correos no le ocurre nada. Existen, a la vez, diseminados por distintos pueblos de la provincia, varios señores enviados de Madrid con el encargo de hacer luminosos informes acerca de yacimientos mineros, riqueza forestal, organizaciones económicas, estado de las fuentes públicas, antigüedad de los macizos rocosos, medios de aumentar las truchas en el Bidasoa,

procedimientos para la aclimatación de cocoteros, catalogación de insectos propios del país, indagación sobre las relaciones que pudieron existir entre el señorío de Vizcaya y el pueblo de Lasarte, y otros asuntos igualmente espinosos. El Estado, como es natural, compensa el sacrificio de estos servidores suyos con dietas copiosas; relativamente copiosas, nada más: unos cuantos miles de pesetas a cada uno: todo lo que puede pagar a sus hombres de mérito y de amor al trabajo un país pobre como España.

La provincia de Guipúzcoa no se podrá quejar nunca de abandono ni de desafecto por parte de los Poderes públicos, a pesar de que su comportamiento es bastante para hacer perder la paciencia a un santo. Apenas asoma el estío, ahí está Guipúzcoa intranquilizando a los Gobiernos. En las dependencias oficiales comienzan a circular ahogados rumores, noticias inconcretas, versiones fragmentarias. Los jefes de Administración cuchichean con los directores generales; los jefes de negociado, con los subalternos. El ministro entra y sale con el ceño fruncido… Pasan unos días. Al fin se sabe que en San Sebastián hay un edificio que va a caerse de un momento a otro, o que surgió una mina en el monte Igueldo o que una maestra de escuela se ha vuelto loca y está enseñando a las criaturas el alfabeto griego. Diligentemente salen varios funcionarios con sus familias y muchos baúles. Llegan a Guipúzcoa; permanecen en ella hasta el otoño. En otoño vuelven a meter en el tren sus baúles y su familia y tornan a Madrid. Y en Madrid producen su luminosa memoria.

«Excelentísimo señor: Me he paseado delante de la fachada de la Casa de Correos y no vi en ella nada anormal. Por si era culpa de mi inteligencia entorpecida por los calores madrileños, tomé un baño en la Concha y volví a pasear. Tampoco advertí nada. Tomé quince baños más. El edificio se me seguía antojando intachable. Resuelto a aguzar mis sentidos, frecuenté la terraza del Gran Casino donostiarra y hasta jugué un duro a los caballitos. Y la Casa de Correos me iba pareciendo cada día mejor. Aún tuve la sospecha de que existía una gotera en el desván; pero este recelo se extinguió el mismo día en que regresé a la corte. Hoy puedo afirmar a V. E… después de haber empujado las paredes con mis propias espaldas y haber tanteado los techos con un bastón, que la Casa de Correos de San Sebastián es uno de los edificios más sólidos que hay en el reino y sus prósperas posesiones del Golfo de Guinea. Sin embargo, y para cumplir escrupulosamente con mi deber, debo declarar que no respondo de que en el verano del año que viene esté la Casa en el mismo estado satisfactorio. Sólo un ignorante puede afirmar esto, olvidándose de la existencia de los incendios, los terremotos, los ratones que roen las maderas y otros enemigos de las construcciones, que los técnicos no podemos menos de tener presentes. Dios guarde a V. E. muchos años.»

El otro funcionario, a su vez, declara que en el monte Igueldo no hay ninguna mina aún; pero que pudo apreciar el germen de una, y que con las lluvias invernales pudieran ocurrir que creciese y que en el otro estío se hubiese desarrollado, por lo cual convendría volver. En cuanto al inspector de Instrucción pública, no vacilará en

informar que, tras dos meses de observaciones detenidas y de meditaciones en el transbordador de Ulía, puede afirmar que no vio en la escuela ningún alfabeto griego; pero que abriga la sospecha de que la maestra se propone implantarlo, en vez del español, el día l.º de Junio de 1920, fecha en la que conviene estar prevenidos y girar una segunda visita.

Y así un año y otro… Es terrible lo que da que hacer San Sebastián en el verano, los empleados que moviliza, las dietas que quedan enterradas en estos hoteles…

El secreto del paraguas perdido

En la acera del café Kutz, sentados al lado de un buen amigo, gozamos de la euforia del veraneo. Nuestro amigo está mustio y tácito. Tiene una extraña palidez, y en sus ojos hay una abstracción profunda. Varias veces hemos iniciado una charla y sólo nos ha contestado con monosílabos. Al fin, preguntamos:

—¿Pasó usted la noche en el «Tabarín»?

—No.

Ensayamos nuevamente a adivinar:

—¿Ha perdido usted en la ruleta?

—No.

Callamos, un poco molestos. Entonces desplegamos un periódico local y repasamos sus columnas con una mirada indiferente. Transcurre un largo silencio. Unas líneas de la sección de noticias retienen al acaso nuestra atención. Las tales líneas avisan de que había sido hallado «un paraguas sin dueño» en el paseo de la Concha. Debemos declarar que hemos leído todas las obras de Conan Doyle, y que tenemos cierta afición al método inductivo. Así, después de leer varias veces aquellos renglones, exponemos en alta voz nuestro criterio de observadores sagaces…

—He aquí —decimos— un asunto interesante. En el paseo de la Concha ha aparecido un paraguas abandonado. A primera vista, el hecho no parece tener importancia alguna. Sin embargo, no debe de ser así. En San Sebastián se puede perder todo menos un paraguas, porque la idea de la lluvia está a cada momento asociada a nuestras acciones. En San Sebastián se pierde el dinero, las alhajas, los gabanes… todo. Pero un paraguas, no. Menos nos admiraría saber que a alguien se le habían extraviado los calcetines. ¿Qué opina usted?

Nuestro amigo, más pálido aún, apura un *whisky*. Objeta balbuciendo:

—No creo que haya nada sospechoso en esa pérdida. Puede tratarse muy bien de un distraído. Un abuelo mío, que era hombre aficionado a la estadística, declaró en sus últimos momentos que en el transcurso de su existencia había perdido doscientos diez paraguas. No; no veo nada de extraño en ese suceso. Usted está conjeturando en novelista.

—Perdón —argüimos—; no podemos negar que aún en este pueblo haya personas

hasta tal punto descuidadas que dejen ese útil en un café, en un círculo, en una oficina; pero en la mitad de un paseo es imposible. Su disconformidad nos exalta; es probable que para demostrarle que no nos equivocamos vayamos a ofrecer nuestro concurso a la Policía.

Nuestro amigo se agita en su silla. Pide otro *whisky.* Está visiblemente inquieto. Al fin aprieta nerviosamente una de nuestras manos.

—¡Querido camarada, amado camarada! —suspira—: ¡prométame usted que no irá a ver a ningún policía!

—Pero…

—Prométame usted también no escribir una sola línea acerca de este desdichado asunto.

Sudaba. Nos apresuramos a asegurar:

—Tranquilícese usted. No haremos nada. Desearíamos, no obstante, saber…

Y después de mirar en su torno, nuestro amigo se acerca a nosotros y murmura, gime más bien, a nuestro oído:

—¡Ese paraguas es el mío!

Hay otro silencio. Se enjuga la frente, por la que corren gotas de sudor, toma el tercer *whisky* y explica:

—Ese paraguas es el mío. ¿Cómo lo abandoné?… Procuraré justificarme. Yo he amado siempre los paraguas. A éste, singularmente, le profesaba un cariño cordial. Muchas veces he comprado para él gomitas que sujetasen los extremos de sus varillas; lo he enrollado siempre amorosamente para darle mayor esbeltez, tenía para él una funda de seda… Era un espléndido paraguas. El puño remataba en una cabeza de perro. Soy un pobre ignorante, y por eso no acerté a explicarme nunca por qué casi todos los puños de los paraguas terminan con una cabeza de perro. Los perros no gastan paraguas ni parecen tener la menor congruencia con estos chismes. Pero yo, sin intentar comprender el arcano, amaba mi paraguas y su cabeza de *bull-dog,* tan inteligente, con unos ojos abiertos y vivos que solían clavárseme en la palma de la mano. ¡Ah, pobre paraguas mío!

Pasó su mano por la faz para ahuyentar el recuerdo, demasiado penoso.

—Yo estoy en San Sebastián —siguió— desde el día l.° de Julio. Vivo en un hotel; pero casi todas mis horas transcurren en el Casino. Entro, salgo, vuelvo a entrar… Cada una de estas veces era preciso dejar el paraguas en el guardarropa. Cada una de estas veces era preciso dejar caer dos reales sobre la bandejita que existe sobre el mostrador. Esto en el Casino, y en los *cabarets*, y en los hoteles de lujo, y en Ulía, y en Igueldo. Yo no podía salir sin paraguas, por temor a la lluvia, y yo no podía dejar de pagar la propina. En los dos meses que llevo aquí mis gastos fueron muy crecidos. No soy pobre, pero no tengo la fortuna de Vanderbilt. Ayer eché mis cuentas. Dos a dos reales, el paraguas me había consumido un capital, aunque no tanto como mi sombrero. En la actualidad, ese paraguas me costaba ya 787 pesetas y el sombrero 1.006. Aún me falta un mes de veraneo, al fin del cual esta suma se

elevaría en una proporción ruinosa. Yo no puedo sostener un paraguas de 1.000 pesetas y un sombrero de 2.000. Maduré mi resolución. Una noche salí del Casino y me dirigí a la Concha. El siniestro propósito existía ya en mi cerebro. Quería arrojar el paraguas a las olas. Pero me faltó valor. Lo apreté contra mi pecho y le dije:

—Separémonos. Yo no te puedo mantener. Mis rentas son escasas. Ahí te quedas. Lejos uno del otro, acaso podamos vivir los dos mejor.

Y lo tiré al suelo y apreté a correr, con el corazón angustiado. Esta es la historia.

Calló, conmovido. Pasado un instante, me rogó con una expresión de terror en el rostro:

—Yo le suplico que guarde el secreto. Si se descubre que es mío, me lo devolverán. Entonces mi ruina se habrá consumado. Tendré que seguir llevándolo al Casino y a los hoteles y a los *cabarets*, y pagando un montón de moneditas de plata… |Y yo tengo hijos, caballero! Que no se sepa nunca que ese paraguas me pertenece.

Al salir del agua

Muchas veces la adolescencia y la ancianidad han contemplado largamente con miradas de ansia, esos grabados que suelen publicar las revistas ilustradas, en los que, sobre la arena de una playa de moda, en lejanos países, se sonríen, en actitudes caprichosas, mujeres envueltas por un sutil «mallot», revelador impúdico de las más recónditas formas de la bañista. «¡Ah —suspira entonces la ancianidad y la adolescencia—, he aquí el Edén; poder ir a Ostende, a Trouville, y morir después!» Y la contemplación del grabado, la gráfica noticia de aquellas deliciosas costumbres, hace que repentinamente advierta invadida su alma de un profundo desprecio a la templanza española, que tan sólo permite que la Chelito baile la «rumba» y que alguna respetable anciana busque un insecto entre los repliegues de su camisa en teatritos sórdidos y escondidos, donde se entra con la cautela y el rubor del pecado.

En la playa de Donostiya hace años que ha hecho también su aparición el «mallot»» Se sospecha que fue el «Sindicato de Iniciativas» el que, velando siempre por la atracción de forasteros y por el mejoramiento de la playa, contrató a algunas bañistas para que diesen el ejemplo y se sumergiesen en las aguas dentro de la tela sutil envidiablemente ceñida a sus carnes. Recientemente el Sindicato tuvo un grave disgusto. Ciertas mujeres de la compañía de Bailes rusos se bañaban en Fuenterrabía sin ocultar ningunas de sus bellezas, tal y como las ninfas podían bañarse en los deliciosos tiempos pasados.

Extendióse por San Sebastián el rumor de la ocurrencia. Muchos honorables forasteros comenzaron a pensar en su traslado al sitio donde tales maravillas podían ser presenciadas. Esto era una grave amenaza para la Concha. El Sindicato intervino. El alcalde de Fuenterrabía comunicó a las extranjeras que era imprescindible el uso del traje de baño. Y así murió en flor la encantadora iniciativa. San Sebastián, libre de

la ruinosa competencia, recobró su calma.

Pero el «mallot» sigue siendo infrecuente y sensacional. El «mallot» tiene, además, sus horas. A las once y media de la mañana, cuando la playa desaparece bajo el gentío que la inunda, es el momento elegido por la bañista audaz. Transcurrís distraídamente entre los toldos y las casetas y los grupos humanos, bajo las cuerdas que soportan los colorines de los bañadores puestos a secar, con una pintoresca semejanza a las banderas del telégrafo de señales con que los buques se engalanan. Innumerables chiquillos se enredan en vuestras piernas y corren de aquí para allá, y entran en el mar, y salen, y trepan, y saltan» y se caen… Son tantos como las arenas, más que las estrellas del cielo, más que las gotas de agua del mar. Cavan, chillan, lloran, ríen, se desperdigan, se concentran… Semejan saltones de playa… Jamás se han visto tantos niños juntos como en la playa de San Sebastián… De pronto tropezáis con un grupo apretado, próximo a la orilla, mirando con atención al mar. En primera fila, mojando sus zapatos en el agua, está un fotógrafo. De vez en cuando, como un rumor unánime, corre por el grupo una observación:

—¡Va a salir!

—No; aún no sale.

Un anciano comenta con desesperanza melancólica:

—Es posible que se ponga la capa dentro del mar.

Entonces os acercáis también. Allí hay un «mallot» y, dentro del «mallot», una mujer de cuerpo elegante. Sobresaliendo de la planicie gris, veis su cabecita sonriente y el gorrito rojo, o verde, o azul, que preserva los cabellos de la humedad. Como los delfines tras un banco de sardinas, un enjambre de jóvenes rodean a la bañista, y se chapuzan, y saltan, y manotean a su lado. De vez en vez, la extranjera da un brinco y surge hasta la cintura su torso y su pecho rebrillando de agua. Entonces la expresión del semblante de los mirones es de beatitud. El grupo va aumentando. Pasa media hora. La mujer se acerca a la orilla. El hombre de la máquina enfoca. Pero la mujer da un chillido; deniega, se sienta en la arena, entre las aguas… Al fin, se alza sonriente, orgullosa de sí misma. «Tic»… un ligero chasquido. El fotógrafo ha triunfado ya. La capa cae después sobre el cuerpo admirable. Los mirones se van. Un señor gordo sentado detrás, junto a su esposa, murmura con un rencor en el que se adivina el despecho:

—¡Gracias a Dios que le dejan a uno ver el agua!

Y escruta las pantorrillas de la mujer del «mallot», que se aleja.

Pero en una playa de moda, las pantorrillas carecen absolutamente de importancia.

Es increíble, pero es verdad: en un pueblo como San Sebastián, que del placer vive y para el placer se hermosea, que debiera tener una alta comprensión de todas las extravagancias y hasta de todos los vicios, que debiera constituir una excepción en la característica mojigatería de las ciudades españolas, existe un grupo de timoratos, con su «órgano en la Prensa», con sus juntas y asociaciones, con su restringida, pero

indudable influencia en la vida social.

Es como si San Sebastián estuviese formado por una población de parisienses y una aldea de sacristanes. ¿Es esto consecuencia de un sabio plan fraguado para que el veraneante encuentre aquí ambiente propicio, sean cuales sean sus ideas?… Puede ser que sí. El caso es que en cuanto aparece en las playas la primera bañista con «mallot», un espía, especialmente colocado en un sitio estratégico, corre a dar la voz de alarma al «órgano en la Prensa» de los timoratos.

—¡Ya está ahí! —murmura, desplomándose en ese diván que nunca falta en una redacción.

—¿Quién?

—¡El «mallot»!…

Todos los rostros se inmutan. Hay un instante de recogimiento. Al fin, el redactor más prestigiado coge evangélicamente la pluma y se pone a escribir. Al siguiente día, su prosa, llena de unción, pero fustigadora, terrible, corre por toda la ciudad, con los sones que alguna vez arrancaron los ángeles a sus trompetas cuando, por un desgarrón del cielo, bajaron a cumplir la orden divina de exterminar un pueblo de pecadores.

—He ahí —gime el «órgano»— que un protervo «mallot», apestando a azufre, ha venido a encenagar nuestros mares. Dentro de él se baña una señora en pecado mortal todas las mañanas de once a doce. |Oh, Jehová: encamina hacia nuestras playas las olas que alza tu justiciera iracundia!…

Las olas no llegan; alguna vez suele morir ahogado un dependiente de comercio o una criada de servicio que entran en el agua pudorosamente, y sin más intención que la de curar sus alifafes; pero las peripatéticas no fallecen jamás en el proceloso océano; la protección de Luzbel y sus propinas a los bañeros las amparan. Los que llegan precisamente entre once y doce son los réprobos de que está infestado San Sebastián; réprobos con Kodaks, con máquinas de trípode, con gemelos de teatro, con prismáticos de campaña ó, por lo menos, con sus ojos abiertos de par en par, brillantes de lascivia; réprobos de todas las edades, réprobos de todas las condiciones… Para un alma cristiana, es ciertamente, una visión desoladora la de estos clientes de Satán.

Quince días antes de que se acometiese la arriesgada empresa de llevar los «Bailes rusos» al Victoria Eugenia, de San Sebastián, fueron discutidas públicamente las condiciones de moralidad del espectáculo. El órgano de los obstruccionistas denunció, con alaridos de susto, que las señoras del cuerpo coreográfico tenían el contumaz propósito de enseñar las piernas. El empresario dio su palabra de que llevarían vestidos largos. No fue suficiente. Al fin, los guardadores de la salud del alma declararon que es taban dispuestos a transigir si los bailarines rusos se limitaban a los sacudimientos castos de la jota aragonesa. Tampoco hubo posibilidad de complacerles. Sin embargo, Cleopatra no pudo tenderse lujuriosa en su lecho; tuvo que sentarse en el borde, con el comedimiento de una lugareña que hace una visita de

cumplido.

Pese a todo, en el Victoria Eugenia hubo que poner filas de asientos suplementarios.

Con estos antecedentes, puede comprender el lector cuánta es la melancolía de los puritanos donostiarras ante la desgraciada ocurrencia que alguien tuvo de instalar una sucursal de *Maxim's* en una de las vías más modernas del pueblo. El restaurant *Maxim's* es, en verdad, el lugar más inofensivo de la bella Easo. En los cuatro metros cuadrados que ocupa tiene un *bar* americano con unas banquetas «rascacielos», varias mesitas y una orquesta de zíngaro: pocos y flacos, porque si fuesen muchos o fuesen gordos, bastarían para llenar el local. Algunas horizontales blanduchas consumen las escasas energías que les quedan en bailar por las noches el *one-step;* algunos jóvenes distinguidos beben champaña. Esto es todo. Pero el terrible nombre *Maxim's* empavorece a los puritanos. Los puritanos conocen el *Maxim's* parisiense por *La viuda alegre* y por las noticias que de él dieron algunos literatos madrileños que, desde un reservado de *Los Burgaleses,* enviaron su fantasía al restaurant famoso de la capital de Francia para que tomase lo que quisiera.

Naturalmente, había que cegar este nuevo cráter, por donde el infierno vomitaba impurezas. Se esperó el instante, y el instante llegó. Hace unas noches, en el silencio de la madrugada, abriéronse las puertas de *Maxim's* y varios señores y más de una dama, en el mismo traje que usaban las bailarinas rusas para bañarse en Fuenterrabía, dirigiéronse a la estatua del general Oquendo y la arengaron largamente. El ilustre marino, con elogiable prudencia, continuó en su gallarda postura, mirando hacia el mar, como si fingiese no enterarse; pero los timoratos han salido con bravura en su defensa; su órgano nos ha dado a conocer la lógica tribulación del espíritu del almirante al presenciar aquella orgía; hemos visto a su alma estremecerse de dolor en el expanso ante la irreverencia de aquellas mujeres desnudas que corrían alrededor del pedestal. Se pidió, por patriotismo, la clausura del *Maxim's.*

Y aún no se ha logrado. Pero el Hotel Cristina subió el precio de las habitaciones que tienen ventanas a la plazoleta donde se alza la estatua, frente al «restaurante» diabólico, porque su clientela ha dado en preferirlas…

La tragedia de Don Fulano

Con sus cartoncitos en la mano nuestro amigo nos explica su irresistible teoría con esa sencilla seguridad que da carácter a todos los grandes descubridores:

—Naturalmente, hay muchas personas que pierden en el juego; pero yo no podré perder nunca. Existen dos factores adversos al jugador: los nervios y la ambición desmedida. Un jugador vulgar se detiene ante una de estas mesas y aspira a llevarse hasta el templete de la música.

Yo no. Yo me contento con un tanto diario: 50 pesetas. Hace diez días que estoy

aquí; hace diez días que obtengo de la ruleta 50 pesetitas; ni una menos, pero ni una más. Es como quien tiene una renta. Pero yo he alcanzado un dominio absoluto sobre mis nervios. Nada de corazonadas». La corazonada es la ruina. ¿Qué es la ruleta…? Una máquina, sin nervios, sin corazón, fría y fatal. Es preciso, pues, colocarse en análogas circunstancias. Lo semejante se cura con lo semejante. En cuanto el jugador logre convertirse en otra máquina habrá vencido a la ruleta, porque tiene la inteligencia a su favor.

Recorrió con su mirada triunfal las mesas.

—¿Ve usted toda esta gente? Unos son jugadores de corazón, otros son jugadores aritméticos: estudian los números, los anotan cuidadosamente, hacen sus cálculos, tienen sus combinaciones. Todos ellos pierden. La Aritmética ha fracasado muchas veces ya, vencida por esa bolita saltarina y loca. Al advertir el fracaso, algunos jugadores han huido, otros se refugiaron en el Álgebra, muchos fueron tristemente a rendir vasallaje a la Fatalidad. Ninguno pensó en la Geometría, que les esperaba con los brazos abiertos ofreciéndoles el remedio de sus cuitas. Yo fui el único. Yo juego por Geometría. La Geometría es una ciencia fundamental, infalible, seria, madre única de la verdad. No «se dan» números, como creen los jugadores aritméticos que encanecen y se arruinan trazando cifras en sus cartones: se dan líneas. Divulgue usted esta verdad y librará del hambre a muchas familias. A veces los jugadores aritméticos están desconcertados porque no aciertan a comprender las veleidades de la ruleta; y es que no se fijan en esto que tengo la satisfacción de referir a usted. Hay días en que se dan círculos, días en que se dan diagonales, días en que se dan ordenadas, días en que se dan polígonos de seis lados. Yo no anoto los números, dibujo las líneas que va trazando la bola al caer ahora en el 1, luego en el 9… Después de un 1 y un 9 debe venir el 7, que completa el triángulo. No falla. Hoy, por ejemplo, se trata de un clarísimo juego: se dan hipotenusas. Fíjese en las líneas trazadas en este cartón. Espere un poco y comprobará el éxito.

Y don Fulano comienza a jugar. Don Fulano gana primero, pierde después; vuelve a ganar, torna a perder. Las hipotenusas se tuercen; ya no son hipotenusas, sino líneas zigzagueantes, círculos, triángulos isósceles, arcos concéntricos… Don Fulano cambia nuevos billetes, frunce las cejas, gruñe… Cuando le volvemos a encontrar, pasadas dos horas, don Fulano ha perdido todo su dinero. Tiene la misma desolación que si, después de dar un salto, confiado en que la ley de la gravedad le volvería a dejar amorosamente en tierra, hubiese visto que continuaba ascendiendo incesantemente, y al enterarse de la causa supiese que la gravedad se había cansado de ejercer sus funciones.

—¡No sé, no sé cómo ha podido fallar mi sistema! Hacía diez días que ganaba con él.

Ha quedado sumido en un escepticismo doloroso. No cree en nada. Cuando un hombre pone toda su fe en la Geometría para ganar unos duros, y la Geometría desprecia veleidosamente los compromisos que pactó con tantos y tantos sabios, este

hombre no podrá sacudir nunca de su alma la duda acerca de todo lo creado. Ha fijado en nosotros su melancólica mirada, hundidas las manos en los exhaustos bolsillos; ha meneado la cavilosa cabeza, y tras de un largo silencio meditativo, murmuró:

—¡Vaya un ridículo en que ha quedado la Geometría!

Después telegrafió pidiendo dinero. Alguna vez lo vemos todavía por la sala de la ruleta. Le damos consejos cariñosos:

—¡Oh! —nos dice—; no hay cuidado. Ya abandoné el juego. Ahora me dedico a hacer gimnasia de voluntad. Vengo aquí a hacer gimnasia de la voluntad. Es un ejercicio muy provechoso porque le educa a uno para la vida. Cojo un duro; me pongo junto a una mesa de ruleta y digo: «Va a salir el trece; aquel que ponga dinero al trece, ganará.» Y el esfuerzo que tengo que hacer para no entregar el duro, me educa. Es una gran cosa.

Sin embargo, de la corbata de don Fulano ha desaparecido el alfiler de brillantes. Ayer don Fulano, pensando en el «qué dirán», en su mujer, o en su padre, o en sus amigos, acudió a un periódico para publicar este anuncio:

«*Pérdida*.—Un señor que vive en el hotel X perdió en las calles de esta ciudad dos sortijas, un alfiler de brillantes, una cartera con billetes, un gabán de entretiempo y dos docenas de camisas. Se gratificará a quien lo devuelva.»

En el verano son tan frecuentes estos anuncios en San Sebastián, que constituyen uno de los principales ingresos de los periódicos locales.

Compañeros de fonda

Alrededor de esta mesa, un poco escondida en el martillo que forma el comedor, nos sentamos gentes sencillas. Es como un islote entre todas las mesas individuales que, antes del desorden final, tienen tan alegre aspecto con su blancura, con su cristalería, con sus flores bermejas o azules erguidas en los búcaros. Gentes de bien, temerosas y humildes, somos. El sacerdote que se sienta a mi derecha es anciano ya. Su rostro es amarillo; su sotana verdosa; sus ojos, tras los lentes, de un mirar apagado y absorto. Diríase que todo él está cubierto por una capa sutil en que fueron envolviéndole las polvaredas de Castilla, y que si su buena hermana —esta señora lenta y triste— le cepillase un día fuertemente, en las mejillas veríamos humano color, y en la sotana la negrura, y el gris de los ojos reaparecería con un tono avellanado.

Julia, la señorita burgalesa que ha venido a buscar en las olas la fortaleza para su cuerpo ahilado, nunca se atreve a hablar. Cuando atraviesa el comedor para llegar hasta nosotros, lleva sus ojos fijos en el suelo y se pone encarnada. Sabemos que su tortura es aquella manga flácida y vacía que pende de su hombro izquierdo. La miramos todos con piedad mientras se acerca por el laberinto de sillas, y el

matrimonio aragonés, marido y mujer, a veces los dos juntos, comentan:

—¡Pobrecica!… ¡Qué guapa es!… ¡Si no le faltase el brazo!…

La madre de Julia le corta las viandas, le sirve el agua, le prende la servilleta con un alfiler; cuando habla es para admirarse del lujo ajeno. Alguna vez, sin embargo, tras una duradera abstracción, pregunta a Julia:

—¿Qué harán ahora en Burgos tus hermanos?…

Nuestra mesa sería un poco triste si el matrimonio de aragoneses no trajese a ella el arrapiezo de tres años que le debe la vida. El chiquillo grita, derrama las salsas, llora, exige la entrega de las frutas o de los cubiertos o de las flores del búcaro. Tres noches seguidas se llevó a dormir con él al «bull-dog» de porcelana que presta servicios de palillero; le chupaba concienzudamente la cabeza y alborotaba el comedor si se lo arrebataban. Todo esto nos hace felices. Las mujeres vuelcan epítetos cariñosos sobre el crío; el padre sonríe, el sacerdote medita, mirando al chico como al través de unos turbios cristales. Al cuarto día, el «bull-dog» no pudo gozar la voluptuosidad de que los tiernos labios le chupasen el hocico agujereado: el pobre «bull-dog» bajó sin cabeza. La madre lo colocó sobre la mesa disimuladamente.

Ahora, las preferencias del infante se declararon por las gafas del cura. Cuando espejea en ellas la luz cae en un deliquio, del que sale para golpear los platos con su cuchara. Luego formula la reclamación en un encantador lenguaje incomprensible. La aragonesa mira suplicantemente al cura. El cura dice-entonces con su voz apagada, con una ambigüedad de hombre que escruta un misterio:

—Sería curioso saber qué ve en mis gafas cuando…

Y calla; su hermana asiente, como si hubiese entendido. Pasa un silencio. La madre de Julia refiere:

—Hoy he visto un automóvil que llevaba el número 2.000.

Se escandaliza:

—¡Mucho lujo hay, Dios mío!

Y el sacerdote, recogiendo sus manos, lento, borroso, más aguda que nunca su impresión de lejanía, insinúa:

—Se puede decir que los automóviles…

Pero vuelve a callar. Siempre hay un pensamiento precípite en sus labios y siempre parece que se alzó junto a nosotros para ir a caer en una lontananza invisible. Como el camarero se acercó a la mesa, el sacerdote agarró fuertemente su plato. Lo limpia siempre con pan, meticuloso, y no tolera que lo remuden para servir nuevos manjares. La mano del mozo, extendiéndose hacia él, le trastorna visiblemente. Lucha, insiste, suplica:

—Está bien limpio, está bien limpio ya… Déjelo.

Y cuando el mozo se aleja, suspira, vuelve a pasar amorosamente otro trozo de pan por la bruñida superficie y lo come después, beatífico.

Su hermana asiente:

—¡Si está como la plata, Señor; como si lo fregasen!

Hoy se han despedido las burgalesas. Pero no se marchan de San Sebastián. La fondista esta noche platicó, de sobremesa, un rato con nosotros. Vino sofocada por el calor del fuego, gorda y grasosa. Primero nos contó una terrible tribulación de su vida. En la despensa hay ratones: ella compró un gatazo imponente; pero ha descubierto que este gato se asusta cuando ve uno de los inquietos roedores; se arquea, se eriza su pelo, bufa, brinca hacia atrás. La fondista compró un ratón artificial de hojalata, y está intentando desvanecer los escrúpulos del felino lanzando contra él, a toda cuerda, el juguete durante media hora diaria. Hasta hoy, el éxito no le sonríe; el gato desmejora visiblemente con este sistema de treinta minutos de sobresaltos, enflaquece, sufre pesadillas, emprende carreras inopinadas… El miedo de la fondista comienza a ser ya que un día aparezca devorado por los ratones.

Después nos dijo que Julita y su madre se habían mudado a una casa de huéspedes. La madre cocinará… No pueden gastar mucho… Y aún tienen que estar una semana en San Sebastián, hasta tomar los once baños.

El sacerdote apuntó:

—La salud de los hijos, cuando el dinero de los padres…

Y enmudeció. Y todos enmudecimos respetuosamente, por no turbar el desarrollo de aquella idea en el misterio, al que se había replegado…

Pero en nosotros creció una grave emoción. ¡Cuánta ternura y cuánta tristeza en aquella jovencita mutilada y hermosa!… Los pequeños detalles conocidos se nos ofrecieron con un mayor relieve: el madrugar para que en la playa no viesen su cuerpo lisiado; el renunciamiento con que un día no quiso prender en su blusa una flor; las largas permanencias silenciosas en una silla del Boulevard; su drama angustioso de desamor y de pobreza, y aquella frase que pronunció una noche su boca de adolescente, cuando, tras la ajena alabanza a los «Ballets», su madre la invitó a presenciarlos:

—¡Oh, mamá… gastaríamos mucho!…

Sonreía tan tristemente…

La revolución en el «Boulevard»

Nosotros, los que en el turbulento verano de 1917, vimos transcurrir en San Sebastián el mes de Agosto, tardaremos mucho tiempo en olvidar los días de aquella huelga general revolucionaria que obligó al Gobierno a proclamar la ley marcial en toda España.

Creemos que es para nosotros un deber ineludible recoger los recuerdos de aquel histórico suceso y consignarlos escrupulosamente para ilustrar a los hombres venideros.

Vamos a intentarlo.

Digamos primeramente que cuando el gobernador militar de la plaza se vio dueño

del mando por la proclamación del estado de guerra, tuvo unos instantes de perplejidad, porque en San Sebastián no ocurría nada extraordinario. No obstante, revistióse de energía y adoptó las siguientes disposiciones:

1. ª Prohibir que se asomase a los balcones ningún habitante.

2. ª Ordenar que fuesen retiradas las sillas de los paseos públicos.

3. ª Impedir que cuatro individuos llamados Juan Belmonte, los Gallos y Vicente Pastor realizasen su propósito de matar ocho toros en la plaza donostiarra.

Todo esto alejó visiblemente las posibilidades de una revolución. Por lo menos, teníamos la seguridad absoluta de que las sillas de los paseos públicos —puestas a buen recaudo— no habían de tomar parte en ella. Pero a los vecinos de San Sebastián no les parecieron suficientes estas previsiones y se celebró inmediatamente una asamblea magna.

El lector debe darse cuenta de lo que sería para San Sebastián una revolución en el mes de Agosto. San Sebastián vive exclusivamente de sus ganancias veraniegas: no tiene la existencia comercial de Santander ni la industrial de Bilbao. Cuando llega el Otoño y caen las primeras lluvias tenaces, los vecinos de Donostiya acompañan hasta la estación al último forastero, le despiden amorosamente agitando los pañuelos, vuelven después a sus casas fatigados, arrastrando los pies, molidos por la brega de todo el estío; miran cuidadosamente en los armarios y debajo de las camas si ha quedado algún veraneante, y cuando comprueban que están efectivamente solos cruzan sus manos, bostezan y pasan un mes más jugando al dominó y a juegos de prendas. Después, poco a poco, caen en el marasmo. La ciudad es envuelta en un toldo gigantesco, para que no se moje demasiado en el invierno, y cada uno se queda sumido en un profundo sopor allí donde se encuentra. Al tornar el sol, el donostiarra vuelve en sí, estira los brazos, se frota los ojos, porque ya ha perdido la costumbre de la clara luz, y corre diligentemente al balcón a colgar un cartelito que dice: «Se alquilan habitaciones amuebladas.»

El donostiarra puede tolerar una revolución en el otoño, tomar parte en ella en el invierno y servir de amigable mediador en la primavera; pero en el verano toda la provincia de Guipúzcoa se hace súbitamente conservadora.

Así a la asamblea concurrieron todos esos elementos que hemos convenido en llamar «fuerzas vivas». Las «fuerzas vivas» estaban alarmadísimas. En San Sebastián no se sabía concretatamente lo que pudiera estar ocurriendo en el resto de España. Circulaban noticias terroríficas de Madrid, de Barcelona, de Zaragoza, de la Coruña, de Bilbao… ¿Qué sucedía un poco más allá de Zumárraga y un poco más allá de Éibar?… Nadie lo podía decir concretamente. Era preciso estar dispuestos para todo.

La Asamblea tuvo, pues, una gran solemnidad. El alcalde recordó en su discurso aquella Junta de Zubieta que decidió la reedificación de San Sebastián cuando los franceses la destruyeron en su retirada, como si esperase que ahora pudiese ser arrasada también. Otros discursos igualmente esforzados siguieron a éste. Y al fin se llegó al acuerdo único, adoptado por unanimidad, de que el Ayuntamiento acudiese

en colectividad, como todos los años, a la Salve en Santa María.

Todavía se puso un puntal más al orden. Las Sociedades populares de San Sebastián, que son numerosísimas, dirigieron una proclama a todos sus miembros. En esta proclama se les ordenaba que cubriesen el trayecto de la calle Mayor cuando las autoridades fuesen a misa, y que inmediatamente se trasladasen al *boulevard* donde debían estar paseando hasta que terminase el concierto de la banda de Música.

Y, en efecto, los admirables donostiarras cubrieron la calle Mayor, acompañaron luego a las autoridades hasta el Ayuntamiento, donde el alcalde corrió a su balcón, lo abrió, se asomó, extendió sus manos y dio un grito:

—¡Donostiarras!

Todos los ojos se alzaron a él. El añadió, con un profundo convencimiento:

—¡Viva San Sebastián!

Esperó un instante. Nadie le contradijo. Entonces se volvió hacia el gobernador como para decirle: «Ya ve S. S. que esto está arreglado». Pero el gobernador tenía también su idea. Apartó al alcalde; se asomó, requirió el silencio de las turbas, puso las manos ante la boca y voceó:

—¡Viva España!

Y después llevó las manos a los oídos para oír mejor. La brisa le trajo un rumor aprobatorio. El señor gobernador sonrió satisfecho y devolvió al alcalde la mirada de inteligencia. Tras este hábil sondeo de la opinión, se fueron a almorzar.

Pero los miembros de las sociedades populares, no. Los miembros de las sociedades populares, fieles a la consigna recibida, se dedicaron a pasear por el *boulevard* y por la Avenida y por la Zurriola, y a sentarse en las terrazas de los cafés y a bañarse… siempre alegres, siempre sonrientes, siempre hablando en voz alta para dar una idea de tranquilidad y de animación. Aunque realmente existiesen disturbios, aunque entonces invadiese San Sebastián una horda de descamisados o la bombardeasen desde los altos de Ulía, los dignos socios de *Euskal-Billera* y los entusiastas socios de *Donosti-Zara* y los distinguidos socios de *Leku-Zarra* y los miembros de *Umore-Ona* y los de *Gaztelupe* y los de *Cañoyetan* y los de *Ollagorra* continuarían paseando por el *boulevard*, impávidos y rientes, para procurarnos a los forasteros una impresión de orden y de calma. Y si uno de ellos recibía un balazo o lo subía por los aires un obús, procuraría decir antes de morirse:

—¡Qué bromas dan algunas gentes! ¡Es un placer este San Sebastián! En Santander no se distraería uno tanto en toda su vida.

ALTA CRÍTICA

El señor Aviñeira

Sin hacer un agravio a la cultura de nuestros lectores, nosotros no podemos presentar al señor Aviñeira. El señor Aviñeira tiene una reputación de crítico de arte. En muchas ocasiones, el público y la Prensa han reconocido que se trata de una de esas reputaciones que pueden llevar la categórica calificación de bien sentadas. Todo el mundo sabe que el señor Aviñeira ha comenzado a estudiar seis o siete carreras, y que ciertas misteriosas antipatías de los catedráticos le han impedido terminar ninguna; todo el mundo sabe que esto fue providencial, porque le permitió reconcentrarse y descubrir en él una fuerte vocación de crítico. Comenzó por pararse frecuentemente ante las tablitas que se exponen al público junto al antiguo y ruinoso palacio de la Presidencia, en la calle de Alcalá; se le vio un día menear la cabeza frente a una ampliación fotográfica; se detenía dos veces diarias, al volver a su domicilio, al lado de las vallas del pórtico de la platería de Martínez, en el paseo de Prado; alguien afirma que su detención no tenía otro objeto que vulnerar una de las prohibiciones municipales; podemos asegurar que el señor Aviñeira no se inmovilizaba en tal sitio por ninguna otra necesidad que no fuese la de deleitar su espíritu en la contemplación de aquellas piedras donde sólo los espíritus privilegiados pueden descubrir algún mérito.

Perfectamente documentado, al fin, el señor Aviñeira se lanzó a la crítica. Su criterio es hoy definitivo. Los comentaristas de este hombre extraordinario no están todavía de acuerdo acerca del adjetivo que le corresponde. Dos grandes núcleos se han formado alrededor de dos calificativos, que son como dos banderas: uno de estos grupos llama al señor Aviñeira «crítico profundo»; el otro le denomina «formidable crítico». Una pequeña disidencia se obstina en llamarle «sagaz».

Los asuntos en la pintura

Nosotros hemos tenido la suerte de encontrar al señor Aviñeira en nuestras visitas a la última Exposición de Bellas Artes. El señor Aviñeira nos hizo el regalo de sus luminosas consideraciones. Primero se lamentó de que estuviese prohibido fumar, porque, según parece, al través del humo de su pipa ve mejor los cuadros. Después nos preguntó bondadosamente:

—¿Hace usted critica?

Y cuando se enteró de que no «hacíamos» crítica se ofreció a instruirnos en las particularidades de ese respetable oficio en el que es un maestro. Traemos sus

palabras a las cuartillas con el cuidado de quien lleva un vino precioso en una ánfora rebosante.

—Antes que nada —nos dijo— le aconsejo a usted que observe cómo nuestros artistas, con una unanimidad que podría hacer sospechar un previo acuerdo, han decidido someterse a un método para tratar los asuntos de sus obras. Piensan, muy acertadamente, que es preciso avanzar con cautela, peldaño por peldaño, y no pasar de una materia sin dejarla perfectamente dominada. Esta generación de pintores comprendió que había muchas cosas en España acerca de las que no se había hecho un estudio pictórico suficientemente detenido. Los cacharros de Talavera, por ejemplo, habían sido desdeñados por el arte. ¿Existe alguna razón seria que autorice esta exclusión? Los pintores modernos se apresuraron a reparar tan tremenda injusticia. Hoy verá usted cacharros de Tala vera en el 25 por 100 de los cuadros. Me atrevo a afirmar, sin temor a rectificaciones, que estamos a punto de haber logrado la perfección en lo que se refiere a la interpretación en el lienzo de un cacharro de Talavera. No así en la chula madrileña y en la maja andaluza. ¡Oh, las chulas, las majas!… He ahí el asunto eterno e insustituible. Las chulas y las majas son a la pintura lo que los anocheceres a la poesía. Hace mucho tiempo que apareció la primera maja en un lienzo. Si usted viviese siglos, continuaría viendo majas pintadas. La gran variedad del tipo le hace sobrevivir; puede pintarse una maja con un mantón de Manila de flores verdes; otra, de flores rojas; otra, de flores azules; otra, de flores amarillas… pueden estar con una mano en la cadera, con las dos manos en las caderas, tocando una guitarra, sin tocar la guitarra… Como usted ve, el asunto es riquísimo.

—Ciertamente.

—¿Y los «bodegones»? ¿Ha pensado usted alguna vez en el pintor que va copiando con todo cariño el tono de unas ciruelas aterciopeladas, o que perpetúa la actitud de una perdiz arrojada sobre la mesa de una cocina junto al cadáver de un besugo?

—He pensado con enternecimiento.

—Permítame usted aún que llame su atención acerca del gran número de retratos de madres de pintores que hay en la Exposición. Abre usted el catálogo y no lee usted más que «Retrato de mi madre», «Retrato de mi madre», «Mi madre», «Mi madre», «¡Ay, mi madre!» Luego en las salas, va usted viendo a estas señoras, todas en una actitud recogida, graves, con el pelo blanco o el pelo gris, casi siempre enlutadas, a veces con un exceso de joyas que hace pensar en la generosidad de los pinceles, muy serias, cada una sentada en su buena butaca… Es conmovedor. Yo tengo preparado un estudio interesantísimo que se titulará: «El amor filial y la pintura española». En ese trabajo expreso mi absoluta confianza en que este tema no podrá agotarse nunca, sea cual sea la marcha de la civilización.

—¿Es posible?

—Es seguro —nos contestó lacónicamente el señor Aviñeira.

—Creo que debo felicitarle por su observación.

—No vale la pena —nos replicó modestamente, lanzando un salivazo en el suelo y extendiéndole cuidadosamente con el pie—: no vale la pena. Todo consiste en educar el sentido, en aprender a mirar y a ver. Entre la apreciación de usted, que no está preparado, y la mía, hay una forzosa diferencia. Puedo demostrárselo fácilmente. He ahí ese tríptico que se titula «La tierra ibérica». Seguramente no le gustarán a usted los tonos del cuadro; pero aparte eso, ¿qué le parece a usted ver en el centro?

Miramos con atención.

—A mí me parece ver una mujer a la que se le quedó corto un brazo; una compañera se inclina a su lado para ver si los muslos de la infeliz habían corrido la misma suerte, y se da cuenta de que, lejos de esto, se le ha hinchado el izquierdo.

El señor Aviñeira hizo un gesto de horror.

—Deténgase usted. Sólo la inexperiencia juvenil puede atenuar esas incongruencias. Es oprobioso que no advierta usted claramente el simbolismo de «La tierra ibérica». Fíjese. El paisaje del centro es árido y seco. Esa mujer extiende su mano para ver si llueve. No llueve. Aquella mujer que trae el cántaro simboliza el riego. ¿Se trata de un cuadro gassetista? Acaso usted lo haya sospechado así después de mis explicaciones. Pero se equivocaría. Esas dos parejas de aldeanos que rezan en una Catedral gótica, a un lado y otro del tríptico, revelan claramente que el autor piensa que, como el Cielo no lo remedie, la sequía continuará largo tiempo. Pasemos a otra sala. Admire usted esta curiosa costumbre andaluza reflejada en el cuadro «La tarántula». A una niña le ha picado el asqueroso bicho; con este pretexto han acudido todos los vecinos para que les hiciesen una fotografía, como puede deducirse de sus actitudes. Aprecie usted la nota sentimental de esa pobre anciana que hay a la izquierda, de la que nadie hace caso, a pesar de que le ha salido un flemón en un pómulo. Su desgracia no es comparable, sin embargo, a la de «La modelo del escultor Madariaga», que ve cómo se le van pudriendo las piernas sin que el escultor le dé la menor importancia al caso. Acérquese usted a este paisaje nevado que se titula «Navidad». Esto es nieve, ¿eh?; nieve de veras. Toque el bulto. No es lo mismo pintar una ligera nevada que una copiosa nevada. Cuando el pintor se encuentra ante una copiosa nevada tiene que resignarse a gastar montones de tubos de blanco. Así, en la Siberia, no pueden pintar más que los millonarios. Los que no poseen más que una rentita modesta no pintan otra cosa que granizadas.

—Es singular.

—En el arte hay muchas singularidades. Pruebe a descifrar el sentido oculto de ese cuadro que está ante usted: «Sonatina».

—¡Diablo… no sé! Las actitudes, los trajes, el tono de la composición… ¿Acaso fue la intención secreta del artista ilustrarnos acerca de los modelos de vestidos para jóvenes de catorce a veintidós años?

—No tengo inconveniente en apostar diez contra uno a que el autor no pensó nada que se relacionase con un figurín. Este cuadro tan vistoso, tan suave, tan

apacible, con tan alegres colorines, viene a demostrar que las composiciones que descuidadamente hacen los dibujantes para la última plana de color de una revista pueden ser exaltadas hasta el gran arte. Nadie dejaría de leer al pie de ese lienzo una línea que dijese: «Compre usted los pianos marca X», o bien este diálogo, calcado en la literatura de los anuncios:

«—¡Qué bien toca Pepita el violín!

»—*Es que usa el jabón* Hierbas de la Montaña…»

El señor Aviñeira nos ha hecho detener delante del «Paisaje de Abruzzos». Como estábamos demasiado cerca del cuadro, nos hizo dar cuatro pasos atrás, después nos obligó a dar dos hacia adelante, luego cinco hacia atrás… En estas idas y venidas, para situarnos en un lugar conveniente, advertimos con toda evidencia la alta sabiduría de nuestro amigo en cuestiones de pintura. Cuando al fin fondeamos, el señor Aviñeira nos hizo el regalo de estas frases:

—Cierto aldeano de mi tierra que oía describir un tío-vivo a una hija suya que regresaba de vender repollos en la capital, opinó, después de una meditación reposada, durante la que tuvo tiempo para beber dos jarros de vino, que «el que no vio mundo es talmente como una bestia brava». Este cuadro me trae el recuerdo de esa frase feliz. Aquí tiene usted una ventana abierta sobre un paisaje italiano. El pintor español que lo ha copiado tuvo el deseo patriótico de demostrarnos que en los Abruzzos hay lugares que no ofrecen el menor interés. ¿Es un reproche al Gobierno español que le subvencionó para ir a aquel sitio? ¿Es que se impuso voluntariamente la tarea de buscar el más feo rincón de toda la comarca…? Nos quedaríamos eternamente en esta duda angustiosa si la presencia de esas dos mujerucas que desde un alto contemplan el pueblecillo de la cañada no nos lo explicase todo. Esas mujeres, forasteras, buscan una calle del pueblo. Fíjese usted en su aspecto abatido. ¿Conoce usted tortura mayor que la de buscar una calle determinada en una ciudad desconocida? El pintor quiso producirnos esa sensación y lo ha logrado. Se lo aseguro a usted desde lo alto de mi autoridad crítica.

Cuando el señor Aviñeira pronunció estas últimas palabras, nosotros estábamos abismados en la contemplación de un cuadro extraordinario. Una señora, a la que podría reprochársele el estar completamente desnuda si no conservase puestos sus zapatos, se mostraba tendida en un canapé, con el brazo derecho doblado y el dedo índice apuntando a la sien, como para sugerir la idea de la demencia. Su piel tenía un tono inenarrable. Por unos arcos se divisaba un paisaje, formado por quesos gallegos cubiertos de moho. Requerimos la ayuda de nuestro ilustre amigo:

—¿Es, acaso, la maja de Goya que se ha vuelto loca?

—Es un cuadro de la «escuela del Mediterráneo».

—¿Qué quiere decir eso?

El señor Aviñeira hizo un gesto ambiguo, como si hubiésemos tocado un punto que no fuese de todo su agrado:

—No sé… Parece que en el Mediterráneo ocurren cosas singulares. Vea usted esa

«Marina de Levante» y «La paz de la montaña» y el «Camino de la fuente»… Esos colores… ese dibujo arbitrario… ese desquiciamiento… No sé. Todo esto me tiene muy preocupado. ¿Cómo es posible que en las costas mediterráneas puedan suceder tales absurdos…? Yo no he podido encontrar una explicación satisfactoria. Me inclinó a creer que es culpa de nuestros Gobiernos.

Comprendimos en esta frase que el señor Aviñeira no sabía de quién era la culpa. Discretamente, no insistimos más.

Emociones diversas

—He aquí —nos dijo nuestro culto mentor— un cuadro que demuestra cumplidamente el poder expresivo de la pintura. Se ha dicho que la música es el arte que tiene un mayor influjo sugeridor. Bastaría este lienzo titulado «Luces» para demostrar que no es así. Acérquese. ¿Qué ve usted?

—Una confusión de chafarrinones.

—Dé usted dos pasos atrás. ¿Qué cree observar?

—Una sesión de fuegos artificiales en la bahía de Cádiz.

—¿Y ahora?

—La salida del Real en una noche de lluvia.

—Haga el favor de mirarlo de reojo.

—Comprendo que es el fondo del mar con varios peces fosforescentes.

—No quiero fatigar más su atención. Le he dejado apreciar cuatro significaciones distintas de ese cuadro. Si vuelve usted mañana, podrá descubrir cinco o seis más, y a medida que se entrene en esta ocupación el número de interpretaciones diarias será progresivamente mayor, Un colega mío consiguió ver mil quinientos asuntos distintos en cierto cuadro. Era un hombre de una gran preparación. Dedicaba seis horas diarias a la contemplación del lienzo. Al quinto día se llevó las manos a la cabeza y lanzó una carcajada. Estaba loco. Es el grave riesgo que corremos los críticos. ¿Quién sabe si yo habré de sufrir una suerte igual?

El señor Aviñeira se pasó una mano por la frente, y como si quisiese alejar la terrible idea, se encaró con el cuadro «¡Hagan juego!» y peroró:

—¡Qué honda tranquilidad trae al espíritu esta obra! No conozco a su autor, pero no tendría el menor inconveniente en encargarle de la administración de todos mis bienes. Basta ver el cuadro para comprender que el pintor es un hombre serio y honorable que en su vida puso los pies en una sala de juego. En el fondo de su taller se ha propuesto anatematizar esa reprobable costumbre y ha ofrecido a la humanidad esta obra que, por falta de experiencia, no pasa de ser un interesante estudio acerca de cómo les es posible poner los ojos a las personas que están en torno a una mesa de «treinta y cuarenta». Vea usted los de aquel anciano pillín, y los de esta mujer, y los de aquel joven de la derecha, al que acaso las pérdidas excesivas han arrastrado a

tener un ojo más alto que otro. A pesar de estas anormalidades, nadie que mire el cuadro unos segundos puede dudar de que se trata de una casa decente donde el «pego» es desconocido. El *croupier* está «tirando» la última carta. Sin embargo, nadie mira para él. Ese detalle habla muy alto de la corrección del susodicho empleado. La confianza es tal que uno de los «puntos» se ha quedado dormido en pie, con un puro en la boca. Conforta el espíritu contemplar un ambiente de tal honradez.

Apenas se hubo repuesto de la visible emoción que le produjo aquella tierna concepción artística, el señor Aviñeira nos condujo ante el retrato de un hombre del pueblo que cortaba un trozo de queso de Castilla, teniendo en un plato, en espera de turno para hincarles el diente, dos sardinas asadas.

—Saludemos a la frugalidad —nos incitó nuestro ilustre amigo—; el asunto de este cuadro, que nos recuerda la hora de la merienda, es interesantísimo y no tendría el menor reparo en prodigarle toda clase de alabanzas si no fuese porque siento una profunda antipatía hacia el queso manchego. Prefiero los bocadillos de jamón para la merienda. Si usted sospecha que puedo no tener razón, saldremos al bar de los Jardines, y si no como cinco bocadillos seguidos, pagaré yo el gasto. En cambio, ni aun convidándome usted a seis bocadillos más consentiré en tomar un poco de queso.

—Basta, señor Aviñeira. Leo en sus ojos que es usted sincero.

El eminente crítico, después de lamentarse de que perdiésemos una singular ocasión de verle comer bocadillos, se encaminó a otra sala.

Retratos

—Podía colocarle a usted un introito a propósito de los retratos y citar los nombres de cinco o seis retratistas célebres alemanes, holandeses, ingleses y franceses. No lo hago, porque la pronunciación de esos difíciles apellidos representa un esfuerzo que usted no podría apreciar. Prefiero hacerle observar someramente algunas muestras que hay en la Exposición que visitamos. He aquí la copia de un velador, de una butaca y de un uniforme; sobre todos estos objetos, el artista ha trazado un rostro que, si no tuviese la distinguida condición de ser el de S. M. el Rey podría perfectamente ser suprimido, sin que padeciese la importancia del cuadro. Pasemos ahora a este «Retrato de familia». Este retrato tiene la virtud de tranquilizarnos respecto al estado de salud de las seis personas que en él figuran. Tan llenas de robusta vida están que aquel a quien le fuese regalado este lienzo sentiría el mismo embarazo que si le regalasen seis personas de carne y hueso, dos perros y cuatro naranjas que son los elementos integrantes del cuadro. No creo, sin embargo, que en este aspecto de la pintura se haya llegado a alcanzar una mayor originalidad que la que revela el señor Valle en su «Retrato». He aquí la obra a que aludo. Bajo un cielo color vino digerido y sobre un campo de fresca hierba está un señor de barbita rubia, que padece un acné en las mejillas. Este señor lleva una gorra y un libro en sus

manos y usa zapatillas de orillo. ¿Por qué ha salido al campo en esta traza? ¿Le asustó el tono del cielo? ¿Practica los consejos del abate Neip? ¿Huyó apresuradamente, con lo puesto y el libro, de la ciudad donde el horrible color de su traje y de su chaleco han provocado acaso una tentativa de linchamiento? ¿Es un hombre-anuncio que va haciendo el reclamo de una casa vendedora de zapatillas?… Tengo que meditar todavía sobre estas preguntas para poder emitir un juicio sesudo. Mientras tanto, dedíquese usted a contemplar este inmenso cuadro que en el catálogo se llama «La lancha»; pero que, como tantas otras cosas del catálogo —bastante mal hecho— debe de estar equivocada, ya que no se ve la lancha por ningún lado y sólo se advierte una mujer, dos niños, un perro y un burro. El principal mérito del cuadro, aparte su candidez paradisíaca y el dar la impresión de que está pintado sobre hule, es que las figuras y el paisaje son de recortes de papel. Si el exceso de tonos blancos le molesta, vaya inmediatamente a mirar «La feria de Sevilla», que está ahí cerca, y que a pesar de su título, no es otra cosa que una orgía de calamares en su tinta venidos a menos.

El puro de madera

Habíamos acabado de contemplar *La dispará,* fiesta de San Roque en Burjasot que a primera vista parece que es el acarreo de municiones en los Vosgos durante una nevada, en presencia de una señora de mantilla, y el señor Aviñeira nos hizo detener ante los cuadros de Francisco Llorens.

—Le permito a usted —dijo— que se recree largamente en esos maravillosos lienzos de tan sencilla técnica y de tanta belleza real. Para sentir toda la intensidad de arte de ese mar luminoso de «Costas gallegas» y todo el poético encanto de ese fondo de «El Castaño», dulcemente atenuado por la neblina, no ha de necesitar usted mi guía. Llorens es un ilustre paisajista que hace tiempo debía tener la primera medalla, y que si no la llevó en esta Exposición es porque Mir estaba a su vez postergado y se creyó llegado el momento de hacerle la justicia que merece. Si este año rigiesen las mismas prácticas que en los anteriores, Llorens tendría también su primera medalla. Quiero aprovechar esta ocasión para evitar que usted se deje influir por el criterio de un colega mío, que, tras de elogiar estos mismos cuadros, reprendió amablemente al autor por suponerlo apartado de la escuela clásica española. En arte, la cuestión es hacerlo, y lo de menos, las escuelas. Pero es que en este punto sería imposible seguir la que ese crítico pretende, que es la de los maestros del siglo XVI, por la sencilla razón de que en paisajes no hay tradición. La pintura al aire libre puede decirse que nació a mediados del siglo pasado. Surgió en los Países Bajos y se consolidó verdaderamente en Francia, a la que cabe el orgullo de esa innovación, tan importante para el arte. Decir ahora que en paisajes se deben seguir las huellas de Velázquez, de Zurbarán o de Ribera, no es ni aun admisible. Puedo citarle a usted, en apoyo de mi

teoría…

Al llegar a este punto, el señor Aviñeira adivinó por nuestros párpados entornados y nuestra tendencia al bostezo que éramos víctimas de esa intoxicación que nos producen los discursos eruditos. Entonces se calló dignamente. Dirigimos una última mirada admirativa a ambos lienzos y reanudamos nuestra caminata. Contemplamos unos cacharros de Talavera en «La procesión del Albaicín», otros cacharros en «Simanquinos», más cacharros en los lienzos de Zubiaurre. El ilustre crítico se deleitaba profundamente ante ellos; se advertía que hacía un gran esfuerzo para no acercarse a batirlos con los nudillos, como hacen los compradores experimentados para comprobar la bondad de la mercancía.

—En todo esto puede usted corroborar la certeza de mi disertación a propósito del cacharro como elemento artístico —nos dijo—. En pintura, el cacharro viene a ser como el puro en las primeras fotografías económicas. En todo taller fotográfico había un magnífico puro de madera que todos los soldados y aun algunos dependientes de ultramarinos sostenían triunfalmente entre sus labios mientras estaban ante el objetivo. Este puro de madera no sólo les proporcionaba prestigio ante la familia ausente o la novia impresionable, sino que suaviza su *pose*. Ahora, el cacharro es indispensable en todo estudio. El pintor tiene ya su modelo. Pero ¿qué hace con las manos de su modelo? ¿Qué actitud le aconseja? ¿En qué faena ha de aparecer ocupado?… El pintor medita, suspira, jura, se rasca la cabeza, muerde las puntas de su corbata… Al fin, tiene una idea maravillosa. Coge un jarro de Talavera que hay sobre un estante y lo pone en manos del modelo. La situación está salvada. De un hombre que tiene un jarro en las manos no se puede decir que esté ocioso… Es el puro de madera de los primitivos…

El cacharrerismo

—Aquí, en este lienzo titulado lacónicamente «Bodegón», nos encontramos con que el procedimiento de que venimos hablando está utilizado en una forma más pura y más valiente. Aquí el artista suprimió las figuras; hasta la consabida figura del besugo o de la perdiz. Tan sólo una suculenta zanahoria y una fuente de pimientos y de tomates representan el reino vegetal; pero podrían desaparecer porque no desempeñan sino un papel secundario. Lo importante es el frasco de vino, el vaso, la sartén y el almirez que figuran en el lienzo. Ese pan que ve usted ahí no lo cuento como tal pan, porque está tan duro que ha pasado a formar parte del reino mineral. Puede decirse que este «Bodegón» es el alcaloide de la cacharrería. Mucha gente no encuentra la menor belleza en estas obras ni comprende cómo puede haber delectación en pintarlas. Yo sí, porque yo soy un temperamento amplio. Yo creo que entre los bodegones y los útiles de Talavera que figuran en los lienzos de los grandes pintores contemporáneos, tenemos ya derecho los críticos a ir hablando de una

manera especial del arte que podríamos muy bien llamar «cacharrerismo» y dentro de la cual tendrán cabida todas las escuelas.

Reconcentróse nuestro mentor y no volvió a dirigirnos la palabra hasta que pasamos ante el cuadro «Romería en Asturias» llegado al cual, el señor Aviñeira extendió su mano hacia nosotros para advertirnos cariñosamente:

—Espero que su ignorancia no irá tan lejos que vaya a incluir en el grupo al que acabo de bautizar con un acierto que no espero ver rebatido, todos los cuadros donde haya algún jarro o alguna copa. La mirada que dirigió usted a este lienzo me lo hizo temer. En este caso, todo está justificado por la existencia de una romería. Ese hombre que ve usted ahí es Lerroux, como ya habrá usted advertido por mal fisonomista que sea. Un amigo suyo se acerca a él a preguntarle por qué ese chiquillo que está delante de él tiene la cabeza tan grande y el cuerpo tan pequeño. Parece que Lerroux no acierta a explicar bien el fenómeno. En vista de eso, ambos amigos se disponen a beber un vaso de sidra. Seguramente se trata de un cuadro en el que hay alusiones políticas. Yo no puedo explicárselo a usted mejor porque vivo alejado de la política, en las regiones superiores del arte.

Pronunciadas estas sesudas frases, el señor Aviñeira declaró que tenía sed y que de buen grado iría a beber cerveza a los jardines. Después se lamentó de que su pase gratuito permanente no le diese derecho a beber con la misma permanencia y por el mismo coste en la cantina de la Exposición. Aun tuvo la bondad de consultar nuestra opinión acerca de ese parecer suyo.

Cuando llegamos a un acuerdo a propósito del abandono en que los gobiernos tienen a los críticos de altura, el señor Aviñeira quiso premiar nuestra adhesión haciéndonos algunas revelaciones relativas al cuadro «Los ojos de la noche», después de alejarnos del paisaje «Almendros floridos de Mallorca», advirtiéndonos que no podríamos saborearlo bien sin haber leído antes las descripciones de Wells en su novela *Los primeros hombres en la Luna*.

El señor Aviñeira sufre una contrariedad

—Si en alguna ocasión debe usted dar gracias al cielo por haberme encontrado en este local, creo que debe ser en la presente —dijo, después de reconcentrarse, nuestro culto amigo—. Si yo no estoy a su lado en este momento, correría usted el seguro riesgo de no formar un juicio acertado acerca de «Los ojos de la noche». Muchas personas, después de gastarse una peseta para entrar en la Exposición, salen de ella creyendo que este cuadro reproduce la apacible existencia de una tortuga en el fondo de los mares. Procure usted, mi joven amigo, huir de ese terrible error, que le pondría a usted en ridículo delante de los hombres que conocen las costumbres de las tortugas. Más disculpable sería que afirmase usted que el cuadro representa una

reunión secreta de negros conspiradores en una gruta. Pero tampoco habría dicho usted la verdad. El asunto del lienzo —conocido vulgarmente por el nombre de «el cuadro de los chuzos»— es la expulsión de los serenos de comercio de la ciudad de Ávila. Helos ahí con sus linternas y sus cortas lanzas reunidos en un grupo borroso, envueltos en sus mantas; todos ellos de tamaño natural. Ávila, en el fondo, se ha quedado sin serenos; pero su aspecto es reposado y tranquilo. No tengo ningún reparo que oponer a esta composición. No obstante, si yo fuese el autor, no dejaría de haber pintado, como asomándose a las murallas de la ciudad, a algún vecino con las manos ante la boca, a manera de bocina, de suerte que pudieran imaginarse que estaba gritando: «¡Sereno! ¡Sereno…!» Esto ayudaría a comprender el conflicto que puede crear a una población la ausencia de sus vigilantes nocturnos.

Guardó sus lentes el señor Aviñeira y nos encaminamos a la salida. El notable crítico aún nos hizo observar que la mayoría de las esculturas que figuran en la Exposición presentan evidentes síntomas de padecer dolor de cabeza, como puede deducirse de sus actitudes. Dichas estas palabras, el señor Aviñeira confesó que no podía hablar más sin beber un doble bock de cerveza. En este momento otro insigne crítico se acercó a saludar a este ilustre crítico. Fingiendo no dar importancia a la conversación, cambiaron concisamente sus impresiones acerca de los cuadros vistos. El recién llegado opinó que la tarde era calurosa. El señor Aviñeira, profundizando más, aventuró la hipótesis de que habría tronada. Entonces, el insigne colega afirmó que el espectáculo de la Exposición le entristecía, a lo que replicó nuestro amigo que él abrigaba la sospecha de haber adquirido una pasión de ánimo ante la decadencia del arte español. Fue citado el nombre de Hermoso, y ambos señores lanzáronse a enumerar los apellidos de todos los pintores a quienes puede parecerse. Agotados éstos, comenzaron a recordar los de todos aquellos a quienes no se parece poco ni mucho. El recién llegado se manifestó inclinado a asegurar que el señor Hermoso no le recordaba al *Greco*. El señor Aviñeira juró que de ninguna manera podría comparársele con el divino Morales. El otro, flemáticamente, negó que Hermoso tuviese atisbos de Rubens. Nuestro amigo juró que incurriría en un risible error el que encontrase en el pintor español la influencia de Van Dyck. Su interlocutor, sin desmentir este aserto, lo hizo extensivo al barón Wappers.

Cuando oyó esta palabra el señor Aviñeira frunció terriblemente las cejas y se aproximó a su contrincante. Preguntó con voz ronca:

—¿Cómo ha dicho usted?

Su compañero afirmó con entereza:

—He dicho Wappers.

La voz del señor Aviñeira se hizo cavernosa: alzó sus maños crispadas.

—Repita usted esa palabra.

—Wappers —repitió su colega con decisión heroica.

Intervenimos alarmados:

—¡Señores, haya paz!

Pero el señor Aviñeira había sacado ya su tarjetero, con ligereza nerviosa. Creíamos inminente la cuestión personal. Sin embargo, el señor Aviñeira se limitó a preguntar, preocupado, mientras tomaba una nota meticulosamente:

—¿Se escribe eso con *b* o con *v*?

—Se escribe con v valona y con dos pes —aseguró su colega.

—Muchas gracias —dijo nuestro amigo guardando la cartera.

Y se despidieron. Ante el doble bock, el señor Aviñeira nos confesó que había sentido cierta contrariedad en desconocer al pintor citado por su colega; pero nos dio su palabra de que la superioridad de su erudición sobre la del otro era tal, que podría estar citándole nombres de artistas antiguos y modernos hasta que el otro olvidase el suyo propio.

—Conozco uno —nos dijo con el tono de quien posee un terrible secreto— que tiene once consonantes y tan sólo una vocal. Después de pronunciarlo tienen que darme pinceladas de miel rosada en la garganta, porque el esfuerzo causa inflamación. Una vez que no lo hice así enfermé de anginas.

GUÍA DEL VIAJERO

Cometería una injusticia quien dijese que el Ayuntamiento de Madrid no fomenta el turismo con arreglo a sus recursos. Todos los años, por San Isidro, ofrece al forastero la atracción de la Pradera, con nubes de polvo y puestos de almendras, de avellanas y de pollos asados después de sufrir la larga agonía de la tuberculosis.

Para instruir y orientar al viajero, el municipio de la corte suele editar una «Guía». Este esfuerzo es muy digno de ser tenido en cuenta.

Sabido es cuán útiles resultan estas interesantes publicaciones. Las «Guías oficiales» son, en primer lugar, convenientísimas para el medro de las imprentas y de los talleres de fotograbado donde son editadas. Después vienen a constituir un estímulo para los literatos. Siempre es un literato el que se encarga de hacer la guía oficial, porque nadie como él sabría llenar los requisitos esenciales de esta clase de publicaciones, que son, entre otros:

Un breve «recorrido histórico», en el que se explique cuál fue el primitivo nombre de la ciudad, quiénes sus fundadores, y vicisitudes notables por qué ha pasado, haciendo constar que sus hijos fueron siempre valerosos, inteligentes y amantes de la civilización.

Reseña de los monumentos notables, elogio de los parques y jai diñes, apología de los bulevares.

Canto lírico a los ríos o al mar que bañen al pueblo.

Afirmación grave e intransigente de que no hay mujeres más guapas ni más elegantes en las diversas ciudades que los hombres fundaron en el resto del mundo.

Reiteradas alusiones a la bondad del clima y a la belleza del cielo. Como la humedad aterra a las gentes, ya sea en forma de lluvia o de niebla, el autor de la «guía oficial» debe afirmar que el clima es seco. Si hace un calor excesivo, debe asegurar que es seco; si no puede negar los rigores del frío, debe jurar que es seco; si, en fin, la abundancia de lluvias es tan notoria que no pueda bordear este punto dolorosísimo, debe lanzar seriamente, puesta la mano sobre el corazón, la especie de que esas lluvias, por su carácter seco, son de una alta conveniencia para los tísicos y reumáticos.

Entre página y página de esta literatura suele ir un grabado de un monumento, de una calle o de un edificio. Como la fotografía da mucho prestigio a estas cosas, el turista sentirá una gran atracción contemplándolas. Ya que es inevitable que la prosa se mezcle con la poesía, esas brillantes páginas suelen interrumpirse frecuentemente para dar cabida a un anuncio en el que se afirma que los más puros vinos de la Rioja los vende don Fulano de Tal, establecido en la calle de Cual, y, en corroboración, se publica la vista de la fachada, con el dueño a la puerta, en medio de sus dependientes y, en un extremo de la fotografía, un vendedor de periódicos, al que no hubo manera de alejar de allí desde que vio los preparativos de la máquina. Nada de eso impide

que tres páginas más allá otro anuncio asegure que los únicos vinos que no están adulterados y que deben ser bebidos con profusión, son los de don Perengano, establecido en otra casa de otra calle, y que también se ha hecho retratar en la puerta, sin ningún vendedor de periódicos, pero con la intrusión en el «cliché» de dos chiquillos y un perro.

Pese a estos retazos de prosaísmo, las «guías» conservan una alta reputación literaria. Ni el forastero, ni aun los vecinos de la ciudad pueden formarse por aquellas páginas la más pequeña idea de lo que la ciudad es; pero los municipios protegen la industria impresora y el literato gana unos duros y con ellos la gratitud de los cinco o seis señores a quienes, con diversos pretextos,

«bombea» en el folleto. Cuando el literato es verdaderamente de altos vuelos, siempre hace figurar en la «guía» un soneto a los ojos de la señorita A***, o una oda al alcalde, según sus aficiones le lleven por el sentimentalismo o por la política.

El isidro es siempre objeto de las más singulares persecuciones. En vez de procurar halagarle, el pueblo madrileño le hostiga, le injuria, le arrebata la cartera y le escarnece.

Nosotros hemos recibido las confidencias de un honorable provinciano que decidió venir a gozar en Madrid de las fiestas con que se aspira a halagar a San Isidro.

—Ciertamente —nos dijo con aire de espanto— no puedo explicar con absoluta concreción lo que aquí ocurre; pero creo poder afirmar que es absolutamente extraordinario. Llegué a Madrid hace siete días, sin sospechar que mi decisión de pasar medio mes en la corte a costa de mi dinero, pudiese ser una ofensa para nadie. Parece que me he equivocado. Advierto una extraña hostilidad, unas sonrisas… En la Puerta del Sol, unos hombres pregonan «La entretenida historia de un isidro que se perdió en Madrid». Unos carteles anuncian cierta película en la que se ofrece al público abundante risa a costa de otro isidro y un tío de este isidro que se llama don Cleto. Los periódicos insertan todas las mañanas y todas las tardes cuchufletas relativas a los isidros. La gente se lanza al asalto sobre nuestras carteras, sobre nuestros relojes, sobre nuestros gabanes… No todos podremos volver a nuestras casas… Como si en vez de venir a Madrid viniésemos a la reconquista del Santo Sepulcro, dejamos cadáveres en el campo. Me he enterado con susto de que un isidro fue cosido a puñaladas al regresar de la Pradera del Corregidor, donde había convidado con largueza a los que después le mataron. Siete isidros más yacen en camas de hospital… Amigo mío, yo estoy francamente alarmado, temiendo que me llegue el turno en la tragedia. Yo pienso ir ahora mismo a los periódicos a publicar, cueste lo que cueste, un comunicado en el que digo: «¡Al pueblo de Madrid! Me llamo Fulanito de Tal, soy honrado y pacífico; al venir a la corte estaba muy lejos de mi ánimo molestar a nadie; creo que cumplí mis propósitos. Cierto es que un mozo de

estación cargó con una pesada maleta que traje, pero le pagué un duro que me exigió con malos modos. Si esto no basta, yo le pido perdón por haber fatigado sus espaldas. He comido sin protesta manjares adulterados, he dormido en camas con chinches, pagué mis compras con arreglo a tarifas fantásticas, me dejé contagiar por la epidemia misteriosa que priva en Madrid en este descanso de la viruela y el tifus exantemático. ¿Qué mal hice yo? ¿A quién he faltado? Empeño mi palabra formal de no volver, pero ruego que en el poco tiempo que aun voy a permanecer en la corte, se me conceda cierto reposo y se me respete en la propiedad de un reloj, que es un recuerdo de mi padre.»

Nuestro amigo guardó el papel en que había trazado estas líneas y agregó con expresión pesarosa:

—Es una pena marchar tan pronto. En Madrid se observan fenómenos poco comunes. Entre las notas que he tomado figuran dos ciertamente curiosas. Aquí está una: «En las calles de Madrid es más fácil hallar un billete que una colilla.» ¿Se ha fijado usted? ¿No?… Yo hice experiencias interesantes. He cogido mi cigarrillo, lo he arrojado por encima del hombro, me he vuelto a mirar y ya no estaba en el suelo. ¿Había llegado a él, siquiera? Sospecho que no. La otra observación se refiere al consumo de emparedados. En los cafés, en los «bars», en los «tupis», media hora antes y después del almuerzo y de la comida, la multitud devora panecillos resobados que guardan en su interior una lonja de carne. No creo que en ningún otro pueblo del mundo el panecillo esté considerado como un aperitivo, ni aun como un postre. Me gustaría oír acerca de esto alguna opinión autorizada.

Se abstrajo un momento nuestro amigo, y agregó evocadoramente:

—Sin embargo, todo esto carece de interés al lado de lo que puede aprender un hombre que alquile en esta ciudad un coche de punto. Yo alquilé una vez un coche de punto. En el pescante estaba un sujeto vestido con un viejo pantalón de soldado de artillería, una chaqueta con una sola manga y un sombrero mejicano. Era el cochero.

—¿Adónde va usted? —me dijo.

—A la calle de Lista.

El hombre movió la cabeza negativamente.

—La calle de Lista está muy lejos. Le llevaré a la plaza de Isabel II.

Aseguré que nada tenía que hacer en aquella plaza. Argüyó:

—Es igual. Todas las calles se parecen.

Discutimos y le convencí. Trepé al coche y comenzó la carrera. Cada hierro chirriaba por cuenta propia. Pude observar que las ruedas eran casi cuadradas y tendían a seguir direcciones divergentes. Pronto advertí que corrían unos bichos por la capota. Grité lleno de asco:

—¡Cochero, pare usted! ¡Esto está lleno de cucarachas!

El cochero volvió la cabeza amenazadoramente:

—¡Eh! —dijo—. Respete usted mis cucarachas. Gracias a ellas se puede estar en el coche: se han comido todas las arañas que había en él. No conozco animal más

limpio.

En una calle en cuesta se detuvo el caballo. Verdaderamente, el caballo era un pergamino con huesos. Se paró. El cochero chasqueó la lengua un cuarto de hora sin éxito alguno. Luego dedicó treinta minutos, sin mayor fortuna, a patear en el pescante. Entonces se decidió a injuriar al animal. Inútil. Era un animal sin decoro. Soportó los más tremendos insultos sin dar muestras de agitación. El cochero llegó hasta la calumnia… Estoy seguro de que llegó a la calumnia. Es imposible que fuesen ciertos todos los vicios que achacó a su caballo. Y el caballo, quieto. Se decidió a pegarle. Le golpeó terriblemente, jurando:

—¡Te he de comerla «asaúra», cochino!

Intervine para rogar calma.

—¡Déjeme usted, que me lo como!

—Por mí que no haya disgustos —supliqué—. Yo me voy…

—¡Usted se sienta otra vez en el coche, hombre! Ahora es cuestión de amor propio. A ver quién puede más, esta bestia o yo.

El pugilato de terquedad duró una hora. Al fin pudo más la bestia: se arrojó al suelo. Inmediatamente nos rodearon cien curiosos, y el cochero les explicó a todos, uno por uno, cómo había caído el caballo, oído lo cual, aquellos curiosos fueron sustituidos por otros cien.»

Agregó nuestro amigo, después de una pausa:

—¿Y los automóviles de alquiler?

Todo el mundo se ha fijado en el antiguo lamentable aspecto de los coches de punto. Poca gente, en cambio, se detiene a observar los automóviles destinados al servicio público. Sin embargo, nada hay en la corte que sea mis interesante. Muchas personas que aman las emociones fuertes suelen alquilarlos alguna vez. Su trepidación es espantosa; los baches les afectan terriblemente…

En una ocasión hube de ocupar uno de estos armatostes, en unión de un amigo. Al cerrar la portezuela, nos envolvió una suave penumbra, porque la suciedad de los cristales era tal, que no se veía el exterior, y la luz penetraba difícilmente. Pronto el *auto* comenzó a gemir, a rugir, a trepidar… Todos los terroríficos sones que, según es fama, se oyen en el interior de las viviendas embrujadas podían escucharse dentro del coche. Saltaban nuestros cuerpos, ya de costado, ya de cabeza, ya de espalda… Subimos hasta el techo y bajábamos hasta el suelo como si fuésemos un garbanzo en una olla de agua hirviente. Los soldados que iban dentro de un «tanque», atravesando trincheras y bosques, no sufrían un traqueteo mayor. Quisimos abrir una ventana para pedir socorro; inútilmente. Intentamos mirar a la calle; lo impidió la roña de las ventanillas.

—¿Dónde estaremos? —me preguntó el amigo que nos acompañaba.

—No sé —respondí—. En toda España yen el Norte de África no hay un terreno tan quebrado como el que recorremos ahora, a juzgar por estos brincos y tropezones. Me inclino a creer que caminamos a 60 por hora, sobre los tejados de la calle Mayor.

Entonces sonaron dos terribles detonaciones debajo de nuestros asientos. Otras, menos intensas, se sucedieron. Nos miramos, lívidos.

—¿Qué ocurre? —inquirió nuestro compañero.

—Parece que nos tirotean —aseguré con el ceño fruncido.

—¿Quiénes?

Insinué la sospecha de que acaso hubiésemos atropellado a alguien, y sus deudos y amigos nos estarían haciendo fuego con sus revólvers.

Nos aturdió un fragor de cadenas y resoplidos. Mi acompañante observó que no se veía la sombra del chófer en su asiento, a través de los empañados vidrios.

—|Vamos sin guía! —me gritó.

—Sí —dije con tristeza—; acaso haya salido despedido por estos vaivenes o se haya vuelto loco con tan extraños ruidos.

—¿Qué hacer?

—No nos queda otro recurso que confiar en la costumbre que tenga el *taxi* de andar por Madrid.

Mi amigo cayó de rodillas. Se le había vuelto blanco el pelo.

—Esto es demasiado —gimió—; yo no podré resistirlo. Marchemos por los tejados de la calle Mayor; nos persiguen a tiros; ha enloquecido el chofer, y no tengo suficiente fe en la inteligencia de un *auto* de alquiler. He llevado en esta media hora demasiados golpes contra las paredes y creo que estoy sordo. Me parece que no tengo más remedio que morirme ahora mismo. Querido amigo, le recomiendo a usted mis seis pequeñuelos. Adiós.

En aquel momento se abrió la portezuela y apareció el conductor con la gorra en la mano, en mangas de camisa, sudoroso…

—Perdonen los señores… Pueden bajar, si gustan… He hecho todo lo posible; pero el coche no quiere andar…

Miramos. No nos habíamos movido del lugar donde tomáramos el *taxi*».

Nuestro amigo suspiró:

—Es verdaderamente extraordinario este Madrid. ¡Siento que la cruzada contra los isidros no me permita permanecer en él más tiempo!…

No puede decirse que en los viajes hasta Madrid ocurran sucesos menos notables. Los ferrocarriles proporcionan al turista emociones singularmente extrañas.

En estos tiempos se habla de la incautación por el Estado de la red ferroviaria. Como somos amigos de las emociones fuertes, el anuncio de ese propósito nos ha llenado de alegría.

Hoy, viajar en uno de nuestros trenes es algo fastidioso. Cierto que las Compañías procuran amenizar el trayecto con múltiples sorpresas: se apagan las luces, cesa la calefacción, tardan dos o tres días más de lo anunciado en llegar los vagones a su destino… Pero, al fin, uno sabe que tarde o temprano, ha de desembarcar en la

estación que indica el billete que ha adquirido. Es decir, que si usted va a Bilbao, llega a Bilbao, y si va a Valencia, a Valencia.

Pero cuando el Estado se incaute de estos servicios y corran por su cuenta los trenes, todo ha de variar, por fortuna para las personas que amamos lo inesperado. Notoria es la incapacidad de los gobiernos españoles para administrar. Todas cuantas empresas acometieron, fracasaron con estrépito. Para que hubiese algo regularizado y formal en nuestra patria, tuvo el Estado que arrendar, enajenar, entregarse, en fin, en manos de intermediarios. Desde el ejemplo de las minas de Ríotinto, hasta —en la esfera municipal— la incautación de la fábrica de gas madrileña, pueden ser citados millares de ejemplos.

En esto de los ferrocarriles, donde todo ha de ser orden y puntualidad y buen gobierno, vamos a presenciar escenas divertidísimas si se realizan estos propósitos. No hay duda ninguna acerca de que lo primero que ha de hacer el Gobierno es repartir profusamente credenciales entre sus amigos. Hay muchos ex-gobernadores civiles que, tras haber prestado servicios electorales de importancia, se encuentran en una vergonzante miseria. Hay muchos hijos, yernos y sobrinos de personajes, que necesitan urgentemente un destino oficial. Para cualquiera de ellos el cargo de jefe de estación puede ser una ganga. «Después de todo —pensarán— no es tan difícil eso; se reduce a salir al andén, tocar una campana, aguardar unos minutos, tocar un pito; y cátate al tren que echa a andar majestuosamente.»

Cuando ya tuviese llenas las estaciones de yernos, hijos, sobrinos y cuñados, el Gobierno haría rodar los convoyes. Es muy probable que nadie o muy pocas personas tuviesen que pagar sus billetes. Un Estado que tolera —como se denunció en el Congreso— que los dueños de una casa de la calle de Alcalá, la rúa principal de la Villa y Corte, no paguen contribución hace quince años; y que consiente que exista un tanto por ciento aterrador de riqueza oculta, no va a incomodarse porque uno deje de satisfacer las pesetas que le cuesta un viaje. Además, el Estado tiene muchos amigos. A un amigo no se le puede pedir que remunere ciertos servicios… Total… los trenes tienen que salir… ¡qué más da que vayan en ellos unas cuantas personas más, aunque no paguen!

Claro está que el viajero no tendría derecho a reclamar contra ciertas irregularidades. Mientras no adquiriesen la práctica debida, los nuevos maquinistas —que serían ex-alcaldes de real orden, antiguos diputados venidos a menos, secretarios de políticos, hijos de cocineras de algún ministro o de algún consejero de Fomento no podrían seguir con toda certeza el itinerario conveniente. Todas las vías férreas se parecen: grava, dos carriles paralelos, puentes, túneles, postes de telégrafos… Es muy difícil distinguir la vía de Barcelona de la vía de la Coruña. El maquinista podría equivocarse hasta el punto de llevar a San Sebastián gentes que deseasen ir a Vigo. Pero con un poco de buena voluntad, esto se evitaría. Los maquinistas podrían detener los trenes en medio del trayecto para preguntar a algún aldeano:

—¡Eh, buen hombre! ¿Vamos bien por aquí para Zaragoza?

Y si no tenía la desgracia de tropezar con informadores excesivamente bromistas, saldría con felicidad de su empeño.

Quedan descontadas las catástrofes. Los choques de trenes ocurrirían con frecuencia. Pero esto activaría grandemente la industria nacional. Las fábricas de vagones entrarían en un período de gran actividad para sustituir los que quedasen convertidos en astillas: las brigadas de trabajadores de Vía y Obras tendrían que ser más nutridas para arreglar los desperfectos; los periódicos abrirían una nueva sección destinada a referir estas desgracias. Poco a poco las gentes se irían acostumbrando. La humanidad concluye por habituarse a todo lo que es normal. Se hablaría de los choques como del viento del Guadarrama o de las galernas del Cantábrico. La prensa diaria concluiría por narrar las hecatombes en sueltos que dijesen así:

«El maquinista de la línea de M.-Z.-A… don Fulano de Tal, sobrino del ilustre ex-ministro señor Perengánez, obtuvo ayer su victoria número 6, estrellando un tren de mercancías cerca de Getafe. Don Fulano de Tal iba al cuidado de la máquina del tren correo, que sólo sufrió ligeros desperfectos. Como en sus cinco choques anteriores, el señor de Tal redujo a polvo al tren contrario, sin resultar con otro daño que ligeras contusiones.

»De igual manera «se ha cargado» ya en los quince días que viene desempeñando su puesto, dos trenes ganaderos, uno de pescado y un mixto. Felicitamos al notable funcionario público.»

APROVECHAMIENTO DEL SOLDADO
CANES CASTRENSES

Es muy frecuente en las Cámaras españolas el caso de que un diputado o un senador pida al Gobierno que sean enviadas a tal o cual pueblo de su distrito fuerzas del Ejército.

Nada de esto obedece, como pudiera pensarse, a conflictos de orden público, ni mucho menos a temores de una invasión, ni a que el vecindario sea más pusilánime que en otras partes. No. Se piden soldados como se piden obras públicas cuando hay obreros con hambre, o como se piden vagones para transportar carbón cuando están amenazadas por su escasez las industrias.

Hay poblaciones que no pueden reclamar puentes porque carecen de ríos; ni carreteras, porque disponen de todas las necesarias; ni edificios públicos, porque están debidamente instalados los servicios. Sin embargo, estas poblaciones echan sus cuentas y advierten que liquidan con déficit. ¿Qué hacer? Cuando un particular atraviesa esta difícil situación, pide dinero prestado, o cose para fuera, o pone un anuncio en los periódicos diciendo que admite huéspedes estables «con o sin». Pero una ciudad no puede dar sablazos a nadie, ni puede coser para almacenes de ropas hechas. En cambio, puede admitir huéspedes, como una viuda.

¿Cómo atraer estos huéspedes?… Las ciudades suelen utilizar varios procedimientos. Uno de ellos consiste en hacer circular profusamente folletos ilustrados en los que se preconicen las bellezas de los alrededores, las truchas de sus ríos, las ruinas, las curiosidades históricas y arquitectónicas que guarden en su recinto. Depende del género de huéspedes que desee tener. Si cultiva la especialidad de viejos solitarios, pone el cebo de las ruinas. Si se dedica a recién casados, ensalza el paisaje. Para la atracción de ingleses nada puede haber como un río con truchas.

Otro procedimiento lo constituyen las fiestas. Por regla general, las fiestas en una ciudad que entienda su negocio duran entre quince días y un mes, y su programa suele ser el siguiente:

Día primero, «Gigantes y cabezudos»; día segundo, paseo «de moda» en la calle principal del pueblo; día tercero, corrida de toros; día cuarto, fuegos artificiales; día quinto, paseo de moda; día sexto, corrida de toros; día séptimo, fuegos artificiales. Y así en este orden, hasta el último día, en que vuelven a salir los gigantes y los cabezudos.

Otras ciudades montan una timba y se dejan de tonterías. Son las que logran mayor éxito.

Ne obstante, los huéspedes que se pueden atrapar por estos procedimientos son flor de un día. Alegres, bulliciosos, espléndidos, se van apenas llegados, dejando un buen recuerdo y una buena cantidad de pesetas que no saca de apuros a la ciudad. Su

eficacia no rebasa estos límites: engordar prodigiosamente a todas las chinches de todas las fondas, agotar todas las tonterías de mal gusto que venden los comercios con un letrero que dice «recuerdo de la ciudad de X», y no dejar en el pueblo un solo pescado podrido ni un solo cerdo con «trichinochis» sin devorar. Aparte esto, apenas son útiles esos bullangueros visitantes.

Muchas ciudades prefieren el huésped fijo. Y para procurárselo apelan al ministerio de la Guerra. Unas piden una compañía, otras un batallón, otras un regimiento… El concepto en que se apoyan es el de que, en tiempo de paz, los militares no tienen verdaderamente nada que hacer, y ya que no se dedican a función social alguna, deben ser considerados como un lastre de riqueza que, hábilmente distribuido, conserve el equilibrio económico del país. La divisibilidad y la manejabilidad de ese elemento permite como ninguno un reparto pronto y fácil.

No somos nosotros enemigos de ese procedimiento; por el contrario, admiramos su espíritu y creemos que los pueblos y aun las aldeas deben apelar a él sin reparos, cada uno en su justa medida, sin abusar. Por ejemplo, una ciudad de cincuenta mil almas podía pedir: «Las trabas que impone la guerra a la exportación nos producen grave quebranto, que tan sólo se remediaría con el envío inmediato de un regimiento de caballería. Rogamos a vuecencia que todos los jefes, oficiales y subalternos estén casados y tengan numerosa familia.» Las aldeas podrán dirigirse al ministro de la Guerra en telegramas como éste: «Perdida cosecha centeno en el lugar; urge envío diez soldados, dos cabos y un sargento para remediar crisis».

¿Qué le importa al ministro que los millones que suponen las pagas del ejército se gasten aquí o allá? No siendo de absoluta necesidad estratégica que se gasten en lugares fijos, puede atenderse con ellos a remediar muchas necesidades. La teoría es irrebatible.

Claro está que lo que no tiene justificación es la pretensión de algunos pueblos que piden que las tropas lleven uniformes decorativos y cascos de metal y gollerías por el estilo. Algunos alcaldes escriben a los diputados diciéndoles:

«Consíganos usted dos escuadrones, pero que sean bonitos; si puede ser, que traigan chaquetilla de húsar, de esas que se llevan atadas y no se ponen nunca; y que traigan también lanzas con banderitas y un perro mascota.»

Esto no. Esto es ya demasiado. Debemos atender una necesidad; pero no fomentar un vicio. Lo mejor, para evitar abusos, sería que entendiese en esos traslados de fuerzas el excelentísimo señor comisario de Abastecimientos.

Ahora podrán reclamar los municipios, además de batallones y compañías de soldados» traíllas de perros.

De acuerdo con la Sociedad de fomento de las razas caninas, el Estado Mayor Central ha redactado un proyecto de bases para la organización del empleo de los perros en servicios nacionales en tiempo de guerra.

Según ese proyecto, habrá perros sanitarios, perros de centinela, perros mensajeros, perros escuchas, perros patrullas, perros de tifo, perros de custodia y «perros para aplicaciones varias».

Los hombres hemos procurado siempre la complicidad de los animales en nuestras luchas. Los elefantes abrieron más de una vez brecha en un ejército combatiente; los toros furiosos, lanzados contra filas de adversarios, colaboraron en la bélica ansia humana; el poema indio nos habla de los monos que auxiliaron a Brahma en la victoria. Últimamente, el único animal que utilizaba el hombre en sus guerras era el caballo.

Poco a poco, no obstante, esta bestia va siendo también sustituida por los automóviles y casi reducida a la ineficacia por la índole de las luchas modernas.

Ahora entra en acción el perro.

Desde que hemos declarado al perro amigo nuestro —y ya hace siglos— no hemos dejado de abusar del pobre animalito.

—Como tú eres amigo nuestro —le decimos— tienes que guardar nuestra casa, morder las piernas de todos los que intenten entrar en ella, aunque las tengan sucias, servir de lazarillo a los ciegos, vigilar los rebaños y luchar con tus hermanos los lobos, salvar a las personas que se estén ahogando, correr detrás de las liebres que nosotros hemos de comer, detenerte con el rabo tieso ante la mata donde se esconden las codornices, perseguir a los ratones en nuestras viviendas, dejarte meter en un manguito y arrastrar los carritos de las lecheras y los trineos de los exploradores del Polo.

Pasaron los años y todavía les pedimos [más. Les pedimos que colaborasen con la policía y que fuesen por los circos haciendo ejercicios acrobáticos y sumando cantidades y demostrando que conocen las letras del alfabeto.

—Por algo eres nuestro amigo —le explicamos.

Y el animal se deja convencer y se pasa la vida guiando ciegos, salvando personas, mordiendo piernas de mendigos, corriendo detrás de las liebres y saliendo a la pista con un gorrito, un frac y andando en dos patas. Todo esto es para él muy fastidioso, pero se aviene a hacerlo porque lo estima un deber de amistad. Es un buenazo. Si se detuviese a meditar un poco, no dejaría de extrañarse de la falta de reciprocidad de los humanos. Mientras el perro trabaja terriblemente por consideración a esa amistad que no dejamos nunca de recordarle, nosotros le ponemos bozal, le cortamos el rabo y hasta pagamos ciertos empleados municipales que no tienen otra misión que la de perseguir a los canes, prenderlos y darles estricnina. Algunos perros que han llegado a comprender la irritante injusticia de este proceder y el engaño de que está siendo víctima toda su raza, se han vuelto instantáneamente rabiosos.

El servicio bélico que ahora le vamos a imponer los españoles, viene a complicar mucho la existencia del perro: habrá levas militares, tendrá que someterse a una disciplina; a veces lo arrancarán de un hogar delicioso, en el que no tenga nada que

hacer, para llevarlo a cumplir sus penosos deberes; no podrá morder a un coronel, ni a un capitán, ni a un teniente, ni a un sargento, y aun tendrá que dejarse morder por ellos, si así se les antoja, sin protestar, so pena de faltar a la obediencia y sufrir un grave castigo; no podrá ladrar después del toque de silencio; no podrá declarar que no le gustan los huesos que le den como rancho, y en el campo de batalla se librará muy bien de ¡r a olerle el rabo amorosamente a cualquier can del ejército enemigo, si por azar lo encontrase, porque no estaría bien visto ni hablaría en pro de su fidelidad a la nación.

Como en los demás países el perro viene desempeñando también funciones militares, esto hará que poco a poco nazca la emulación y cada pueblo ensalce las virtudes guerreras de sus chuchos. Nosotros les enseñaremos a ser sobrios, que seguramente es la condición que más ha de fastidiarles. Inglaterra se jactará de tener perros que en sus ratos de ocio den saltos mortales y cometan otros excesos deportistas. Francia hablará de la gracia espiritual de sus jaurías; afirmará con tono de desdén que los perros auxiliares del ejército alemán tienen la cabeza cuadrada, y un sabio parisiense descubrirá que son de una raza inferior, que aman el bozal y que su mayor gozo estriba en que los aten con una cadena.

Naturalmente, los perros militarizados tendrán también sus prerrogativas, y no estará de más que los periodistas se vayan previniendo para hablar con la razonable mesura que les recomienda la ley de Jurisdicciones, de esos bichos investidos de categoría militar.

La noticia de que uno de estos canes ha rabiado, no podrá darse sin atenuaciones. Un can conocedor de sus deberes, no puede dejarse arrastrar por un acceso de rabia. Debemos decir, por ejemplo, cuando llegue el caso:

«El arrojado perro «Napoleón», que presta servicio de arrastre en tal compañía de ametralladoras, sufrió un ataque de hidrofobia. Tiene razón el valeroso podenco en manifestar su horror hacia el agua. Muchas veces hemos comentado en estas columnas las turbias del Lozoya. Verdaderamente, todos aborrecemos esta agua turbia y maléfica, aunque no hayamos exteriorizado nuestro disgusto con tanta vehemencia como el bizarro «Napoleón». El Ayuntamiento no debe echar en saco roto las enseñanzas que se desprenden de esta actitud, y debe velar mejor por la salud del vecindario.»